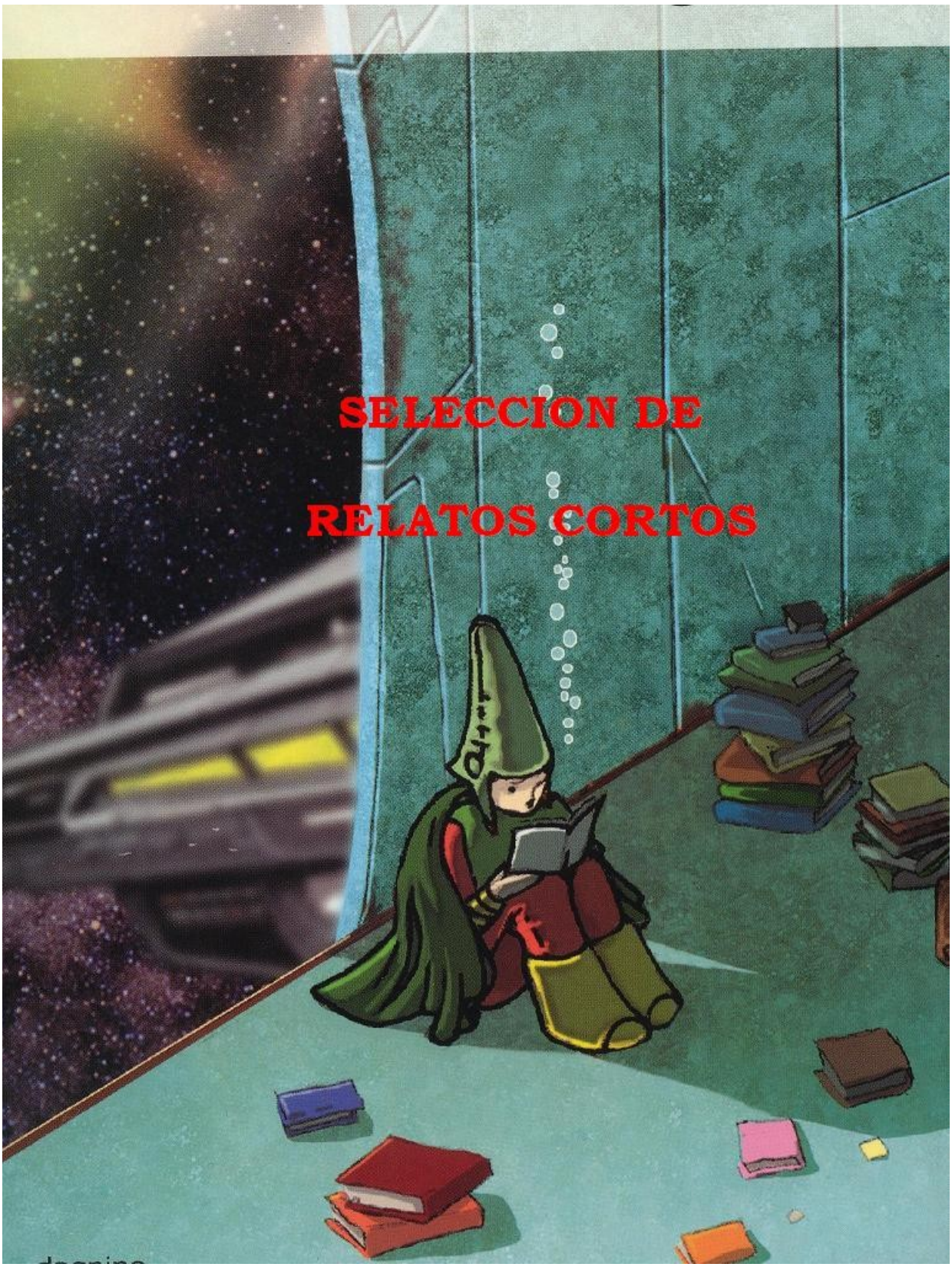


Larry NIVEN

CONTENIDO:

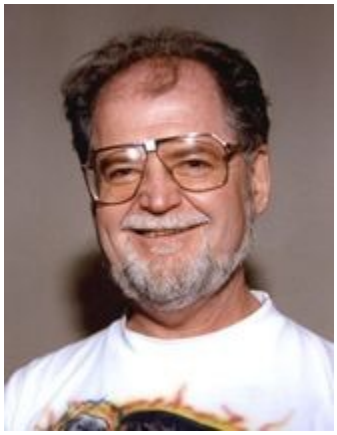
Reseña Biográfica y Bibliográfica

El canto de las sirenas
El hombre del agujero
Handicap
Hay un lobo en mi máquina del tiempo
Hombre de acero, mujer de kleenex
Límites
Vuela de noche

RESEÑA BIOGRAFICA DE

Larry Niven

(De Wikipedia)



Larry Niven

Larry Niven, nacido en la ciudad de Los Ángeles (EE.UU.) en 1938, es un escritor de ciencia ficción estadounidense. Conocido sobretodo como el autor de la serie Mundo Anillo y también por el universo creado bajo el nombre de Espacio Conocido (*Known Space*), el éxito de su carrera como escritor de ciencia ficción lo acreditan sus varios premios Hugo y Nébula. Se ha dedicado a la escritura profesionalmente desde 1963.

Niven destaca en sus obras por la rigurosa consistencia científica, lo que le ha valido el calificativo de primer autor "moderno" de ciencia ficción dura.

Biografía

Larry Niven nació en Los Ángeles, California. Fue la Universidad de Washburn en Topeka, Kansas, donde obtuvo una diplomatura en psicología y una licenciatura en matemáticas en el año 1962. Desde entonces ha residido en varios barrios residenciales del área metropolitana de Los Ángeles y ejercido como escritor a tiempo completo. No obstante la independencia económica se la debe a una sustancial herencia que le dejó su abuelo, el fundador de la Union Oil y más tarde cofundador de la Pan American Petroleum, Edward Doheny.

Carrera

Larry Niven es autor de numerosas novelas y cuentos cortos de ciencia ficción. Empezó su carrera en 1964 al publicar en la revista *Worlds of it* el cuento "El más frío de los lugares" (lugar que el cuento atribuye a la cara oscura de Mercurio y que en aquella época se pensaba que estaba en rotación síncrona con el Sol) y dos años después publicó su primera novela: "El mundo de los ptavvs". Ha recibido el premio Hugo en varias ocasiones: en la categoría de mejor cuento corto en 1967 por "Estrella de neutrones", en 1972 por "Luna inconstante" y en 1975 por "El hombre del agujero", en la categoría de novela corta en 1976 por "La frontera del sol" y en la categoría de novela en 1970 por "Mundo Anillo" y en 1985 por "Los árboles integrales". También fue galardonado con el premio Nébula de 1970 por "Mundo Anillo" (sin duda su novela más conocida y premiada), así como varias veces con el Locus, el Seiun y el Ditmar.

Su trabajo no sólo puede disfrutarse en los libros y las revistas. Niven ha escrito diversos guiones para varias series televisivas de ciencia ficción: "Star Trek: The Animated Series" (1973), "Land of the Lost" (1974) y la adaptación de su cuento "Luna inconstante" para la célebre serie "Más allá del límite" (1995).

Tiene el aval de ser el escritor favorito de ciencia ficción dura de un autor tan reputado como Arthur C. Clarke y es uno de los autores clave de este subgénero. En los años 70, y antes de la aparición de autores como Greg Bear, Stephen Baxter o William Gibson, se le consideraba el pilar fundamental de la corriente más cientificista del género. Aunque, en los últimos años, su principal producción ha sido en colaboración con otros autores como Jerry Pournelle o Seven Barnes.

Fuera del ámbito literario y creativo, Niven siempre ha mostrado un gran interés por los encuentros científicos y, con frecuencia, ha apoyado con sus declaraciones la conquista del espacio como la mayor empresa humana y el más importante de los objetivos del avance de las ciencias y la tecnología.

El universo de Larry Niven

La mayoría de las historias de Niven tienen lugar en un universo de ficción denominado "Espacio conocido", que presenta un escenario futuro en el que la una humanidad ultratecnificada comparte los mundos de diversos sistemas cercanos al Sol con más de una docena de razas alienígenas entre las que se incluyen especies como los agresivos kzin o los cobardes titerotes de Pearson, los subyugados kdatlyno o los pulpoides Jotoki. Muchos alienígenas son encarnados en personajes que, con frecuencia, acompañan a los protagonistas o son los propios protagonistas de las novelas de Niven.

Como se decía antes, la serie de *Mundoanillo* (*"Mundo Anillo"*, *"Ingenieros de Mundo Anillo"*, *"Trono de Mundo Anillo"* y "*Hijos de Mundo Anillo*") es su

obra más emblemática. Y, como no podía ser de otra forma, tiene lugar en el universo de ficción del "Espacio conocido".

Una de las cualidades más interesantes del *espacio conocido* es que, en su calidad de marco en el que se albergan tantas novelas, cuentos y ciclos, tanto detalle argumental, el trabajo de Niven, no sólo como escritor, sino como coordinador, realmente tenaz, de colaboradores y autores que también han aportado relatos a éste universo lo ha mantenido con una integridad y coherencia intachable.

Fantasía y magia

Un universo diferente es el presentado por otras novelas y cuentos de contenido fantástico y mágico. En realidad Larry Niven ha escrito numerosas novelas y cuentos de éste género literario para el universo (compartido con diversos autores) de *More Magic* denominado la Era de Warlock, pero pocas en solitario. El más conocido sería *The Magic Goes Away* (1977).

Curiosidades

Un ligeramente enmascarado Niven (bajo el nombre de Lawrence Van Cott) aparece en la novela de Greg Bear *La forja de Dios*. Además, el juego de ordenador *Wing Commander II* tiene lugar en un lugar llamado el "Sector Niven" y se cree que los enemigos felinos alienígenas de toda la serie -los Kilrathi- están basados en los kzin. Hay quien cree que los números de Niven se llaman así en su honor, pero, a pesar de su popularidad y formación matemática, en realidad llevan el nombre de Ivan M. Niven. Muchas ideas de Niven han sido utilizadas por otros autores: la idea de un ascensor espacial para drenar un planeta fue utilizada en la película francesa *Kaena, la profecía*, la idea de la muchedumbre instantánea (que aparece en 1973 en uno de los cuentos de Niven) ha sido practicada en la realidad (gracias a Internet y sin la ayuda del teletransporte) más recientemente, cuando, en el año 2003, se popularizó como forma creativa de protesta la convocatoria instantánea de un grupo de personas a una hora y en un lugar concretos, para disolverse de forma igualmente rápida minutos después. Larry Niven también da nombre a la carta de Magic: The Gathering Disco de Nevinyrral.

Bibliografía

Nota: Aunque la edición en español puede ser muy posterior a la correspondiente edición original, la fecha que acompaña al título es la de la edición original. No obstante, se intenta dar una referencia a la edición en español, siempre que sea posible. Los títulos que no han sido traducidos del inglés corresponden a obras que no han sido editadas en español, o cuya edición se desconoce.

- El mundo de los Ptavvs (1966). Ed. Edaf (1977).

- *Neutron Star* (antología de cuentos cortos, 1968)
- *A Gift from Earth* (1968).
- *The Shape of Space* (antología de cuentos cortos, 1969)
- Mundo Anillo (1970). Ed. Martínez Roca (1976 & 1985), Ed. Orbis (1985), Ed. La Factoría de Ideas (2001), ISBN 84-9800-133-1.
- *All the Myriad Ways* (antología de cuentos cortos, 1971)
- *The Flying Sorceres* (con David Gerrold, 1971)
- *The Flight of the Horse* (antología de cuentos cortos, 1973)
- *Protector* (1973)
- *Incostant Moon* (selección de cuentos cortos ya publicados en otras antologías, 1973)
- *The Slaver Weapon* (guión para la serie de animación de Star Trek, 1973)
- *A Hole in Space* (antología de cuentos cortos, 1974)
- La paja en el ojo de Dios (con Jerry Pournelle y Robert A. Heinlein, 1974). Ed Martínez Roca (1976), Ed. Dronte (1976) 2vols, Ed. Orbis (1985) 2vols, Ed. Minotauro (2003).
- Historias del Espacio Conocido (antología de cuentos cortos, 1975). Ed. Edaf (1978).
- Infierno (con Jerry Pournelle, 1976). Ed. Ultramar (1990).
- *The Long Arm of Gil Hamilton* (antología de cuentos cortos, 1976)
- Un mundo fuera del tiempo (1976). Ed. Emecé (1978), Ed. Ultramar (1985).
- El martillo de Lucifer (con Jerry Pournelle, 1977). Ed. Acervo (1982).
- *The Magic Goes Away* (1978)
- *The Patchwork Girl* (1978)
- *Convergent Series* (reestructuración de *The Shape...*, 1979)
- Ingenieros de Mundo Anillo (1980). Ed. La Factoría de Ideas (2003).
- *Mordred* (con John Eric Holmes, 1980)
- *Dream Park* (con Steven Barnes, 1981)
- Juramento de fidelidad (con Jerry Pournelle, 1981). Ed. Acervo (1982).
- *The Magic May Return* (editor, 1981)
- *Warrior's Blood* (con Jerry Pournelle, 1981)
- *Warrior's World* (con Richard S. McEnroe, 1981)
- *The Descendent of Anansi* (con Steven Barnes, 1982)
- *Roger's Rangers* (con Jerry Pournelle & John Silbersack, 1983)
- Los árboles integrales (1983). Ed. Acervo (1986).
- *More Magic* (editor, 1984)
- *Niven's Laws* (antología de cuentos cortos, 1984)
- *Footfall* (con Jerry Pournelle, 1985)
- *Berserker Base* (con Poul Anderson y otros, 1985)
- *Limits* (antología de cuentos cortos, 1985)
- *The Smoke Ring* (1987)
- *The Legacy of Heorot* (con Jerry Pournelle & Steven Barnes, 1987)
- *Man-Kzin Wars* (con Poul Anderson & Dean Ing, 1988)
- *The Barsoom Project* (con Steven Barnes, 1989)
- *Man-Kzin Wars II* (con Jerry Pournelle, Dean Ing & otros, 1989)
- *N-Space* (antología de cuentos cortos, 1990)
- *Man-Kzin Wars III* (con Poul Anderson, Jerry Pournelle & otros, 1990)
- *Achile's Choice* (con Steven Barnes, 1991)
- *Playgrounds of the Mind* (antología de cuentos cortos, 1991)
- *Fallen Angels* (con Jerry Pournelle & Michael Flynn, (1991)); edición electrónica gratuita en la Biblioteca Libre Baen.
- *Man-Kzin Wars IV* (con varios autores, 1991)
- *The California Voodoo Game* (con Steven Barnes, 1992)
- *Man-Kzin Wars V* (con Jerry Pournelle & otros, 1992)
- El tercer brazo (1993) (con Jerry Pournelle) (continuación de *La paja en el ojo de Dios*). Ed. Martínez Roca (?), Ed. Minotauro (2004).

- *Crashlander* (antología de cuentos cortos, 1994)
- *Man-Kzin Wars VI* (con varios autores, 1994)
- *Flatlander* (antología de cuentos cortos, 1995)
- *Beowulf's Children* (con Jerry Pournelle & Steven Barnes, 1995); también conocida como *The Dragons of Heorot* en su edición británica (1996).
- *Man-Kzin Wars VII* (con varios autores, 1995)
- *Trono de Mundo Anillo* (1996). Ed. La Factoría de Ideas (2005).
- *Three Books of Known Space* (una edición revisada de *El mundo de los Ptavvs*, *A Gift from Earth* e *Historias del Espacio Conocido*, 1996)
- *Destiny's Road* (1997)
- *Man-Kzin Wars VIII* (1998)
- *The Best of All Possible Wars* (con varios autores, 1998)
- *Rainbow Mars* (1999)
- *The Burning City* (con Jerry Pournelle, 2000)
- *Saturn's Race* (con Steven Barnes 2000)
- *Man-Kzin Wars IX* (2002)
- *Scatterbrain* (antología de cuentos cortos, 2003)
- *Man-Kzin Wars X* (con varios autores, 2003)
- *Ringworld's Children* (2004)
- *Burning Tower* (con Jerry Pournelle, 2005)
- *Building Harlequin's Moon* (con Brenda Cooper, 2005)

El canto de las sirenas

Larry Niven

La edición norteamericana del Asimov presentaba así este relato: «Larry Niven y su esposa Marilyn viven con su gato y unos veinte koi en Chatsworth, California. Los libros más recientes de este renombrado autor incluyen Scatterbrain, una antología retrospectiva, y Ringworld's Children. Próximamente aparecerán Burning Tower, con Jerry Pournelle, Harlequin's Moon, con Brenda Cooper, y The Draco Tavern, una colección de veintiuna historias ultracortas.» En medio de tanta producción, sin embargo, Niven se permite el placer de deleitarnos con historias tan deliciosas como ésta, una visión muy particular del canto de las sirenas.

-¡Hola, marinero! ¿Qué tal una lección de natación?

-Lo siento, mis damas. No puedo contener el aliento tanto tiempo. -Veryon sonrió al par de encantadoras mujeres que le miraban desde más arriba del canal. Se acercó lo suficiente como para poder ver sus relucientes colas de pez. Eran sirenas, ambas.

-No necesitas monedas -dijo una. Tenía la piel pálida y largas y suaves trenzas plateadas, ya secas. Su rostro era un delicado triángulo, sus dientes puntiagudos-. ¿Qué es lo que tienes?

Se refería a intercambiar. Veryon retiró la bolsa de su espalda y la abrió.

Había venido a Minterl a última hora el día de mercado. Ambas orillas del canal principal de la ciudad estaban flanqueadas por puestos con pequeños montones de esponjas y conchas y los tesoros baratos hallados en los barcos hundidos: copas y cucharas de plata, todas ennegrecidas por el tiempo y el agua; utensilios de cocina de bronce y guarniciones para las velas. De todo menos peces. Los mercaderes sirenos mantenían sus peces bajo el agua y vivos, y los vendían en redes tejidas con algas.

La gente de la ciudad traía artículos de cobre y bronce, carne roja, fruta, y potes de verduras cocidas. Las compras de los sirenos se añadían a los montones. La mayoría de la gente que caminaba sobre piernas ya se había ido a casa, y los sirenos se estaban marchando también.

No importaba. En realidad no había nada que intercambiar en la bolsa de Veryon. Simplemente estaba jugando.

-¿Un cuchillo de pedernal para pretender que eres mi esposa?

-Podemos modelarlo nosotras mismas. ¿Bronce? ¿Hierro?

-Lo siento.

El pelo de la otra mujer era negro como la noche, trenzado en una larga trenza. Dijo:

-¿Talismán? Con un talismán yo podría desarrollar por un tiempo unas piernas.

-¿Y qué habría de divertido en ello? Serías simplemente como las chicas de tierra firme.

-Podría ser agradable. Nunca he caminado. Mi madre dice que antes solíamos hacerla todo el tiempo.

-La magia ha desaparecido -admitió Veryon.

-¿Por qué lo dices?

Veryon se sorprendió. Aquello era algo que sabía todo el mundo.

-El maná, la esencia que hace que la magia funcione, se ha agotado. Como el cobre en una mina: tomas la mena y ya no hay más.

Pelonegro se echó a reír.

-¿Qué sabes tú de minas?

-Soy forastero en Minterl -dijo Veryon -. Busco trabajo como herrero, o quizás una posada en la que cantar.

Las dos mujeres se miraron.

-Tienes suerte -dijo Peloplata-. La herrería no está lejos.

Puedes caminar siguiendo el canal.

-O podemos llevarte -sugirió Pelonegro.

-Caminaré.

Peloplata empezó a recoger sus cosas. Pelonegro dijo:

-Por aquí -y se deslizó al agua delante de él, con los brazos a los costados, ondulando el cuerpo de una forma muy agradable de ver.

La luna llena no tardó en aparecer. Los canales de Minterl brillaron, una telaraña rectilínea plateada que recorría su trazado por entre campos de cereal y viñas. Pelonegro lo condujo hacia el sur hasta el río, contra la cada vez más rápida corriente.

El río se expandía allá donde se unía al océano. Veryon miró a la larga y rocosa isla al otro lado. Pelonegro señaló con un largo brazo encantador.

-Aquí.

-¿Qué tipo de herrería es? No veo un puente.

-No hay ningún puente. La isla es nuestra. Desde antes de que ninguna de nosotras naciera..., ¿cuánto tienes tú, un cuarto de siglo?

-Veintiseis años.

-...nuestra gente pensó que podía fundir su propio metal.

Construimos este lugar con ayuda humana y un poco de magia. Deseábamos aprender cómo usar el fuego. Pero el fuego seca nuestra piel y nuestras gargantas y nos quema si no vamos con cuidado, y cortar la madera y quemarla para convertirla en carbón y golpear el metal al rojo todo el día es un trabajo muy duro. Nuestra gente tuvo que renunciar.

-¿Y así ahora buscáis ayuda humana? ¿Pero cómo llegaré hasta allí?

-¿No sabes nadar? No importa. Puedo remolcarte, de una forma suave y agradable, con tu nariz fuera del agua.

Veryon sabía nadar, pero no lo dijo. Estaba pensando en otra cosa.

Lo que sabía de los sirenos procedía de rumores e historias.

Había corrientes oceánicas que arrastraban el maná. Los sirenos seguían las corrientes, como cualquier criatura de metabolismo mágico. Allá donde el maná se hizo escaso, los sirenos se convirtieron en criaturas marinas que respiraban aire, de cuerpo aerodinámico y recubierto de grasa contra el frío, aunque dando a luz fetos completamente desarrollados y amamantando a sus pequeños, como los humanos. Allá donde el maná era abundante, los sirenos tenían el aspecto de hombres y mujeres con colas de pez y manos para asir herramientas. La magia había ido disminuyendo a lo largo de los últimos miles de años, y en estos días era raro que los sirenos caminaran por tierra firme.

Se presentaban en una gran variedad de tamaños. Algunos eran de la longitud de un brazo; algunos del tamaño de una colina. Cabía suponer que los sirenos de tamaño humano lo eran para poder encajar en ríos y canales.

Los tesoros del mar eran suyos: no sólo los barcos hundidos, sino también las tierras sumergidas. Partes de la Atlántida estaban bajo el agua; los sirenos jugaban entre las casas ahogadas. Lo que inquietaba a Veryon era que a veces ahogaban también a algún marino, o hacían que un barco se hundiera.

Mientras dudaba, Pelonegro se puso a cantar.

Veryon se le unió. La melodía le sonaba familiar. Pudo sentir el tirón de un conjuro de llamada, debilitado en aquellas tierras de escaso maná, y cantar la propia canción le robaba su poder. No conocía las palabras, pero Veryon tenía un don para los lenguajes. Cantó, y se equivocó, y Pelonegro rió y repitió las frases hasta que se las aprendió de memoria.

Por aquel entonces el cielo ya estaba totalmente oscuro y la luna muy arriba. Pelonegro dijo:

-No tienes ningún lugar donde dormir. ¿Y has comido?
-No. -Su hambre saltó como un lobo.
-Me llamo Sinjern -dijo la sirena.
-Yo soy Veryon.
Se metió en el agua. La sirena le hizo ponerse de espaldas, la mano bajo su barbilla, su mejilla apoyada en el pecho de ella, y tiró de él hacia la isla. Era un contacto agradable, en absoluto frío una vez estabas en el agua, aunque tuvo que fruncir los ojos a la luz de la luna.
-¿Cómo es la pesca por aquí? -preguntó.
Sinjern se lo tomó en serio.
-Pueden encontrarse peces en cualquier parte.
- He estado en otras ciudades. En la mayor parte de ellas los hombres son los que pescan.
Ella bufó.
-¡Desde botes! No lo harían si no tuvieran que hacerlo. En demasiados lugares los sirenos pierden la forma humana. No podemos evitarlo. Fosas nasales en la parte superior de la cabeza, brazos transformados en pequeñas aletas rechonchas...
-Demasiado poco maná en las corrientes oceánicas sugirió Veryon.
-Es posible. Nadamos mejor, pero ¿cómo podemos comerciar así? ¿Cómo podemos transportar algo, o fabricar algo? De modo que los hombres aprenden a atrapar los peces por sí mismos. Pero en Minterl todavía podemos cambiar.
-Los sirenos son nómadas, Veryon, como tú. Los lugares fijos son una aberración para nosotros. Intercambiamos peces y conchas y todo lo que hallamos en los barcos hundidos por herramientas de hierro y cobre. Hombres y sirenos intercambian también a veces servicios. Nosotros tenemos la magia del clima. Vosotros trabajáis con el fuego.
Una pequeña cala desembocaba en una cueva con un suelo arenoso. Veryon salió del agua y se sacudió.
-¿Qué intercambiaréis conmigo? -preguntó.
-Pensaremos en algo. Si enciendes un fuego, traeremos unos peces para asarlos.
La herrería era tosca: un yunque y un horno y algunas herramientas de bronce. Veryon lo examinó todo. El último ocupante había dejado un montón de carbón y algunas ramas para encender el fuego, y pedernal. Gente con piernas había trabajado en aquel lugar, pero debían de haber sido sirenos: el único acceso era por mar.
Veryon encendió un fuego. Sinjern se sumergió, y al poco rato regresó con un culebreante colaamarilla, que Veryon limpió con su cuchillo de pedernal.
-¿Qué hizo tu gente con estas cosas? -preguntó, señalando a su alrededor.
-Hicimos algunas puntas de lanza. Intentamos hacer un busto del rey, pero no resultó lo bastante bueno.
El fuego lo secó y lo calentó. El aroma del pescado asándose perfumó el aire.
Peloplata había vuelto. Sacó del agua la carga que llevaba.
Puntas de lanza de bronce martilleadas en una red de algas.
-Hicimos eso. ¿Puedes tú hacer algo mejor?
-No son muy buenas. Tendré que fundirlas de nuevo.
Haré algunos moldes.
-¿Y esto?
Una piedra imán.
-¿Dónde la conseguiste?
-De un barco hundido. Es hierro.
-Es un instrumento para hallar tu camino en el mar. La podríais vender y comprar puntas de lanza.
Las mujeres se miraron entre sí. Veryon preguntó:
-¿Creéis que podéis aprender a copiar lo que yo hago?

Mirad libremente. Pero el fuego sigue siendo demasiado caliente para vosotros los sirenos. El fuego es nuestro.

-De acuerdo. Mira, también tenemos esto. –Peloplata alzó del agua dos dobles puñados de monedas de oro, las suficientes para hacer a Veryon mirar -. Yo soy Leyria. ¿Qué puedes hacer por nosotras? ¿Qué necesitas? ¿Puedes hacernos espadas?

El oro marcaba una diferencia.

Por la mañana lo remolcaron de vuelta. En Minterl, Veryon adquirió un bote y unos remos. Trajo mantas, utensilios de cocina, comida, ropa, y un hacha, todo lo cual llevó a la isla.

Compró un laúd para reemplazar un instrumento que había vendido en Oldenholm.

Los comerciantes de Minterl parecían estar acostumbrados a tratar con forasteros. Una mujer que vendía raíces intentó advertirle:

-Esto es oro hundido, ¿no? Estás tratando con sirenos.

-Sí.

-Los rumores dicen que no todos los barcos hundidos se enfrentaron a desastres naturales.

-¿Qué quieres decir?

-Las aguas profundas pertenecen a los sirenos. En el agua pueden hacer todo lo que quieran. Si nadas con ellos, pueden ahogarte.

-Tendré cuidado -dijo Veryon-. ¿Conoces esto?

Alzó la piedra imán al extremo de su fina cadena y la dejó oscilar.

-Ya no apunta al lugar correcto. Pero, ¿ves esto? Ésa es la marca de Puerto Salass. Un barco de allí se hundió ahí fuera en los arrecifes, el año pasado en una tormenta. A veces, durante las tormentas, oímos cantar.

El bote no entraba en la cueva. Lo arrastró hasta muy arriba de una playa arenosa y transportó su carga a la herrería.

Llevaba mucho tiempo sin una mujer, y no dejó de dar vueltas en su mente a la advertencia de la mujer granjera. Quizás era la llamada del peligro. Al amanecer del día siguiente nadó con las sirenas.

Era diferente. Leyria y Sinjern nadaron y nadaron a su alrededor, un torbellino de carne femenina. Luego Sinjern la del pelo negro lo empujó contra ella y dentro de ella, con la cola golpeteando, mientras Leyria la del pelo plata se ocupaba de mantenerle la barbilla fuera del agua. Se turnaron. Su carne era fría, con un núcleo de maravilloso calor. Lo hallaban irresistiblemente divertido.

Cantó con ellas. Las suyas eran canciones de llamada. Una canción llamó a una tormenta: se acurrucaron dentro de la cueva hasta que hubo pasado. Les enseñó algunas de sus propias canciones, canciones inofensivas, meros entretenimientos. Los tres y el laúd de Veryon cantaban bien juntos.

Y trabajó.

Crecían árboles en la isla, por encima de las arenosas playas. Los taló para madera, y mantuvo los troncos ardiendo lentamente a cubierto para obtener carbón.

El metal que trabajaba tenía que proceder del mar. Las mujeres lo traían más rápido de lo que él podía utilizarlo. Le llevaron algunos nódulos de mena en bruto del lecho del mar, pero era más fácil trabajar el metal ya refinado. Tenía potes de cocina grabados con los nombres de barcos, y una gran ancla de bronce (del Aqueronte, decía el grabado) apoyada contra una pared aguardando algo más ambicioso. Algunos de los artefactos eran valiosos; los dejó a un lado para venderlos en la ciudad.

Exploró la isla. Había playas de arena. Hizo formas de arena para modelar el metal fundido.

Llevaba mucho tiempo sin compañía humana. Al cuarto día decidió remar hasta la ciudad, y descubrió que sus remos habían desaparecido. Usó su hacha para dar forma a una rama y remó hasta allí de ese modo.

Pasó algo de tiempo en una casa de baños. Era bueno sentirse limpio. Halló una posada, el Anillo Perdido, donde cenó, bebió y cantó. Mostró una jarra de oro batido. Un hombre la reconoció, dijo que procedía del Aqueronte, un barco construido en Minterl y tripulado por hombres de Minterl, que había desaparecido en el mar.

Durmió en la posada. Regresó a su fragua a la mañana siguiente, llevando cuerda, cereales y frutas y verduras, un barril de vino y otras cosas olvidadas. Reanudó su trabajo en una espada.

Las mujeres no acudieron a él.

Cuando miró unos días más tarde, su bote había desaparecido del lugar donde lo había dejado.

Transcurrió otro día antes de que apareciera Sinjern.

-El bote es mío -le dijo-. ¿Dónde está?

- El bote puede que sea tuyo -dijo ella-, pero tú eres nuestro.

-Ah. -El pensamiento era estremecedor.

-¿Qué has hecho para nosotras?

-He hecho una espada. -Hizo un gesto a sus espaldas.

Había forjado unos ganchos y los había colocado altos en la roca para sostener la espada. Era lo mejor que había hecho hasta la fecha; no una obra maestra todavía, no a su edad.

-¡Oh, maravilloso! -dijo Sinjern-. Al rey le encantará. Dámela.

-Esto es algo que podemos discútir.

Ella desapareció con un chapoteo que lo bañó de pies a cabeza.

Pensó en todo aquello.

Nadie de Minterl acudiría en su busca. ¿Podía pedir ayuda? Podía poner alguna señal de algún tipo, en un terreno alto que las sirenas no pudieran alcanzar. Escribió SOCORRO en su manta más grande y la ató como una pancarta a las ramas del árbol más alto que todavía no había talado. No podía verse desde la otra orilla, pero quizás un bote que pasara...

No le tomó mucho tiempo explorar la isla. El bote no estaba en ninguna parte. Cabía suponer que lo habían hundido. Sinjern y Leyria podían volver a ponerlo a flote para él, si querían.

Sabían que podía nadar. Tal vez no supieran que podía cruzar el canal hasta Minterl, aunque estaba seguro de poder.

Lo intentó al amanecer, ocho días después de su llegada. El mercado debía de estar instalándose. Allí podría encontrar ayuda.

No tardó en darse cuenta de que unas formas con aletas le seguían.

Le dejaron alcanzar casi el canal antes de obligarle a dar la vuelta y empujarle de regreso a la herrería. Lo usaron como amante antes de dejarle arrastrarse a la orilla, jadeante, helado y agotado.

El fuego lo calentó. Estuvo tentado de beber hasta sumirse en el estupor. El barril de vino podía hacer con creces el trabajo, y estaba prácticamente sin tocar.

En vez de eso, pensó.

Montó el campamento encima de una playa arenosa, bajo un saliente de piedra. Durante todo el día siguiente trajo allí todo lo que necesitaba. No había traído carne, contando con los alimentos del mar traídos por las sirenas, pero tenía cereales y tubérculos y verduras, Tardaría en verse afligido por el hambre. Luego esperó.

Las sirenas debieron descubrir que Veryon había desaparecido y la herrería estaba prácticamente saqueada. Cuando hallaron su campamento estaban furiosas.

Las saludó con el brazo, riendo, desde su lugar muy arriba de la orilla. Tenía en la mano la gran jarra de oro.

-Ahora hablemos -llamó.

-¡Danos la espada! -gritó Sinjern.

-Podemos llegar a un acuerdo. Hablemos.

-¿De dónde sacaste el vino? De la gente de tierra firme, por supuesto -dijo Leyria-, ¿Por qué lo has conservado?

-Tienes razón. Bebed conmigo, -Llenó la jarra de vino, sosteniendo torpemente el barril, luego hizo rodar el barril hasta la arena ante ellas, manteniéndose prudentemente fuera de su alcance -. Cantad conmigo.

-¡La espada!

-Devolvedme el bote, y os daré la espada, - Regresó a la cresta rocosa de la isla, dejó la jarra a un lado con exagerado cuidado. Halló la espada, intentó un complicado pase, la dejó caer-. Ooops.

Las mujeres hablaron en voz baja entre ellas. Luego se sumergieron.

Veryon bebió lentamente de la jarra. Bien, esto era un problema. ¿Debía ir a recuperar el barril? Las olas lo estaban lamiendo, agitándolo levemente. Si Sinjern y Leyria estaban acechando justo debajo de la superficie, saltarían sobre él, y si pensaban ahogarle o no era mero asunto de especulación. Captaba su fuerza.

Pero si no iba tras el barril, ¿creerían que estaba borracho? Si estuviera borracho, Veryon sabía que iría tras el barril. Se sentó y pensó en ello.

Dos cabezas asomaron del agua, negro y plata.

-Aquí está -dijo Leyria, y entre ambas alzaron el bote hasta que pudo ver el brillo de su negro fondo. Estaba vuelto del revés -. Ven a buscarlo. -Lo empujaron casi por encima de las olas.

Caminó hasta el agua. Se inclinó, fue a cogerlo, y Leyria saltó hacia su mano. Se echó hacia atrás fuera de su alcance, riendo salvajemente. Ella retrocedió, sonriendo, y él avanzó de nuevo. Tiró del bote por su timón y caminó hacia atrás, arrastrando la embarcación más allá de las olas.

Tan cerca del mar, el río tenía una cierta acción de marea. Ahora era la marea alta; el bote podía quedarse allí hasta que lo necesitara.

-¡La espada! -llamó Leyria.

Veryon subió la colina, tomó la espada, y la arrojó girando sobre sí misma a las olas. Sinjern la atrapó, La inspeccionaron.

-Bien -dijo Sinjern, y Leyria dijo-: Nada con nosotras.

-Supongo que no me vais a dar mis remos.

Leyria maldijo.

Veryon bebió, con la jarra muy alzada, la cabeza inclinada hacia atrás. Empezó a cantar una de las canciones que él les había enseñado. Con un cierto esfuerzo, dio la vuelta al bote.

Las mujeres miraron mientras cargaba las cosas en él. Monedas de oro: no quedaban muchas, pero sí algunas. Tesoros de oro y bronce de barcos hundidos. Potes de cuello estrecho. Su bolsa contenía su laúd y su hacha y algunas mantas. De tanto en tanto se detenía para hacer la mímica de beber de una jarra vacía. Un espejo de plata vuelta negra se había vuelto de plata de nuevo: él se había ocupado de ello. Había hecho una máscara, también de plata, del rostro triangular de Sinjern.

La mantuvo en alto y preguntó:

-¿Qué te parece esto?

-Bien -dijo Sinjern a regañadientes-. ¿Puedes hacer la del rey?

-¡Él nunca ha visto al rey!

Veryon se puso a cantar. Ellas se pusieron a cantar también.

Leyria se interrumpió para beber del barril. Ofreció:

-¿Quieres más?

Veryon giró su jarra boca abajo.

-Sí, estoy vacío. Pero te temo, ¿sabes? Dicen que las sirenas ahogan a los marineros, y me habéis mostrado cosas de barcos hundidos.

-Nunca hemos hundido ningún barco ni ahogado a ningún hombre -protestó Sinjern.

-¿Qué le ocurrió al Aqueronte?

Transcurrió un largo momento. Luego Sinjern dijo:

-Eso fue cosa del rey. El Aqueronte comerciaba con la gente de Mu, facilitándoles armas.

-¿Peleáis entre vosotros?

-A veces. Cuando las corrientes son las correctas, cuando podemos conservar nuestras formas, éste puede ser un lugar por el que vale la pena luchar. Ese barco transportaba lanzas.

Cantamos para atraer a los marineros hacia las rocas.

-No me gusta la política -dijo Veryon.

Sinjern bebió, luego Leyria. Tuvieron que asegurar el barril contra las olas. Veryon preguntó:

-Sirenas mías del mar, ¿estáis acostumbradas al vino?

-Hombre que camina sobre dos pies, ¿qué es lo que piensas? ¿Cómo podemos los sirenos acostumbramos a beber? No podemos tener bebidas bajo el agua, ¿no? Y si bebes en los mercados te engañan -dijo Sinjern, y bebió-. Pero está bueno.

-A veces hay vino en algún barco hundido. Entonces nosotros y los que caminan podemos celebrar una fiesta dijo Leyria-, si hay suficiente para todos, ¡Vamos, baja, Veryon! Toma un poco.

Veryon negó con la cabeza y empezó a cantar la canción de un cazador perdido en los bosques. Se le unieron, y él tomó el laúd y empezó a tocar. Las mujeres iniciaron una canción propia.

Veryon emitió una nota discordante.

-¡No ésa! ¡Vais a crear una tormenta! -Empezó a cantar la primera canción que había aprendido de ellas, la canción que llamaba a los marineros. Le añadió el laúd. Las mujeres se le unieron. Sintió la atracción, y se resistió.

Las dos pararon un momento para turnarse en beber del barril. Veryon siguió cantando. Ahora ambas sirenas empezaron a arrastrarse por la arena, girando sobre sí mismas y agitando ebriamente la cola.

La única defensa contra la canción era seguir cantando. Dejaron de cantar, y entonces se vieron atrapadas. Veryon danzó hacia atrás en dirección a la cresta rocosa, llamándolas. Estaban al alcance de su brazo antes de que dejara de cantar. Sinjern miró a su alrededor y se echó a reír. Leyria agitó la cola y empezó a culebrear ladera abajo.

- Ah, ah -dijo Veryon. Bajó detrás de Leyria llevando un rollo de cuerda. Ató la cuerda a su cola, luego la ató alrededor de una roca, luego ató también a Sinjern.

- No os desatéis - dijo.

- ¡Que te cuelguen! - bufó Sinjern.

-Mirad. - Alzó a la vista una lanza, cabeza de bronce y asta de bronce. Su otra mano tenía un remo que había tallado de un tronco, mucho mejor que el primero-. No toquéis la cuerda hasta que me haya ido.

-¿Por que necesitas hacemos esto? -gritó Sinjern.

-Podríais volcar mi bote. Ahora creo que podré cruzar remando antes de que podáis meteros de nuevo en el agua. ¿Estoy siendo irrazonable? Vive para ver.

Las mujeres no dijeron nada.

-No volváis a Minterl. -Veryon se metió en el bote. Alzó una serie de objetos de oro y de bronce que le habían dado ellas, procedentes del mar-. Del Albatros, y del Orgullo del mercader, y del Halcón del mar. No los fundí. Voy a mostrarlos por todas partes. No sé si atrajisteis con vuestros cantos a esos barcos a los arrecifes, pero parece una suposición razonable. Hundisteis el Aqueronte.

Volvió a dejar su botín en el bote y lo empujó al agua. Ladera arriba, las dos mujeres maldecían mientras trabajaban en los nudos. Veryon empujó el bote a las

olas y saltó a bordo. Las mujeres se habían soltado y se dirigían dando saltos hacia la orilla cuando Veryon empezó a remar.

Título original: Rhinemaidens
Publicado en: Asimov Ciencia Ficción, nº 17, marzo-abril, 2005

EL HOMBRE DEL AGUJERO

Larry Niven es un escritor que siempre aporta nueva y consistente vida a los temas habituales de la ciencia ficción. En este relato –titulado The Hole Man –, por ejemplo, se incluye la aventura de un equipo explorador de Marte que descubre la estructura de algo extrahumano abandonado mucho tiempo atrás. Nada sorprendente hay en eso, dirán ustedes. He aquí lo que el capitán Childrey tiene que decir al respecto.

* * *

Un día Marte volará.

Andrew Lear dice que todo comenzará con violentos terremotos para terminar horas o días después. De todos modos, el fin será súbito. Él sabrá. Y suya ha de ser la culpa.

Lear dice también que lo que suceda puede ser cuestión de años o de centurias. De modo que en eso estamos, Lear y el resto de nosotros. Estudiamos la base de operaciones extrahumana para ver qué puede decirnos, mientras el centro del mundo en que nos hallamos desaparece gradualmente. La cosa es suficiente para provocarnos pesadillas.

Fue Lear quien halló la base no humana.

Llegamos a Marte. Éramos catorce en el apiñado recinto acondicionado para respirar y vivir de la nave Percival Lowell. Dábamos vueltas en círculo, siguiendo una órbita y, sin prisas, corregíamos nuestros mapas mientras buscábamos algo que treinta años de exploraciones con los Mariner hubiesen podido pasar por alto.

Entre otras cosas, señalábamos los mascones. Esas concentraciones de masa bajo el lunarmaria habían sido casi seguramente causadas por asteroides de gran tamaño; por montañas de roca que cayeron silenciosamente del cielo hasta llegar al suelo con la energía de miles de bombas nucleares. Marte ha venido cruzando hasta ahora un cinturón de asteroides. Y eso, desde los últimos cuatro billones de años. Acaso su superficie muestre mayores y mejores mascones. Podrían afectar nuestras órbitas.

Andrew Lear trabajaba sin descanso y estudiaba continuamente la aguja que iba haciendo sus marcas sobre el papel diseñado a propósito, mientras circundábamos Marte. Un pequeño aparato a un costado del Percival Lowell daba vueltas. Dentro de su delgado caparazón había un sistema de pesas con doble palanca engañosamente simple. Se trataba de un detector de masas situadas ante la nave. La aguja registraba sus oscilaciones.

Cuando pasábamos por encima de Sirbonis Palus, la aguja comenzó a señalar extrañas curvas.

Otro hombre hubiese soltado una maldición y tratado de arreglar el aparato. Andrew Lear reflexionó y por fin movió el mando que interrumpía la rotación del aparato exterior.

Tenía que dar vueltas para señalar una masa estática.

Pero lo que ahora enviaba eran simples ondas sinoidales.

Lear salió disparado hacia el lugar en que se hallaba el capitán Childrey

Bueno, «disparado» es un modo de decir. Su carrera se parecía más bien a una exhibición de atletismo en trapecio. Se agarraba a las manecillas que sobresalían de las paredes de la nave espacial, ayudándose con violentos movimientos de las manos y los pies. Moverse con rapidez es difícil cuando no hay gravedad y Lear era un astrofísico de cuarenta años, no un atleta. Al llegar a la cabina de control respiraba con dificultad.

Childrey, que si era un atleta, esperó a que Lear recobrase el aliento, mientras le contemplaba con sonrisa paciente y un poco desdeñosa.

Hacía tiempo que tenía a Lear por algo chiflado y las palabras de éste sirvieron para remachar su idea.

–¿Qué, hay señales dadas por la gravedad? Doctor Lear, ¿me hará usted el favor de no molestarme con sus ridículas ideas? Estoy ocupado.

Sus palabras no eran enteramente descorteses: algunos de los entusiasmos de Lear eran peculiares. Hablaba de generadores de gravedad y de agujeros negros; pensaba que era preciso buscar las esferas Dyson, que eran estrellas completamente encerradas en un caparazón artificial; sostenía que masa e inercia eran dos cosas diferentes; que era posible extraer la inercia de una nave espacial y así acentuar la velocidad de vuelo, etcétera. Era un soñador de ojos abiertos y cuando se excitaba tenía tendencia a vagar en torno a los puntos concretos.

–Usted no entiende –le explicó a Childrey –, la radiación de la gravedad es más difícil de eliminar que las ondas electromagnéticas. El modelo de las ondas de gravedad sería fácil de detectar. Las civilizaciones más avanzadas de la galaxia se están acaso comunicando mediante la gravedad. Algunas de ellas incluso modulan tal vez pulsars o estrellas de neutrón rotativo. Es en ese sentido que el Proyecto Ozma estaba equivocado: de acuerdo con el proyecto sólo se han venido buscando señales en el espectro electromagnético.

–Childrey soltó la carcajada.

–Por cierto. Sus amiguitos están empleando estrellas de neutrón para enviarle a usted mensajes. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

–Pues bien, mire –Lear puso ante los ojos del capitán un trozo de papel pautado que había arrancado de la máquina –. He obtenido este registro mientras pasábamos sobre Sirbonis Palus. Mi opinión es que debiéramos tomar tierra ahí.

–La tomaremos en Mare Címmerium, como lo sabe usted perfectamente. La unidad de descenso ya está preparada y lista para que la ocupen mis hombres. Hemos pasado cuatro días escrutando y tomando registros sobre esa zona, doctor Lear. Es plana y de color marrón verdoso. Al llegar la primavera, el mes que viene, descubriremos si hay alguna forma de vida allí. Y todo el mundo lo quiere así, con excepción de usted.

–Lear mantenía aún en la mano su papel pautado y lo apretaba contra sí como si fuese un escudo.

–Se lo pido como un favor especial: haga otro círculo sobre Sirbonis Palus.

Childrey terminó por acceder y ordenó dar otra vuelta en la misma órbita. Tal vez las ondas sinoidales le convencieron. Tal vez no. Acaso quisiera demostrarnos a todos lo rematadamente loco que estaba Lear.

Pero al pasar de nuevo sobre Sírbonis Palus apareció en el papel una pequeña marca circular. Y el indicador de masa de Lear marcaba de nuevo ondas sinoidales.

Los extraterrestres se habían marchado. Durante los primeros cinco meses siempre esperábamos que estuviesen de vuelta en cualquier momento. Todo el equipo de la base funcionaba sin pausa y a la perfección, como si sus dueños acabasen de salir de allí.

La base tenía la forma de un plato hondo invertido. Constaba de dos pisos y carecía de ventanas. El aire de dentro era respirable, como el de la tierra a tres millas de altura, aunque más rico en oxígeno. El aire de Marte es mucho más inconsistente y, además, venenoso. De modo que era evidente que aquellos seres no eran marcianos.

Los muros eran gruesos y se encontraban profundamente erosionados – Se inclinaban hacia adentro, contra la presión interna. El techo era algo más delgado pesaba tan sólo lo suficiente para que la presión lo soportara. Tanto los muros como el techo estaban hechos de polvo de Marte derretido a altas temperaturas.

El sistema de calefacción aún estaba en funcionamiento, como también el de luz, que consistía en unos puntos que daban un resplandor color rojo ladrillo. La

calefacción era excesiva: algo más de diez grados por encima de lo normal. Durante casi una semana buscamos infructuosamente los mandos para reducir aquel calor, pero al fin pudimos encontrarlos. Estaban detrás de unos paneles cerrados herméticamente. El sistema de aire dejó entrar verdaderos vendavales hasta que logramos controlarlo.

Pudimos extraer una serie de conclusiones sobre ellos, partiendo de los indicios que al marcharse habían dejado. De seguro provenían de un mundo más pequeño que la tierra, el cual rotaba en torno a una estrella insignificante y muy roja, dentro de una órbita cercana. Estaban cerca del calor porque el planeta se hallaba inmovilizado por corrientes, lo cual le permitía presentar siempre una cara a la estrella. Los extraterrestres debían haber desarrollado una civilización bajo una luz invariable; un día no interrumpido, alumbrado de luz roja. Los vientos soplarían constantemente desde las fronteras que daban a la oscuridad.

Carecían de todo sentido de intimidad. Los únicos corredores que tenían puertas eran conductos de aire. La segunda planta tenía forma hexagonal y su piso era una estructura metálica. No aislaba a quienes estuviesen en ella de aquellos que se encontraran en la planta inferior. El sótano era un inmenso recipiente, lleno de mercurio que lo cubría de pared a pared. Las habitaciones resultaban extraordinariamente pequeñas y abigarradas. Como los muebles y los aparatos estaban junto a las puertas, al principio no hacíamos sino golpearnos codos y rodillas contra ellos. Los techos estaban a menos de seis pies de altura en ambos pisos, de modo que la mayoría de nosotros teníamos que movernos por allí agachados, actitud que se contagió a quienes eran lo bastante bajos como para permitirse circular derechos. Cuestión de habituarse. Pero Lear era alto y, cuando decidía ponerse rápidamente de pie, se golpeaba a menudo la cabeza, se hallase donde se hallase.

Pensamos que debían ser de talla más baja que los humanos, pero que en otros aspectos debían parecerse a nosotros, porque sus asientos acolchados parecían destinados a los habitantes de la tierra por su tamaño y proporciones. Acaso fuesen sus mentes las que eran distintas.

–Ya habíamos tenido bastante con la permanencia en la nave espacial. Y ahora había que quedarse metido en aquellos recintos estrechos y bajos. A todos se nos agriaba el carácter y nos tornábamos susceptibles.

Dos de nosotros no podíamos soportar aquello.

Lear y Childrey no parecían del mismo planeta.

Para Childrey, el orden era algo fundamental. Como la limpieza. Y hacía en esos sentidos todo lo imaginable; tanto que lo realizado por él solo bastaría para todos. Durante los largos meses pasados a bordo de la Percival Lowell nos obligaba a practicar ejercicios gimnásticos. Terminantemente rehusaba aceptar que alguien omitiese sus instrucciones en la materia y renunciase a la calistenia diaria. Al fin optamos por no discutir más con él sobre ello.

De acuerdo. La gimnasia nos mantuvo en buena forma. Pero, ahora no podíamos llevar a cabo el saludable ejercicio diario dando vueltas por la sala agachados.

Pasado un mes desde el momento en que llegáramos a Marte, Childrey era el único hombre totalmente vestido que se encontraba en la base; el único que seguía desafiando aquel calor. Verle sonaba a reproche y acaso eso era lo que Childrey quería al sacrificarse de aquel modo. Lear había sido el primero en quitarse la camisa.

En la tierra, las costumbres de Lear no eran más que rasgos un poco caprichosos del carácter. A veces, llevado por la prisa, se detenía a observar si sus calcetines eran iguales. No era raro tampoco que olvidara meter sus platos en el lavavajillas durante dos o tres días. De hecho, era lo que casi siempre le sucedía cuando estaba interesado en algún caso intrincado. Dios ayude a la mujer que trate

de poner orden y limpieza en su estudio. Si todo estaba en desorden, se disculpaba diciendo a eventuales visitas que le gustaba vivir en una casa «donde se vivía».

Andrew Lear era un hombre brillante, pero de los que carecen de ductilidad y miran al mundo a través de un solo ángulo. Fuera de los problemas espaciales, nada le atraía en especial. Una expedición a Marte, por ejemplo, suponía algo que él no podía de ninguna manera pasar por alto. Un problema, porque su desorden era un inconveniente. En estos viajes, la limpieza y el cuidado son vitales.

Por ejemplo, no se ha de dejar la «mosca» abierta en el traje espacial.

Sin embargo, un mes después del aterrizaje, Childrey cogió a Lear con la «mosca» abierta.

La «mosca» en el traje que mantiene al cuerpo a la presión adecuada es un caño blando de caucho que se coloca mediante un dispositivo especial sobre los genitales. Lleva una vejiga y tiene una llave de interrupción. Se ha de abrir la llave para orinar; y al término de la micción, debe cerrarse. Luego se afloja una válvula y se evacua el contenido de la vejiga artificial en el espacio.

Se fabrican aparatos similares para las mujeres. Son un poco más complicados, pues están provistos de una sonda, que es extraordinariamente incómoda de llevar. Supongo que quienes diseñan esos aparatos mejorarán tarde o temprano sus modelos, porque parece injusto que se pongan obstáculos a la mitad de la raza humana que pretende alcanzar su destino final, es decir, el que nos espera a todos nosotros.

A Lear le agradaban los largos paseos. Le gustaba enormemente el paisaje desértico de Marte, con su cielo violeta oscuro y la suave pantalla de polvillo anaranjado que baila ante la luz. Le gustaba la línea del horizonte, nítida y cercana. Se sentía atraído por el infinito paisaje muerto. Pero no podía dedicar mucho tiempo a su afición, porque necesitaba llevar a cabo mucho trabajo de laboratorio dentro de la base. Siempre que podía, permanecía ante su comunicador, destinado a entrar en contacto con seres extraterrestres. Allí se pasaba las horas, bajo un techo muy bajo, cercano a su cabeza inclinada sobre los aparatos, y todo lo demás llenando incómodamente la habitación de tal manera que siempre se estaba golpeando los codos y las rodillas.

Cuando volvía cierta vez de dar un paseo se encontró con Childrey que precisamente salía a dar el suyo. Childrey advirtió que la válvula del traje de Lear estaba abierta y que el resorte que la cerraba se encontraba roto. Lear había permanecido varias horas fuera de la base y con ello corrido el riesgo de desangrarse hasta morir, pues el vacío podría haberle desgarrado la carne.

Nunca supimos con exactitud lo que Childrey le dijo a Lear aquel día; pero éste penetró en la base murmurando entre dientes y con las orejas enrojecidas. No quiso hablar con nadie del episodio.

Los psicólogos de la NASA tendrían que haber evitado que ambos hombres se embarcasen en la misma nave y conviviesen en el mismo planeta. Sí. Ya se sabe. Hablar es fácil. Pero Lear y Childrey eran dos hombres insustituibles. Los mejores en sus respectivas especialidades. Y gozaban, además, de la salud óptima para emprender este tipo de viajes y sobrevivir. No faltaban, por cierto, astrofísicos tan competentes y célebres como Lear; pero eran muchos años mayores que él. En cuanto a Childrey, tenía en su haber mil horas de vuelo espacial. Se había encontrado entre los últimos hombres que dejaron la luna.

En realidad, cada uno en su campo, todos nosotros éramos los hombres más competentes.

Los extraterrestres habían dejado el comunicador en funcionamiento, así como el resto del instrumental de la base.

Debía ser algo extraordinariamente pesado, a juzgar por los pilares que había sido preciso colocarle debajo y el gran bulto que, con el fin de darle cabida, se notaba bajo el techo.

Ni el propio Lear podía explicar por qué el comunicador estaba en el segundo piso; pero, tras estudiar durante unos días el aparato, fue capaz de saber cómo funcionaba. En seguida envió un jubiloso mensaje desde Marte hasta el detector de masas que se hallaba en el Lowell.

Lear instaló poco después un detector de masas junto al comunicador, haciéndolo colocar sobre una plataforma extremadamente complicada, para prevenirlo contra toda vibración. El detector producía ondas de puntas tan agudas que algunos de nosotros pensábamos ser capaces de sentir la radiación gravitacional que llegaba del comunicador.

Lear estaba enamorado del cacharro.

Olvidaba comer hasta que sentía tal apetito que se lanzaba sobre la comida, devorándola con las ansias de un lobo hambriento.

–Hay una masa muy pesada ahí –nos dijo un día, hablando con la boca llena.

Hacía dos meses que vivíamos en la base.

–La máquina usa campos electromagnéticos y vibra a altas velocidades. Mirad. –Tomó un tubo de dentífrico y, colocándolo ante él, lo sacudió rápidamente con un movimiento vibratorio. Todos los ojos de los presentes se volvieron hacia él a través de la mesa en zigzag dejada por los extraterrestres, la cual estaba extraordinariamente desordenada –. ¿Veis? Ahora estoy haciendo ondas gravitacionales; pero son demasiado groseras porque este tubo de pasta de dientes es muy gordo. De modo que la amplitud es prácticamente cero. Esa máquina es muy amplia y pesada. Requiere una cantidad muy grande de fuerza proveniente de algún campo para permanecer donde está.

–¿De qué fuente saldrá esa fuerza? –preguntó alguien –. ¿Del neutronio, como en el núcleo de una estrella de neutrones?

Lear movió la cabeza mientras engullía otra cucharada de alimento.

–A esa escala el neutronio no daría seguridades de estabilidad. Personalmente pienso que se trata de un agujero negro de quantum. Sin embargo, aún no sé cómo arreglármelas para calcular su masa.

–¿Un agujero negro de quantum? –dije yo.

Lear asintió con alegría.

–Tuve suerte. Tú sabes que yo era contrario al proyecto de viaje a Marte. Desde un punto de vista económico, pensaba que hubiésemos logrado mucho más dedicándonos a explorar los asteroides. Entre otras cosas, era probable que averiguásemos de ese modo si realmente había por ahí agujeros negros de quantum. ¡Y resulta que hemos conseguido dar con uno!

–Se puso de pie, cuidando de no golpearse la cabeza–. ¡Como lo oís!

De inmediato se volvió a trabajar. Recuerdo que nos quedamos mirándonos interrogativamente a través de la mesa en zigzag. Luego tiramos a suertes... y perdí.

El día en que Lear olvidó cerrar su válvula, Childrey impartió una orden: Lear no podría dejar la base sin ser escoltado.

Malo para Lear, que apreciaba muchísimo el paseo en solitario. Pero no paraba ahí la cosa. Childrey le había dado una nomina de posibles integrantes de la escolta, que constaba de hombres en quienes él depositaba toda su confianza, seguro de que se cuidarían escrupulosamente de que Lear no hiciese algo que resultara peligroso para él o para los demás integrantes de la expedición. Como es natural, se trataba en todos los casos de hombres especialmente adiestrados en las rutinas de supervivencia espacial. Pero todos ellos se sentían más cercanos a la prolijidad de Childrey que a las extravagantes maneras de Lear, lo cual no podía dejar de molestar a éste. Era como si el propio Childrey se hubiese autodesignado para acompañarle.

–Vistas las circunstancias, casi no asomó más las narices fuera de la base. Ahora siempre era posible saber dónde se hallaba.

Me dirigí al comunicador, quedándome debajo de él y mirándole a través de la reja que formaba el piso de la segunda planta, donde él se hallaba ante el aparato.

Había terminado casi de desmantelar los paneles protectores situados en torno al comunicador de ondas gravitacionales. Lo que podía verse dentro era una especie de computadora, con bobinas electromagnéticas en la mayor parte de los casos y una mesa cuadrada con una serie de botones, que, –diría, era la idea que los extraterrestres tenían de una máquina de escribir. Lear estaba tratando de manipular un inductor sensorial magnético con el fin de averiguar si podía hallar unos cables sin tener que arrancar la aislación.

–¿Qué ha podido sacar en limpio? –le pregunté.

–Poco que valga la pena. La aislación parece absolutamente perfecta y tengo miedo de abrirla. Vete a saber la fuerza que hay ahí dentro, si necesita semejante protección. –Sonrió mirándome –. Te mostraré algo.

–¿Qué?

Puso una palanca en forma de codo sobre una bandeja circular de color gris.

–Esto es un micrófono. Me llevó bastante tiempo advertirlo Aquí está Andrew Lear hablando a cualquiera que pueda oírle. –Cerró la palanca y arrancó una tira de papel pautado del indicador de masa. En él podían verse unas líneas anguladas que interrumpían las suaves ondas sinoidales –. Ya ves: el sonido de mi voz enviado a través de una radiación gravitacional. Y no desaparecerá hasta que alcance los límites del universo.

–Lear, usted mencionó unos agujeros negros de quantum hace un rato. ¿Qué es eso?

–Hum... Ya sabes lo que es un agujero negro.

–Así lo creo.

Lear nos había dado extensas clases sobre este punto durante los meses que durara el viaje del Lowell. Cuando un astro no demasiado pesado ha agotado su combustible nuclear se transforma en una masa blanca pequeña. Un astro más pesado –digamos ciento cuarenta y cuatro veces más pesado que el sol y también más grande que éste –puede agotar su combustible, también. En tal caso, lo que sucede es que se transforma en una masa de diez kilómetros de diámetro, compuesta tan sólo de neutrones aglutinados. Tal es la materia más densa en este universo.

Pero un gran astro va más allá de eso. Cuando un astro muy macizo ha llegado al final de su carrera... cuando el gas y la presión radiactiva de dentro ya no tienen fuerzas suficientes para preservar a las paredes exteriores contra la propia y feroz gravedad del astro... puede destrozarse por completo hasta que la gravedad resulta más fuerte que cualquier otra cosa y la masa queda comprimida más allá del radio Swarzschild. Así queda excluido del universo. Lo que entonces sucede es un enigma. El radio Swarzschild marca las fronteras más allá de las cuales nada es capaz de contrarrestar el pozo gravitacional. Ni siquiera puede hacerlo la luz. Todo queda engullido.

De modo que el astro se ha marchado, pero la masa permanece y se transforma en agujero sin luz perdido en el espacio, o tal vez en otro universo.

–Un astro que se apaga puede dejar un agujero negro –dijo Lear –. Acaso haya muchos agujeros negros y algunos muy grandes. Es posible incluso que formen verdaderas galaxias. De todos modos, lo que importa es que tal es la única forma en que pueden formarse agujeros negros hoy.

–¿Hoy?

–Hubo un tiempo en que podían formarse agujeros negros de todos tamaños. Era durante la época anterior al Gran Estallido, es decir, la explosión que iniciara la expansión del universo. La fuerza emanada del Gran Estallido podría haber comprimido pequeños vórtices locales de materia más allá del radio Swarzschild. Lo que quedó, que fue de todas maneras pequeño en tamaño, es lo que ahora llamamos agujeros negros de quantum.

Escuché detrás de mí una risa y al volverme advertí que capitán Childrey había penetrado en el recinto. El comunicador había impedido a Lear verlo y yo no le había oído entrar.

–¿De qué temas trascendentales estáis hablando? –preguntó.

–De un agujero negro de cuyo diámetro la masa del globo terráqueo sólo será la centésima parte. Estoy hablando de cosas que pesan 10e-5 gramos por lo menos, una de las cuales podría hallarse en el centro del sol.

–¡Eh!

–Sí –Lear estaba probando al capitán. No le agradaba que rieran de él –. Digamos 10e17 gramos de masa y 10e-11 centímetros de diámetro. Podría comerse unos cuantos átomos

–Bueno, al menos sabe usted dónde buscarlo –repuso Childrey –. Ahora, todo cuanto ha de hacer es hallarlo.

Lear asintió con seriedad.

–Podría haber agujeros negros de quantum en los asteroides. Un pequeño asteroide podría capturar un agujero negro de quantum con bastante facilidad. En especial si está cargado. Un agujero negro podría contener una carga que...

–B... b... bien.

–Todo cuanto debiéramos hacer es localizar a un pequeño asteroide mediante el detector de masas. Si la masa es mayor lo normal, podemos hacerla a un lado y ver si deja un agujero negro.

–Precisará usted ojos muy aguzados para ver algo tan pequeñito. Pero si lo consigue, ¿qué hará con él?

–Se ha de poner una carga en él, si es que no la tiene ya, luego manipularlo con ayuda de campos magnéticos. Se hacer vibrar a éstos con el fin de producir radiación gravitacional. Creo poder conseguirlo con esto –dijo Lear dando palmadas al comunicador extraterrestre.

–B. –. b. .. bien –contestó Childrey. Cuando se marchó seguía sonriendo.

Una semana después de aquel episodio, todos en la base se referían a Lear llamándole «El hombre del agujero». Se le consideraba un hombre que tenía un agujero negro entre ambos oídos.

Yo no había encontrado nada que fuese precisamente cómico en lo que él me narrara sobre aquel asunto. La rica variedad del universo... Sin embargo, cuando Childrey hablaba del agujero negro en la caja de no sé qué estudiada por Lear, hacía realmente reír a cualquiera.

Será preciso tener en cuenta algo importante: Childrey no había echado en saco roto lo que dijera Lear. No tenía nada de tonto. Simplemente creía que Lear estaba chalado y le gustaba reír a su costa.

Entretanto, nuestro trabajo seguía adelante.

Sobre la superficie de Marte había hondonadas cubiertas de polvo finísimo. Un material fascinador que, de tan tenue, se movía como un aceite viscoso. Llegaba hasta las rodillas, en general. Atravesar esas zonas no era peligroso; pero, como resultaba fatigante, lo evitábamos. Cierta vez Brace se metió en la hondonada más cercana a la base y comenzó a introducir la mano bajo el polvillo. Decía tener una corazonada. Al volver a la base llevaba consigo unos recipientes erosionados que parecían hechos de algún material plástico. Los extraterrestres, por lo que se veía, usaron aquello para tirar su basura mientras permanecieron en la base.

Al analizar los hallazgos químicamente tuvimos poca fortuna. El material de que estaban hechos era prácticamente indestructible. Supimos algo más sobre la química de uso entre aquellos seres, aunque no mucho.

En cuanto al resto, pudimos localizar algo en las huellas que dejaran sobre los bancos y también en el gran lecho común. Dichas huellas contenían la mayor parte de los componentes del protoplasma; pero Arsvey no pudo encontrar señales de DNA, lo cual, según él, no era de extrañar. Tendrían que haber otras moléculas orgánicas que explicaran su código genético.

Los extraterrestres habían dejado tras de sí varios volúmenes con notas, escritas con caracteres que, naturalmente, eran indescifrables; pero, al estudiar las

fotografías y los diagramas, nos llevamos la gran sorpresa. Muchas de aquellas notas se referían a temas antropológicos.

Aquellos seres habían llevado a cabo un estudio detallado de la tierra durante la primera era glacial.

Ninguno de nosotros era antropólogo, lo cual era una verdadera desventaja. Por ejemplo, no pudimos averiguar si habían encontrado algo insólito. Lo único que pudimos hacer fue fotografiar todo el material encontrado y radiarlo al Lowell. Algo era seguro: los extraterrestres se habían marchado de aquel lugar hacía muchísimos años, dejando en funcionamiento sus sistemas de luz y de aireación y el comunicador en condiciones de enviar ondas.

Pero, ¿para quiénes? ¿Para nosotros? ¿Para otros?

Había otra posibilidad. Acaso la base hubiese permanecido sin funcionar durante unos seiscientos mil años, para ponerse nuevamente en marcha cuando, mediante algún detector, advertía que algo se aproximaba a Marte. Pero Lear no creía en esa posibilidad.

–Si la energía hubiese sido interrumpida en el comunicador –sostuvo – la masa ya no se encontraría aquí. Los campos energéticos han de funcionar de manera continua si se desea que la base permanezca donde está. Haciendo un símil con nuestro sistema de proporciones, esto es más pequeño que un átomo.

De modo que el sistema energético de la base había estado en funcionamiento durante seiscientos mil años. ¿Qué diablo podría ser aquello? ¿De dónde provenía el sistema energético? Hallamos algunos cables y, siguiéndolos, pudimos comprobar que venían de debajo de la base. Se hundían en el polvo marciano transformado en lava. Ni siquiera intentamos excavar. La fuente era probablemente de raíz geofísica. El hoyo y los canales de conducción sugerían que la energía era tomada al núcleo del planeta. Acaso los extraterrestres habían querido excavar un gran túnel para tomar elementos en el núcleo que les sirviesen para la experimentación. Luego habían colocado un generador que se servía de la diferencia de temperaturas existente entre el núcleo y la superficie.

A todo esto, Lear continuaba buscando las fuentes de energía en el comunicador. Encontró el medio de interrumpir las ondas. La masa –si es que la había – descansaba: era curioso constatar que el detector de masas marcaba ahora una línea recta y no las ondas muy quebradas de antes.

Carecíamos del equipo necesario para sacar partido de aquellas riquezas científicas. El que llevábamos era el normalmente necesario para efectuar una exploración por Marte; de ninguna manera el requerido para estudiar pruebas de una civilización procedente de otros astros. La única excepción estaba dada por Lear. A él se le veía a sus anchas. Casi nada conseguiría arruinar su felicidad.

No sé cómo se las arregló para proseguir con su trabajo, porque se me destinó a otra tarea.

El aterrizador que tocó tierra en Marte aún tenía combustible. La NASA nos había provisto de mucho porque el proyecto incluía un estudio de las superficies, destinado a localizar con exactitud un lugar propio para el aterrizaje de grandes naves. Tras largas discusiones que llegaron a ser airadas, decidimos coger el vehículo, elevarnos en él y planear por el lugar. Así llegamos a una hondonada cubierta de finísimo polvo y dejamos que el aterrizador descendiese.

Los resultados fueron sorprendentes. El polvillo se elevó como si fuese una nube inmensa y tenue y se alejó en el horizonte. En ese momento, la hondonada nos reveló su fondo. Que estaba literalmente cubierto de objetos y materiales de otro mundo. Arsvey comenzó a gritar, llamando a Brace. Afortunadamente éste no perdió la cabeza. Inclinó un poco la pequeña nave y describió una vuelta suave, de modo que el movimiento brusco de ésta no dañara de algún modo el hallazgo.

Trabajamos horas y horas en el lugar, aunque no muy delicadamente, puesto que también en este caso nos encontrábamos con que ninguno de nosotros poseía los conocimientos y el instrumental necesarios para sacar pleno partido del des-

cubrimiento. Sin embargo algo sabíamos de lo cuidadosos que han de ser los arqueólogos e hicimos cuanto pudimos. Vestigios de agua habían tenido tiempo para transformar en cemento parte del polvo, de modo que la estructura de algo que debió ser de mucha importancia estaba sujeta al suelo en gran parte. Sin embargo, cogimos lo que no lo estaba, lo colocamos en unas parihuelas y lo transportamos a la base.

Los extraterrestres no tenían por costumbre tomar baños, de modo que tuvimos que instalar una ducha en un recinto de altos muros que ellos reservaban para llevar a cabo tareas que no comprendíamos bien. Acaso rituales. Cuando acababa de quitarme el traje espacial y me dirigía al baño sintiéndome muy cansado, ansiaba hallarlo desocupado.

Oí sus voces antes de verlos.

Lear hablaba a gritos.

Childrey no le imitaba del todo; pero su voz era airada a veces y otras, burlona. Estaba de pie entre dos pilares, con las manos en la cintura. Sus blancos dientes despedían destellos blancos y su cabeza estaba vuelta hacia arriba para poder mirar de frente a su interlocutor.

Terminó de hablar y por un momento reinó el silencio. Entonces Lear dejó escapar un sonido de fastidio y se volvió para tocar uno de los botones del cuadro que parecía una máquina de escribir.

Childrey mostró una expresión de asombro. Se llevó rápidamente la mano a un muslo, para retirarla enseguida ensangrentada. Miró su pierna y elevó la mirada donde se encontraba Lear. Se dispuso a hacer una pregunta.

Pero antes de hablar se desplomó lentamente por causa de la escasa gravedad. Gracias a eso pude llegar antes de que su cabeza tocase el suelo. Dando un tirón desgarré su ropa y me las arreglé para atarle un pañuelo por encima de la herida, destinado a evitar la hemorragia. La herida parecía causada un punzón y no era grande. Estaba como fruncida en la parte superior. Se hallaba a la altura de la ingle.

Childrey quiso hablar, pero sus ojos estaban semicerrados se le veía malo. Tosió y pude ver sangre en su boca.

Una sensación de frío me recorrió el cuerpo. ¿Cómo acertaría a hacer algo si no sabía siquiera lo que había sucedido?

Vi una mancha de sangre en su hombro derecho y, al desgarrar la camisa del capitán, me encontré con otra herida, muy similar a la que tenía en el muslo.

El medico acudió.

Childrey tardó una hora en morir, aunque el facultativo había abandonado toda esperanza mucho antes. Aparte de las dos heridas que yo llegara a ver, el examen mostró que su carne estaba abierta por una línea fina que le corría por un pulmón y seguía hasta el vientre interesándole parte de los intestinos.

La autopsia reveló; además, un pequeño orificio muy preciso que le atravesaba los huesos de la cadera.

Escudriñando el piso a la altura del lugar donde Childrey se encontraba una hora antes, encontramos una perforación debajo mismo del comunicador. Presentaba el tamaño de una mina de lápiz y aparecía cubierto de polvo.

–Cometí un error –dijo Lear al resto de nosotros durante la audiencia que se llevó a cabo –. Nunca debí tocar aquel botón. Acaso interrumpí la energía que mantiene a la masa en su lugar. Cayó y el capitán Childrey, que se hallaba en el lugar exacto, fue alcanzado.

–Los efectos seguramente le atravesaron, arrebatándole la masa.

–No, no es eso –rectificó Lear ante aquella teoría –. Yo pensaba que tenía un efecto de 10e14 gramos; pero la suma real a de ser de 10e-6. El daño le fue causado a Childrey por una corriente que le atravesó. Podrán ver cómo ha quedado pulverizado el material que forma el piso.

No podía sorprender a nadie que surgieran especulaciones sobre un posible asesinato.

Lear se encogió de hombros.

–¿Asesinato mediante el uso de qué arma? Childrey no creía en absoluto que hubiese allí un agujero negro. Y tampoco lo creíais así la mayor parte de vosotros. –Esbozó una amplia sonrisa –. ¿Os imagináis un proceso criminal por un caso como éste? Pensad en el fiscal tratando de explicar al jurado lo que él pensaría que sucedió. Tendría que comenzar por explicar lo que es un agujero negro y luego lo que es un agujero negro de quantum. Debería seguir exponiendo por qué no existe el arma homicida o, lo que es lo mismo, explicar que ésta se halla en Marte. ¡Si llega hasta ahí sin recibir como respuesta la hilaridad general, tendría que proseguir, desarrollando la tesis de que algo más pequeño que un átomo es capaz de matar a alguien!

Pero, ¿no sabia el doctor Lear que aquel aparato era peligroso? ¿No había sido capaz de calcular su enorme masa por las apariencias que mostraba?

Lear extendió ambas manos.

–Caballeros, no sólo estamos tratando con masas, sino también con otros parámetros. La fuerza del suelo, por ejemplo. Podría haber calculado la masa partiendo de la cantidad de fuerza que mantiene al aparato en su lugar; pero, ¿hubiese alguno de vosotros pensado ingenuamente que los extraterrestres acaso usaran el sistema métrico decimal para hacer marcas en sus medidores? Aún no he podido descifrar lo que indican éstos.

Lo conveniente hubiese sido establecer seguridades que los circuitos de energía no pudiesen cerrarse por accidente. Lear podría haberlas omitido premeditadamente.

–Sí; probablemente no lo tuve en cuenta. Estaba demasiado ocupado en la tarea de hallar el modo gracias al cual eso podía funcionar.

Y así quedaron las cosas. Resultaba obvio que ningún proceso criminal tendría lugar. Ni el juez ni el jurado estarían en condiciones de comprender de qué estaba hablando el fiscal, en el supuesto caso de que éste llegase a explicar algo adecuadamente.

Pero un par de cosillas nunca llegaron a ser mencionadas.

Por ejemplo, las últimas palabras del capitán Childrey. Tal vez yo las repitiese si me interrogaran sobre el punto. Aunque quizá no lo hiciera. Fueron éstas: «Muy bien. ¡Muéstreme eso! Muéstremelo o admita que ahí no hay nada!»

Mientras la audiencia se dispersaba dije a Lear en voz baja:

–Ese ha sido sin duda el asesinato más extraño que jamás aya ocurrido.

–Si sostienes eso públicamente te demandaré por difamación –me susurró.

–¿Lo dice en serio? ¿Irá usted a explicar al jurado por qué lo que sostengo no es cierto?

–No. Me bastaría callarme.

–De todos modos, si usted ha hecho algo no saldrá impune tampoco: no se a qué se va a dedicar ahora. ¿Qué estudiará? Se le ha escapado de entre los dedos el único agujero negro que se conoce en el universo.

Lear frunció el ceño.

Tienes razón. En parte, al menos. El agujero negro ya no esta donde estaba. Pero puedo calcular su masa partiendo de la masa del comunicador.

–Oh...

–Y también puedo ahora abrir el comunicador y ver qué hay dentro de él. Averiguar cómo lo controlaban. Demonios, quisiera tener seis años.

–¿Qué? ¿Para qué?

Bueno.. – Aun no he conseguido medir los tiempos. Sólo puedo hacer cálculos un poco a la ligera. Por lo tanto ignoro si dentro de unos años o dentro de unas centurias aparecerá un agujero negro entre la Tierra y Júpiter... Y tendría que ser lo suficientemente grande como para dejarse estudiar. Creo que la aparición podría tener lugar, más o menos, dentro de cuarenta años.

De pronto comprendí de qué estaba hablando y no supe si echarme a reír o ponerme a gritar.

.Lear, ¡usted no puede estar pensando que algo tan pequeño como eso podría tragarse a Marte!

–Oh, recuerda que es capaz de engullir cuanto se le pone a tiro. Un núcleo por aquí, un electrón por allá... Por otra parte no necesita esperar que los átomos se le acerquen. Su gravedad es colosal y se dedica a bombear el centro del planeta con cuya sustancia se alimenta. Cuanto más come, más fuerte se siente. Y más grande. Si. Creo que terminará absorbiendo a Marte.

–¿Podría suceder eso en los próximos trece meses?

–¿Antes de que abandonemos Marte, dices? Hum... –Los ojos de Lear asumieron una expresión ausente –. No lo creo, pero tendré que hacer más cálculos. Sólo puedo hacer pronósticos a la ligera...

FIN

©Terry Carr, 1975
De Viajeros del Tiempo
Ciencia-ficción 3
Luis de Caralt Editor S. A. 1976
Edición electrónica de diaspar. Málaga Marzo de 1999

* * *

Esta edición esta dedicada a mi ciberamigo el "Gran Igor" Cantero... etcétera, etcétera, etcétera.

Buen degustador de este autor y de las pilas alcalinas... pues.

* * *

HÁNDICAP

I

Nuestras aerocicletas se remontaron sobre un desierto rojo, bajo el suave sol rojo de Down. Dejé que Jilson me precediera. Al fin y al cabo era mi guía, y yo apenas había montado en una aerocicleta. Soy un llanero. He pasado la mayor parte de mi vida en las ciudades de la Tierra, donde cualquier vehículo volador es ilegal a menos que esté completamente automatizado.

Me gustaba volar. No era muy hábil aún, pero allí había suficiente espacio para enmendar los errores, con el desierto tan lejos por debajo.

—Allí —dijo Jilson, señalando algo.

—¿Dónde?

—Allí abajo. Sígame.

Su aerocicleta giró fácilmente a la izquierda y empezó a aminorar la marcha y a descender. Le seguí, manejando los mandos como mejor me pareció y descendiendo detrás de él. Eventualmente localicé lo que Jilson me había señalado.

—¿Aquel pequeño cono?

—Exactamente.

Desde arriba, el desierto parecía completamente desprovisto de vida. Pero no lo estaba, como no lo están los desiertos de los mundos más deshabitados. Invisibles desde lo alto, había plantas espinosas que almacenaban una gran cantidad de agua en el interior de sus tallos. Florecían después de un aguacero, y dejaban sus semillas esperando un año —o diez— por el próximo aguacero. También insectos de cuatro patas, y unos cuadrúpedos de sangre caliente del tamaño de una zorra, que siempre estaban hambrientos.

Había un cono peludo de unos cinco pies, con una cima redonda y calva. Sólo su sombra lo hacía visible mientras descendíamos hacia él. Su pelo era del mismo color que la rojiza arena.

Aterrizamos junto a él y nos apeamos.

Yo había empezado a creer que me tomaban el pelo. Aquello no parecía un animal; parecía un gran cacto. A veces los cactos tienen un pelaje parecido.

—Estamos por detrás de él —dijo Jilson.

El guía era moreno, macizo y taciturno. En Down no existía la clase de animal conocido por el nombre de «guía profesional». Hablé con Jilson para que me llevara al desierto; le pagaba bien, pero no me había ganado su amistad. Creo que estaba tratando de ponerlo en evidencia.

—Vamos a verlo por delante —dijo.

Dimos la vuelta al peludo cono, y me eché a reír.

El Grog mostraba sólo cinco características. Donde tocaba la roca plana, la base del cono tenía un metro veinte de anchura. El pelo, largo y liso, caía sobre la roca como una falda muy larga. Unos cuantos centímetros más arriba, dos pequeñas garras, ampliamente separadas, asomaban a través de la cortina de pelo. Eran del tamaño y la forma de las patas anteriores de un perro danés, pero desnudas y sonrosadas. Un metro más arriba asomaban otras dos garras, provistas de unos curvados e inútiles dedos. Finalmente, encima de estas últimas garras, discurría la línea de una boca sin labios, de casi un metro de longitud, medio oculta por el pelo, curvada muy ligeramente hacia arriba en las comisuras. No había ojos. Él cono parecía un ídolo tallado en la edad de piedra, o una cruel caricatura de un monje feudal.

Jilson esperó pacientemente a que yo dejara de reír.

—Es raro —admitió, de mala gana—. Pero es inteligente. Debajo de esa calva hay un cerebro de mayor tamaño que el de usted y el mío juntos.

—¿Nunca ha tratado de comunicarse con usted?
—Ni conmigo ni con nadie.
—¿Construye herramientas?
—¿Con qué? Mire sus manos… —me contempló con aire divertido—. Esto es lo que usted quería ver, ¿no es cierto?
—Sí. He hecho un largo viaje para nada.
—De todos modos, ahora ya lo ha visto.
Me eché a reír de nuevo. Sin ojos, inmóvil, mi cliente en potencia permanecía sentado como un perro demasiado gordo.
—Vamos —dije—. Podemos regresar

II

Una tomadura de pelo. Había pasado dos semanas en el hiperespacio para llegar aquí. Los gastos correrían a cargo de la empresa, pero en definitiva salían de mi bolsillo: algún día me convertiría en el propietario del negocio.
Jilson tomó su cheque sin hacer ningún comentario, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo. Dijo:
—¿Me invita usted un trago?
—Desde luego.
Dejamos en las afueras de la ciudad nuestras aerocicletas alquiladas, y Jilson me precedió hasta llegar a un gran hexaedro plateado con un letrero luminoso de color azul: «Café Irlandés de Cziller». Por dentro el lugar continuaba siendo un hexaedro, un loco edificio de un solo piso de cuarenta metros de altura. Unos divanes en forma de herradura cubrían todo el suelo, tan pegados unos a otros que apenas quedaba espacio para pasar entre ellos.
—Un lugar interesante —dijo Jilson—. Estos divanes fueron construidos para flotar en el aire —esperó a que yo manifestara sorpresa, pero al ver que no lo hacía continuó—. La cosa no funcionó. La idea era buena: los divanes se moverían por el aire, y si los clientes de dos mesas querían estar juntos, podían unir sus divanes magnéticamente.
—Parece divertido.
—Era divertido. Pero el tipo que lo ideó se olvidó de que la gente va a un bar para emborracharse. Se dedicaron a jugar con los divanes como si fueran autos de choques. Se elevaban tanto como podían, y dejaban caer sus bebidas. A la gente que estaba debajo no le gustaba eso, y se producían numerosas peleas.
—De modo que suprimieron los vuelos…
—Antes trataron de hacerlos automáticos. Pero aún podían verterse las bebidas sobre los clientes que estaban debajo. Y se requería más habilidad para acertar, por lo que la cosa se convirtió en un juego. Luego, una noche, un imbécil consiguió poner en cortocircuito el piloto automático, pero olvidó que los controles manuales habían quedado desconectados. Su diván aterrizó encima de otro, y tres importantes personajes resultaron heridos. Entonces fijaron los divanes al suelo.
Un camarero nos sirvió una botella de *Blue Fire* 2728. El bar estaba casi vacío a aquella hora tan temprana, y muy tranquilo.
Ahora que ya no estaba a mi servicio, Jilson se mostraba casi locuaz. También yo hablé mucho. Y no es que sea demasiado parlanchín, pero… Bueno, qué diablos, aquí estaba yo, a años luz de distancia de la Tierra, del negocio y de mis amigos, en la misma orilla del espacio humano. En Down: un antiguo mundo kzinti, en su mayor parte vacío, con unos cuantos núcleos dispersos de civilización; un mundo en el cual los agricultores tenían que usar lámparas ultravioletas para hacer crecer sus cosechas, a causa de aquel sol rojo enano. Aquí estaba yo, así que si podía, iba a disfrutarlo.
Lo estaba disfrutando. Jilson era un buen compañero, y el *Blue Fire* pasaba con suavidad. Pedimos otra botella. La animación aumentaba a medida que se acercaba la hora del aperitivo.

—Me he estado preguntando algo —dijo Jilson—. ¿Le importa que hablemos de negocios?

—No. ¿De qué negocios?

—De los suyos.

—En absoluto. Ni siquiera tenía que preguntármelo.

—Entre nosotros es tradicional hacerlo. A algunas personas no les gusta hablar de sus trucos comerciales. Y a otras les gusta olvidar por completo su trabajo en sus horas de asueto.

—Me parece muy bien. ¿Qué quería preguntarme?

—¿Con qué trata usted, concretamente?

—Con seres sensibles que poseen mentes evolucionadas, pero que carecen de manos.

—¡Oh! ¿Como los delfines?

—Exacto. ¿Hay delfines en Down?

—Desde luego. Están a cargo de nuestra industria pesquera.

—¿Conoce usted esos aparatos que llevan? Parecen motores fuera de borda y con dos manos metálicas...

—Las Manos de Delfín, desde luego. Les resultan imprescindibles para trabajar.

—Yo las fabrico.

Jilson dio un respingo. Fingí no haberme dado cuenta.

—Bueno, debí decir que las fabrica la compañía de mi padre. Algún día dirigiré la Garvey Limited, pero antes tendrá que morir mi bisabuelo. Y no parece sentir muchos deseos de morirse.

John sonrió, con cierta turbación.

—Conozco a personas así.

—Algunas personas parecen secarse a medida que envejecen. Se hacen más duras en vez de engordar, y su energía va en aumento, como si tuvieran en su interior una fuente termonuclear. Mi bisabuelo es así.

—Parece usted muy orgulloso de él. ¿Por qué tendría que morirse?

—Es como una costumbre. Mi padre dirige ahora la compañía. Si se le plantea algún problema, puede acudir a *su* padre, quien dirigió la compañía antes que él. Y si el abuelo no puede resolverlo, acuden al bisabuelo.

—Comprendo. Es una tradición. ¿Qué está usted haciendo en Down?

—Nuestra compañía no trata únicamente con delfines... —el *Blue Fire* había desatado mi lengua—. Mire, Jilson, conocemos tres seres sensibles sin manos. ¿De acuerdo?

—Algunos más. Los pupis utilizan sus bocas. Y los...

—Me refiero a los animales que no pueden empuñar una herramienta —interrumpí—. Delfines, bandersnatchi... y eso que hemos visto hoy.

—El Grog. ¿Y bien?

—¿Se da cuenta de que tienen que existir más especies como esas en toda la galaxia? Mentes sin manos. A medida que nos extendamos a otras estrellas, encontraremos más y más civilizaciones indefensas, sin manos, sin herramientas... A veces ni siquiera podremos reconocerlas. ¿Qué vamos a hacer?

—Construir Manos de Delfín para ellas.

—Bueno, sí, pero eso no es una solución. Cuando una especie empieza a depender de otra, se convierte en parásito.

—¿Qué me dice de los bandersnatchi? ¿Construyen manos para los bandersnatchi?

—Sí. Mucho mayores, desde luego. Un bandersnatchi tiene un tamaño dos veces mayor que el de un brontosaurio. Su esqueleto es flexible, pero no tiene articulaciones. Los únicas detalles en su lisa piel blanca son los mechones de cerdas sensoriales a ambos lados de su ahusada cabeza. Se arrastra sobre el vientre. Vive en las tierras bajas de Jinx, a lo largo de las costas del océano. Usted puede creer que son los seres más indefensos de todo el espacio conocido... hasta que ve a uno de ellos embistiéndole como una montaña blanca.

—¿Y como pagan ellos sus máquinas? —inquirió Jilson.
—Se quedan con un porcentaje sobre los derechos de caza.
—¿De qué caza?
—Caza de bandersnatchi, naturalmente.
Jilson me miró, horrorizado.
—No le creo.
—Tampoco yo quería creerlo, pero es verdad —me incliné hacia delante, a través de la diminuta mesa—. Le explicaré cómo funciona la cosa. Los bandersnatchi tienen que controlar su población; tienen que adaptar su número a los alimentos que se encuentran en las costas de las tierras bajas. Y tienen que matar también su aburrimiento. ¿Se imagina lo aburridos que debían estar antes de que los hombres llegaran allí? De modo que han hecho un trato con el gobierno de Jinx.
»Un hombre, por ejemplo, desea conseguir un esqueleto de bandersnatchi, para construir una sala de trofeos de caza dentro de él. Acude al gobierno de Jinx y obtiene una licencia. La licencia especifica el equipo que puede llevar a las tierras bajas, las cuales sólo están habitadas por bandersnatchi, debido a que la presión atmosférica es tan elevada como para aplastar los pulmones de un hombre, y la temperatura puede cocerle fácilmente. Si es sorprendido utilizando armas prohibidas, va a parar a la cárcel por una larga temporada.
»Puede regresar con un cadáver, y puede no regresar. Las dos posibilidades están bastante equilibradas. Pero, en cualquiera de los casos, los bandersnatchi cobran el ochenta por ciento del importe de la licencia, que asciende a mil estelares. Con eso compran cosas.
—Manos, por ejemplo.
—Exactamente. Oh, otra cosa. Un delfín puede controlar sus Manos con su lengua, pero un bandersnatchi no puede hacerlo. Tenemos que instalar el control directamente en los nervios, quirúrgicamente. No es difícil.
Jilson sacudió la cabeza y encargó otra botella.
—Los bandersnatchi hacen también otras cosas —dije—. El Instituto del Conocimiento de Jinx tiene instrumentos en las tierras bajas. Laboratorios, etc. Hay cosas que el Instituto desea conocer acerca de lo que ocurre bajo la presión y las temperaturas de las tierras bajas. Los bandersnatchi dirigen todos los experimentos, utilizando Manos.
—De modo que usted ha venido aquí en busca de un nuevo mercado.
—Me dijeron que había una nueva forma de vida sensible en Down, que no utilizaba herramientas.
—¿Y ha cambiado usted de idea?
—Casi. Jilson, ¿qué les hace pensar que se trata de seres sensibles?
—Los cerebros. Son enormes.
—¿Nada más?
—No.
—Es posible que sus cerebros no funcionen como los nuestros. Las células nerviosas pueden ser distintas.
—Mire, estamos poniéndonos en un plan demasiado técnico. Vamos a dejarlo por esta noche —y tras pronunciar aquellas palabras, Jilson apartó a un lado la botella y los vasos y se puso en pie sobre la mesa. Echó una ojeada circular al Café Irlandés de Cziller y, de pronto, dijo—. ¡Ah! Garvey, acabo de localizar a un primo mío y a una de sus amigas. Vamos a reunimos con ellos. Casi es la hora de cenar.
Pensé que les invitaríamos a cenar. Nada de eso. Sharon y Lois se empeñaron en que compartiéramos su cena, hecha a mano, a partir de materiales crudos que adquirimos en una tienda especial. El ver alimentos crudos por primera vez, prácticamente en el estado en que habían salido del suelo o de un cadáver animal, me produjo cierta repugnancia. Confío en que supe disimularlo. Pero la cena tenía un excelente sabor.
Después de cenar y de tomar unas copas, regresé al hotel. Me acosté planeando despegar de Down a la mañana siguiente.

Desperté en medio de una completa oscuridad alrededor de las cuatro de la madrugada, mirando al techo invisible y viendo un cono con la parte superior redondeada, unos pelos larguísimos y rojizos y una boca crispada en una leve sonrisa. Sonriéndome con amable ironía. El cono tenía *secretos*. Yo me había acercado a ellos aquella misma tarde; había visto algo sin darme cuenta…

No me pregunten cómo lo sabía. El hecho es que lo *sabía*, con prístina certeza que no admitía ninguna duda. Pero no pude recordar lo que había visto.

Llamé a la cocina para que me subieran un bocadillo de atún y una taza de chocolate caliente.

¿Por qué habían de ser inteligentes? ¿Por qué desarrollarían cerebro unos conos sedentarios?

Me pregunté cómo se reproducirían. Bisexualmente no, desde luego; no podrían alcanzarse el uno al otro. A menos... Tenía que existir una fase móvil. Aquellas garras inservibles...

¿Qué es lo que comían? No podían buscar alimentos; tenían que esperar que acudieran a ellos, como cualquier animal sésil: almejas, anémonas marinas, o la orquídea Gummidgy que yo tenía en el salón de mi casa para asombrar a mis huéspedes.

Poseían un cerebro. ¿Por qué? ¿Qué hacían con él? ¿Sentarse y pensar en todo lo que se estaban perdiendo?

Necesitaba datos. Por la mañana me pondría en contacto con Jilson.

III

A las once de la mañana siguiente estábamos en el parque zoológico de Down. Detrás de un campo repulsor, algo gruñía en dirección a nosotros: algo semejante a la tentativa de un dios idiota para crear un bulldog peludo. El animal no tenía nariz, y su boca era una ranura sin labios ocultando dos apretadas superficies cortantes en forma de herradura. Su largo pelo era del color de la arena iluminada por una luz rojiza. Las garras delanteras terminaban en cuatro largos dedos, de modo que parecían las patas de un polluelo.

—Recuerdo esas patas.

—Sí —dijo Jilson—. Es un cachorro de Grog. En esta fase se aparean; luego la hembra busca una roca y se instala allí. Cuando ha crecido lo suficiente, empieza a tener hijos. Esa es la teoría, al menos. En cautividad no actúan así.

—¿Y los machos?

—En la jaula contigua.

Los machos, dos de ellos, eran del tamaño de los chihuahuas, con casi el mismo temperamento. Pero tenían los apretados dientes en forma de herradura y el largo pelo rojizo.

—Jilson, si son inteligentes, ¿por qué están enjaulados?

—Si cree que eso es malo, espere a ver el laboratorio. Mire, Garvey, no debe usted olvidarse de que nadie ha demostrado que sean inteligentes. Hasta que alguien lo demuestre, son animales experimentales.

Despedían un extraño y casi agradable olor, lo bastante leve como para que dejara de percibirse al cabo de dos o tres segundos. Contemplé la hembra en estado móvil.

—¿Y qué pasaría entonces? ¿Se avergonzaría súbitamente todo el mundo?

—Lo dudo. ¿Sabe usted por casualidad lo que Lilly y sus socios hacían con los delfines cuando trataban de demostrar que eran inteligentes?

—Pruebas de cerebro y encierro, sí. Pero eso fue hace muchísimo tiempo.

—Lilly trataba de demostrar que los delfines eran inteligentes, pero los trataba como a animales experimentales. ¿Por qué no? Es lógico. Si estaba en lo cierto, le hacía un favor a la especie. Si estaba equivocado, sólo había perdido el tiempo con

unos animales. Y eso también proporcionaba a los delfines un poderoso incentivo para demostrar que Lilly tenía razón.

Llegamos al laboratorio poco después de mediodía. Era el Laboratorio de Investigaciones Xenobiológicas, un edificio rectangular situado más allá de los suburbios de la ciudad, rodeado de campos parduzcos iluminados por los haces rectangulares de los rayos ultravioleta proyectados por lámparas instaladas sobre unos altos postes. A lo lejos podíamos ver el río Ho, con racimos de esquiadores acuáticos deslizándose a través de su fangosa superficie, detrás de las embarcaciones de arrastre.

Un tal Dr. Fuller nos acompañó a través del laboratorio. Era un hombre muy alto y muy delgado, albino, de brazos y piernas casi esqueléticos.

—¿Está usted interesado en los Grogs? No se lo reprocho. Son muy difíciles de estudiar, ¿sabe? Su conducta no revela nada. Se limitan a permanecer sentados. Cuando algo se pone a su alcance, comen. Y son vivíparos.

Tenía varios conos pre-sésiles, cuadrúpedos del tamaño de bulldogs, en jaulas. Había otra jaula conteniendo dos de los pequeños machos. No le ladraban, y él los trataba con ternura y con cariño. Tuve la impresión de que era un hombre feliz. Para un albino, Down debía ser una especie de paraíso. Podía andar al aire libre todo el año, el suelo era feraz y no había que tomar píldoras bronceadoras bajo el rojo sol.

—Aprenden con bastante rapidez —dijo el Dr. Fuller—, pero no son inteligentes. Tienen un nivel de cerebración similar al de un perro. Crecen muy aprisa y comen muchísimo. Mire ésta —señaló una hembra muy gorda—. Dentro de unos días empezará a buscar un lugar para anclar.

—¿Qué hará usted entonces? ¿Soltarla?

—La sacaremos del laboratorio. Buscaremos una roca apropiada para ella, y construiremos una jaula a su alrededor. Se quedará en la jaula hasta que cambie de forma, y entonces sacaremos la jaula. Ya lo hemos intentado antes —añadió—, pero no ha dado resultado. Todos mueren. Se niegan a comer, a pesar de que les ofrecemos carne viva.

—¿Cree que esta vivirá?

—Tenemos que continuar intentándolo. Tal vez descubramos dónde reside nuestro fallo.

—¿Ha atacado un Grog alguna vez a un ser humano?

—Que yo sepa, nunca.

Para mí, aquella era una respuesta tan buena como «no». Porque yo estaba tratando de descubrir si eran inteligentes.

Piénsese en la época en que empezó a sospecharse que los cetáceos eran el segundo orden de vida sensible de la Tierra. Se supo, entonces, que los delfines habían ayudado muchas veces a nadadores en dificultades, y que ningún delfín había atacado nunca a un ser humano. Bueno, ¿qué diferencia había entre *no* haber atacado a humanos, o haberlo hecho únicamente cuando no existía el menor peligro de ser sorprendidos en el acto? Las dos posibilidades eran una prueba de inteligencia.

—Desde luego, es posible que un hombre sea demasiado grande para que un Grog se lo coma. Mire esto —dijo el Dr. Fuller, encendiendo la pantalla de un microscopio. Mostró un corte transversal de una célula nerviosa—. Es del cerebro de uno de ellos. Hemos estado investigando el sistema nervioso de los Grog. Los nervios transmiten los impulsos más lentamente que los humanos.

—En su opinión, ¿son inteligentes los conos?

El Dr. Fuller no lo sabía. Tardó largo rato en decirlo, pero esa fue la conclusión a que llegué. Y el hecho le molestaba. Quería saber. Quizá creía tener derecho a saber.

—Entonces, dígame una cosa: ¿existe alguna razón evolutiva para que hayan desarrollado una inteligencia?

—Esa es una pregunta mucho mejor… —pero el doctor Fuller vaciló antes de contestarla—. Mire, hay un animal terrestre que empieza su vida como una lombriz acuática con una cuerda dorsal. Más tarde se convierte en un animal sésil, y al mismo tiempo pierde la cuerda dorsal.

—¡Asombroso! ¿Qué es una cuerda dorsal?

El Dr. Fuller se echó a reír.

—Algo equivalente a su médula espinal. Una cuerda dorsal es una trenza de conexiones nerviosas que se extiende a lo largo del cuerpo. Las formas más primitivas poseen conexiones sensoriales, pero dispuestas de un modo anárquico. Las formas más avanzadas desarrollan un espinazo alrededor de la cuerda dorsal y se convierten en vertebrados.

—Y ese animal ha perdido su cuerda dorsal.

—Sí. Es un desarrollo retrógrado.

—Pero los Grogs son distintos.

—Es cierto. No desarrollan sus grandes cerebros hasta que se han instalado sobre una roca. Y… no, no puedo imaginar ninguna razón evolutiva. No deberían necesitar un cerebro. No deberían poseer un cerebro. Lo único que hacen es permanecer sentados y esperar a que algún bocado se ponga a su alcance. Acompáñeme, Mr. Garvey. Y usted también, Jilson. Quiero enseñarles el sistema nervioso central de un Grog. Quedarán tan desconcertados como yo.

El cerebro era grande, globular y de un color extraño: casi el gris de la masa encefálica humana, pero con un tinte amarillento. Aunque esto último podía ser debido a la solución en la cual era conservado. La parte posterior del encéfalo era apenas perceptible, y la médula espinal era un lacio cordón blanco, muy delgado, que terminaba en una ramificación múltiple. ¿Qué podía controlar aquel monstruoso cerebro, careciendo prácticamente de una médula espinal para transmitir sus mensajes?

—Supongo que la mayor parte de los nervios del cuerpo no pasan a través de la médula espinal…

—Creo que se equivoca, Mr. Garvey. He intentado, sin éxito, encontrar nervios adicionales.

El Dr. Fuller sonreía ligeramente. Ahora me había dado una pieza del rompecabezas. En adelante podíamos ser dos los que pasáramos las noches en blanco, tratando de resolverlo.

—¿Hay alguna diferencia en el material nervioso del cerebro de la forma móvil?

—No. La forma móvil tiene un cerebro más pequeño y una médula espinal más gruesa. Como ya he señalado, su inteligencia es equivalente a la de un perro, aunque el cerebro es algo mayor que el de los canes, lo cual resulta lógico teniendo en cuenta el nivel más lento de propagación del impulso nervioso.

—De acuerdo. ¿Le serviría de consuelo saber que me ha estropeado usted el día?

—Creo que sí.

El Dr. Fuller me devolvió la sonrisa. Éramos amigos. Le halagaba saber que yo comprendía sus explicaciones. De no ser así, yo no hubiera mostrado un aspecto tan intrigado.

El sol estaba muy bajo en el cielo cuando salimos del laboratorio. Nos detuvimos a examinar la roca que el doctor Fuller había preparado para el Grog hembra. Una gran roca plana, rodeada de arena, y circundada por una valla con un portillo. Un encierro más pequeño adosado a la valla albergaba una colonia de conejos blancos.

—Una última pregunta, doctor. ¿Cómo se las arreglan para comer? No pueden quedarse sentados y esperar a que el alimento penetre en sus bocas...

—No. Tienen una lengua muy larga y muy delgada. Me gustaría que pudiera ver cómo la utilizan. En cautividad, no comen; y tampoco comen cuando un ser humano se encuentra cerca de ellos.

Nos despedimos del doctor y fuimos en busca de nuestras aerocicletas.

—No son más que las tres y diez —dijo Jilson—. ¿Quiere usted echarle otra ojeada al Grog salvaje, antes de marcharse de Down?

—Creo que sí.
—Podemos volar hasta el desierto y regresar antes de que se ponga el sol.
De modo que nos dirigimos hacia el oeste. El río Ho se deslizó por debajo de nosotros, y luego una larga extensión de campos cultivados.

IV

No pueden ser inteligentes, estaba pensando. *No pueden serlo.*
—¿Qué?
—Lo siento, Jilson. ¿Hablaba en voz alta?
—Sí. Vio usted aquel cerebro, ¿verdad?
—Desde luego.
—Entonces, ¿cómo puede decir que no son inteligentes?
—No tienen ninguna *aplicación* para la inteligencia.
—¿La tiene un delfín? ¿O un bandersnatchi?
—Sí. Piense un poco. Un delfín tiene que cazar su alimento. Y tiene que burlar a las hambrientas ballenas asesinas. Cuanto más listos son, más posibilidades tienen de sobrevivir.
»Recuerde que los cetáceos son mamíferos. Desarrollaron sus cerebros en tierra firme. Cuando regresaron al mar, aumentaron de tamaño, y sus cerebros también crecieron. Cuanto mejores fueran sus cerebros, mejor podrían controlar sus músculos y más ágiles serían en el agua.
—¿Y qué me dice de los bandersnatchi?
—Sabe usted perfectamente que la evolución no ha producido a los bandersnatchi.
Un momento de silencio. Luego:
—¿Cómo dice?
—¿De veras no lo sabe?
—Nunca he oído hablar de una forma de vida producida sin evolución. ¿Cómo sucedió?
Se lo dije.

Hace mil quinientos millones de años existió una especie bípeda inteligente. Inteligente... pero no mucho. Sin embargo, poseían una capacidad natural para controlar las mentes de cualquier raza sensible con la que se cruzaran. Hoy les llamamos Babosos. En su época de esplendor, el Imperio Baboso incluía a la mayor parte de la galaxia.
Una de sus razas esclavas había sido la de los tnuctipun, una especie muy avanzada y muy inteligente que practicaba ya la ingeniería biológica cuando fue descubierta por los Babosos. Les concedieron una libertad limitada, después de descubrir la valía de aquellos cerebros librepensantes. A cambio, los tnuctipun les construyeron herramientas biológicas. Plantas aní para sus naves espaciales, bandersnatchi... El bandersnatchi era una animal para carne. Comía cualquier cosa y todo él era comestible, menos su esqueleto.
Pero un día, hace mil quinientos millones de años, los Babosos descubrieron que la mayoría de los presentes tnuctipos eran trampas. La rebelión había estado incubándose desde hacía mucho tiempo, y los Babosos habían subestimado a sus esclavos. Para ganar aquella guerra se vieron obligados a utilizar un arma que exterminó no sólo a los tnuctipun, sino a todas las demás especies sensibles que existían entonces en la galaxia. Luego, al quedarse sin esclavos, los Babosos también habían muerto.
Esparcidos a través del espacio conocido, sobre extraños mundos y entre las estrellas, estaban las reliquias del Imperio Baboso. Algunas eran artefactos, protegidos contra el tiempo por campos estáticos. Otras eran creaciones de los tnuctipun, más o menos modificadas: girasoles esclavistas, plantas burbujas flotando en el espacio… y los bandersnatchi.

Los bandersnatchi habían sido una de las trampas tnuctipas. Habían sido construidos sensibles, de modo que pudieran ser utilizados como espías. Además, los tnuctipun les habían hecho inmunes al poder de los Babosos. Así habían sobrevivido a través de la revolución.

Pero… ¿para qué?

Los bandersnatchi de Jinx pasaban sus vidas en una zona de altas presiones, alimentándose de los pastos que cubrían aún el litoral. Tenían cerebros para pensar, pero nada en que pensar… hasta la llegada del hombre.

—Y no pueden evolucionar —concluí—. De modo que puede usted olvidar a los bandersnatchi. Son la excepción que confirma la regla. Todos los otros seres sensibles disminuidos *necesitaron* cerebros antes de que sus cerebros se desarrollaran.

—Y todos ellos eran cetáceos, procedentes de los océanos de la Tierra.

—Bueno...

Diablos, Jilson tenía razón. Todos *eran* cetáceos...

Dejamos las tierras labradas muy atrás. Paulatinamente, las llanuras se convirtieron en un desierto. Yo empezaba a sentirme más cómodo en mi aerocicleta, aquella plataforma con una silla y un gran motor y una bomba de aire y un generador de campo para detener el viento. Sintiéndome más seguro, podía volar a menor altura que antes. Y desde tan cerca, el desierto estaba *vivo*. Allí, cortando el viento, había un primo salvaje de las palomas volteadoras que había visto en el parque zoológico de la Tierra. Allá, un esbelto tronco con hojas color naranja alrededor de la base, hojas carnosas de bordes tan afilados como un cuchillo, para desalentar a los herbívoros. Más allá otro, y un herbívoro del tamaño de una zorra comiéndose inteligentemente el centro de una hoja. El animal levantó la cabeza, nos vio y desapareció con rapidez. Allí, una vivida mancha escarlata: alguna planta del desierto que había escogido una extraña época para florecer.

El suave sol rojizo hacía que todo pareciera el decorado de un club nocturno que conozco. Estaba decorado como debía ser Marte, como «era» Marte antes de los vuelos espaciales. Un espejismo: arena roja, canales rectos por los cuales discurría un agua improbablemente pura y cristalina, torres de cristal elevándose altas, muy altas, hacia unas enormes lunas. Súbitamente me entraron ganas de echar un trago.

Rebusqué en mis alforjas, con la esperanza de encontrar una botella. Estaba allí, y llena de líquido. La abrí, acerqué el gollete a mis labios... y proferí una exclamación de sorpresa. ¡Martini! Media pinta de Martini, tal vez un poco dulce, pero mucho más frío que el hielo. Bebí unos sorbos.

—Me gustan los habitantes de Down —dije.

—¿De veras? ¿Por qué?

—A ningún llanero se le hubiera ocurrido poner una botella de Martini en una aerocicleta alquilada, a no ser que el cliente la hubiese pedido.

—Harry es un tipo muy simpático. Mire, ahí hay un cono.

Miré hacia abajo, buscando el pelo color de arena contra la arena. El cono estaba en su propia sombra; prácticamente saltó hacia mí. Y, súbitamente, supe lo que me había despertado en la oscura madrugada.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jilson; se había dado cuenta de mi sorpresa.

—Nada, nada… Jilson, no sé todo lo que tendría que saber acerca de los animales de Down. ¿Excretan sólidos?

—¿Si excretan…? Bueno, es una forma muy elegante de decirlo. Sí, lo hacen.

Jilson hizo virar su vehículo en dirección al cono.

El Grog estaba firmemente asentado sobre una roca plana que sobresalía ligeramente de la arena. La roca estaba completamente limpia.

—Entonces, los Grogs también lo harán.

—Naturalmente.

Jilson aterrizó.

Posé mi aerocicleta junto a la suya. El Grog estaba delante de nosotros, sonriendo.

—Bien, ¿dónde está la evidencia? ¿Quién limpia los excrementos?

Jilson se rascó la cabeza. Dio una vuelta alrededor de la base del Grog, con una expresión intrigada.

—¡Qué raro! Nunca había pensado en eso. ¿Será muy importante?

—Tal vez. La mayoría de los animales sésiles vive en el agua. Y el agua lo arrastra todo.

—Hay un ser sésil de Gummidgy que no lo hace.

—Yo tengo uno. Pero ese ser-orquídea vive en los árboles. Se pega a una gruesa rama horizontal, con la cola colgando del borde.

—Hum.

Jilson no parecía estar demasiado interesado.

El Grog y yo nos enfrentamos el uno al otro.

Por regla general, los seres sensibles disminuidos parecen afectados de alguna carencia sensorial. Los cetáceos viven debajo del agua; los bandersnatchi viven en zonas de altas presiones, recalentadas. Tal vez es demasiado pronto para sacar conclusiones, pero no cabe duda de que un ser sensible disminuido ha de tener dificultades para experimentar su entorno. Los experimentos suelen requerir herramientas.

Pero el Grog tenía verdaderas dificultades. Ciego, con sus extremidades paralizadas a causa de su casi inútil médula espinal, incapaz incluso de trasladarse de lugar... ¿cuál podía ser su visión del universo?

De pronto me encontré contemplando sus manos.

Manos. Inútiles, desde luego, pero no obstante... manos. Cuatro dedos con diminutas garras, plantados alrededor de la diminuta palma como los dientes de una pala automática.

—No evoluciona en absoluto. ¡Se ha desarrollado!

Jilson levantó la mirada. Estaba utilizando su aerocicleta como la única cosa apropiada para sentarse en muchas millas a la redonda.

—¿De qué esta usted hablando?

—Del Grog. Tiene vestigios de manos. En otra época debió ser una forma más elevada de vida.

—O un animal trepador, como un mono.

—No lo creo así. Creo que tenía un cerebro, y manos, y movilidad. Luego ocurrió algo, y perdió su civilización. Ahora ha perdido su movilidad y sus manos...

—¿Por qué habría dejado de moverse?

—Tal vez hubo una escasez de alimentos. Al no moverse, conservaba energías...

—¿Cree usted que esa es la respuesta?

—Es posible. Está en una trampa. No tiene ojos, ni impulsos sensoriales, ni ningún medio para convertir en actos lo que piensa. Es como un niño ciego, sordo y paralítico.

—Le queda el cerebro.

—Como a nosotros el apéndice. Acabará por perderlo.

—Usted es el que estaba preocupado por los disminuidos. ¿Puede hacer algo por ellos?

—Eutanasia, tal vez. No, ni siquiera eso. Vamos a regresar a Down.

Eché a andar hacia mi aerocicleta, completamente desalentado. Los bandersnatchi habían necesitado hombres que les hablaran de las estrellas. Pero, ¿qué podía decirle uno a un cono peludo?

No, tenía que regresar a Down, y luego a la Tierra. Hay personas a las que ningún médico o psiquiatra puede ayudar, y hay especies igualmente más allá de toda posible ayuda. Los Grogs eran una de ellas.

A unos pies de distancia de la aerocicleta me senté en la arena con las piernas cruzadas. Jilson vino a sentarse a mi lado. Nos encaramos con el Grog, esperando.

Al cabo de unos instantes, Jilson dijo:

—¿Qué estamos esperando?

Me encogí de hombros. No lo sabía. Pero Jilson no se movió, lo mismo que yo. Supe con una prístina certidumbre que estábamos haciendo lo que teníamos que hacer.

Súbitamente, apartamos la vista del Grog para mirar al desierto.

Algo del tamaño de una rata se acercaba a nosotros, dando saltitos sobre la arena. Detrás de aquél, otros dos. Avanzaron a saltitos y se detuvieron delante del Grog, formando un semicírculo.

El Grog se volvió a ellos, no como uno vuelve la cabeza, sino haciendo girar toda su masa. Pareció mirar a las ratas de arena, y las ratas de arena se irguieron sobre sus patas traseras y miraron hacia atrás.

La boca del Grog se abrió. Era una caverna, y la lengua estaba enroscada sobre su sonrosado suelo. La lengua se movió con la rapidez de un relámpago, invisiblemente veloz, flick, flick. Dos de las ratas desaparecieron. La boca —no demasiado pequeña para tragar a un hombre— se cerró, sonriendo amablemente.

La tercera rata continuó allí, erguida sobre sus patas traseras. Ninguna de ellas había tratado de huir. Y podían haberlo hecho fácilmente.

La boca del Grog volvió a abrirse. La última rata de arena dio un salto y aterrizó sobre la enroscada lengua. La boca se cerró por última vez, y el cono volvió a encararse con nosotros.

Yo tenía las respuestas, todas a la vez, intuitivamente, con la misma fuerza de convicción que me mantenía sentado sobre la arena, con las piernas cruzadas.

El Grog era psíquico. O algo por el estilo. Podía controlar mentes, incluso mentes tan insignificantes como las de las ratas de arena.

Esa era la función del gran cerebro del Grog. Su inteligencia era un efecto colateral de su poder. Durante eones, los Grogs habían atraído su alimento hacia ellos.

Después de la infancia, ya no cazaban. Cuando el cerebro se había desarrollado ya no necesitaban moverse. No necesitaban los ojos; ni apenas otras percepciones sensoriales. Utilizaban los sentidos de otros animales.

Dirigían a los carroñeros que limpiaban sus rocas y también sus pellejos, cuando fuera necesario. Su control mental llevaba animales comestibles hasta sus jóvenes hembras pre-sésiles, dirigía sus hábitos procreadores y las guiaba hacia las rocas más apropiadas para anclar.

Y ahora estaba introduciendo información directamente en mi cerebro.

—Pero, ¿por qué a mí? —pregunté.

Lo supe, con aquella «prístina certidumbre» que estaba aprendiendo a reconocer. Los Grogs tenían conciencia de lo que les faltaba. Habían leído las mentes de los demás: primero los guerreros kzinti, luego los mineros y exploradores humanos. Y mi negocio eran los disminuidos. Se habían enterado de lo de las Manos de los Delfines. Habían inducido a Jilson y a otros a *saber*, sin ninguna prueba, que los Grogs eran seres sensibles, y a expresarlo así cuando apareciera la persona indicada. Y esa persona era yo.

Sin pruebas. Esto era importante. Tenían que saber lo que iban a obtener antes de comprometerse a sí mismos. Los hombres como el Dr. Fuller podían investigar, si así lo deseaban; podría parecer sospechoso que se opusieran a aquellas investigaciones. Pero *algo* les impedía darse cuenta del parecido con unas manos de aquellas diminutas garras anteriores, de la ausencia de excrementos alrededor de un Grog salvaje.

¿Podía ayudarles yo?

La pregunta se convirtió súbitamente en una obsesión. Sacudí la cabeza para alejarla.

—No lo sé. ¿Por qué habéis esperado tanto tiempo para revelaros a vosotros mismos?

Miedo.

—¿Por qué? ¿Tan terribles somos?

Esperé una respuesta. No llegó ninguna. Mi cerebro dejó de recibir información.

Por lo tanto, me temían incluso a mí. A mí, indefenso ante una lengua relampagueante y una mente de hierro. Me pregunté por qué.

Estaba seguro de que los Grogs se habían desarrollado partiendo de alguna forma bípeda y más elevada de vida. Las diminutas manos, semejantes a palas de carga, eran características. Como lo era aquel imponente control mental...

Traté de ponerme en pie, de echar a correr. Mis piernas no me obedecieron. Traté de bloquear mis pensamientos, de ocultar lo que sospechaba, pero todo fue inútil. Los Grogs podían leer mi mente. Los Grogs *sabían*.

—Es el poder de los Babosos. Vuestros antepasados fueron los Babosos.

Y aquí estaba yo, sentado, con mi mente abierta e indefensa...

Lentamente, pero con la característica certidumbre, supe que los Grogs no sabían nada de los Babosos. Que, hasta donde alcanzaba su conocimiento, habían estado allí desde siempre.

Que los Grogs *no podían* ser lo bastante estúpidos como para aceptar un toma y daca. Eran sésiles. No podían moverse. ¿Cómo podían soñar en atacar a una especie que controlaba todo el espacio en una esfera de treinta años-luz de diámetro? Sólo el miedo les había impulsado a ocultar al género humano lo que eran. El miedo al exterminio.

—¿Cómo puedo saber que no estás mintiendo?

Nada. Nada tocó mi mente. Me puse en pie. Jilson me miró, luego se puso en pie y se pasó maquinalmente la mano por los ojos. Miró al Grog, abrió la boca, la cerró, tragó saliva y dijo:

—¡Garvey! ¿Qué ha estado haciendo el Grog con nosotros?

—¿No se lo ha dicho a usted?

En aquel mismo instante tuve la certeza de que no se lo había dicho.

—Ha hecho que me siente, ha realizado una demostración con ratas de arena... Usted también lo ha visto, ¿no es cierto?

—Sí.

—Luego nos ha dejado sentados durante un buen rato. Usted ha hablado con él. Luego, súbitamente, hemos podido levantarnos.

—Exactamente. Pero a mí también me ha hablado.

—Ya le dije que era inteligente...

—Jilson, ¿querrá acompañarme hasta aquí mañana por la mañana?

—Rotundamente no. Pero dejaré anotado el trayecto en el piloto automático de su aerocicleta para que pueda usted volver. Si está seguro de que quiere hacerlo.

—No lo estoy. Pero quiero tener la posibilidad de decidirlo.

El sol era un humeante globo rojo en el oeste, ocultándose detrás de un horizonte negro-azulado.

Yo me había reído del Grog.

¿Y quién no? Delfines, bandersnatchi, Grogs... Uno se ríe de ellos, los disminuidos. Uno se ríe con un delfín; es el mayor de los payasos del espacio conocido. Uno se ríe la primera vez que ve un bandersnatchi; parece algo que Dios se olvidó de terminar. No hay ningún detalle; sólo aquella mole blanca. Pero uno se ríe en parte a causa del nerviosismo, porque aquella masa blanca no le presta más atención a uno que la que un tanque prestaría a un caracol que se arrastrara debajo de sus cadenas. Y uno se ríe también de un Grog. Sin nerviosismo, en este caso. Un Grog es una caricatura.

Como un médico utilizando al revés una sonda para el estómago, el Grog había empujado su información a través de mi garganta. Podía sentir los trozos de fría certidumbre flotando en mi mente como *icebergs* en agua oscura.

Podía dudar de lo que me había dicho. Podía dudar, por ejemplo, de que todos los Grogs de Down fueran capaces de alcanzar a retorcer las mentes de los humanos de, digamos, Jinx. Podía dudar de su terror, de su indefensión, de que necesitaban mi ayuda. Pero tenía que recordarme continuamente a mí mismo que *debía* dudar.

En caso contrario, la duda desaparecería y los fríos trozos de certeza permanecerían en mi mente.

No resultaba divertido.

Teníamos que exterminarlos. Ahora. Evacuar a todos los hombres de Down, y manipular el sol. O traer un antiguo ariete hidráulico STL y aplastar a todos los vertebrados del planeta.

Pero ellos habían acudido a mí. A mí.

Y estaban mortalmente asustados ante la posibilidad de ser tratados como salvajes y redivivos Babosos. Podían haberle dicho la verdad a medias al Dr. Fuller, y éste hubiera interrumpido sus experimentos; o podía haber sido interrumpido por las mentes de los Grogs. Pero no: preferían pasar hambre y mantener sus secretos.

Sin embargo, habían acudido a mí a la primera oportunidad.

Los Grogs estaban ansiosos. Habían corrido un gran riesgo. Pero necesitaban... algo. Algo que sólo el género humano podía proporcionarles. Yo no estaba seguro de qué, pero sí de una cosa:

Querían hacer un trato. Esto, en sí, no era una garantía de su buena fe; pero si se me ocurría alguna garantía, podía obligarles a plegarse a ella.

Luego sentí de nuevo aquellas prístinas certidumbres, flotando en mi mente. Quise librarme de ellas.

Me levanté y encargué un bocadillo de jamón, tomate y lechuga. Llegó sin mayonesa. Traté de encargar mayonesa, pero el cocinero no había oído hablar nunca de ella.

Había sido una suerte que los Grogs no se revelaran tal como eran a los kzinti, cuando Kzin gobernaba el planeta. Los kzinti los hubiesen eliminado, o, peor todavía, los hubiesen utilizado como aliados contra el espacio humano. ¿Habían utilizado los kzinti a los Grogs como alimento? En caso afirmativo... Pero no; los Grogs no eran unas presas apetecibles para los gatos: no podían correr.

Mis ojos continuaban viendo luz roja, de modo que las estrellas más allá del porche parecían azules y brillantes encima de una llanura negra. Pensé en bajar hasta el puerto y alquilar una habitación en alguna nave varada allí... Tonterías.

No podía encararme con un Grog. No, cuando tenía que hablarme por...

Ah, eso era al menos parte de la respuesta. Llamé por teléfono a la conserjería y dije lo que deseaba.

Lentamente, llegaron otras partes de la respuesta. Había una alfalfa modificada que crecería bajo la luz del sol rojo; la simiente estaba en la sentina de la nave que me había traído aquí. Era parte del programa agrícola de Down. Bien...

V

Al día siguiente volé hasta el desierto, solo. El individuo que alquilaba las aerocicletas había dejado la mía aparte, con el trayecto marcado en el piloto automático, de modo que pudiera encontrar el camino de regreso.

El Grog estaba allí. O encontré otro por casualidad. No podía asegurarlo, ni tenía importancia. Posé la aerocicleta en el suelo y me apeé, con la extraña sensación de que unos pequeños zarcillos hurgaban en mi mente. Pura sensación. Estaba convencido de que el Grog leía en mi mente, pero no podía notarlo.

Con prístina certidumbre llegó el conocimiento de que yo era bien acogido. Dije:

—Sal de ahí. Sal de mi cabeza y quédate fuera.

El Grog no hizo nada. Al igual que el conocimiento que había adquirido la tarde anterior, el convencimiento permaneció: yo era bien acogido, *bien acogido.* Estupendo.

Rebusqué en mis alforjas.

—Me ha costado mucho encontrar esto —le dije al Grog—. Es una pieza de museo.

Era una máquina de escribir eléctrica. La coloqué a unos pies de distancia de la boca del Grog y enchufé el cordón a una batería de mano.

—Mi mente te dirá cómo funciona esto. Vamos a ver qué tan buena es tu lengua.

Busqué un asiento y me instalé apoyando la espalda contra el Grog, debajo de su boca. Desde allí podía ver el papel que había insertado en el rodillo.

La lengua salió disparada, invisiblemente rápida.

No pierdas de vista la máquina de escribir —imprimió el Grog—. *De otro modo no podría verla. ¿Quieres apartar un poco más la máquina?*

Lo hice.

—¿Está bien así?

Muy bien.

—De acuerdo. Esto parece funcionar. Bueno, ¿cuál es tu oferta?

Cuidaremos de vuestro ganado. Con el tiempo podremos hacer otras cosas. Cuidar de los animales del parque zoológico, por ejemplo. O ejercer funciones de vigilancia. Evitar que un enemigo invada Down.

A pesar de la velocidad de su relampagueante lengua, el Grog escribía con tanta lentitud como un mecanógrafo que utilizara un solo dedo.

—De acuerdo. ¿Tenéis inconveniente en que sembremos vuestro terreno de hierba modificada?

No, si vais a introducir ganado en nuestro territorio. Necesitaremos ganado para alimentarnos, y preferiríamos que continuaran aquí los actuales animales del desierto. No queremos perder nada de nuestro actual territorio.

—¿Necesitaréis nuevos terrenos?

No. El control de la natalidad resulta fácil para nosotros. Lo único que tenemos que hacer es limitar los pre-sésiles.

—No confiamos en vosotros, ¿sabes? Tomaremos medidas para asegurarnos de que no controláis las mentes humanas. Yo mismo me someteré a un minucioso reconocimiento cuando regrese a la Tierra.

Naturalmente. Te alegrará saber que no podemos abandonar este mundo sin una protección especial. Los rayos ultravioleta nos matarían. Si acaso queréis un Grog en el parque zoológico de la Tierra...

—Nos encargaremos de eso. Es una buena idea. Ahora, ¿qué podemos hacer por vosotros? ¿Qué opinas de unas Manos de Delfín modificadas?

No, gracias. Lo que necesitamos es conocimiento. Una enciclopedia grabada en una cinta, acceso a las bibliotecas humanas. Mejor todavía, conferenciantes humanos a los cuales no les importara que sus mentes fueran leídas.

—¿Conferenciantes? Eso resultaría muy caro.

¿Hasta qué punto? ¿En cuánto valoras nuestros servicios como pastores?

—Un buen enfoque de la cuestión —dije, instalándome más cómodamente contra el peludo costado del Grog—. De acuerdo. Vamos a hablar de negocios.

VI

Transcurrió un año antes de que aterrizara de nuevo en Down. Por entonces, la Garvey Limited estaba a punto de obtener beneficios.

Yo había conducido el asunto de un modo draconiano.

En lo que respecta al planeta Down, la Garvey Limited tenía un monopolio sobre los Grogs. Ellos no podrían haber comprado un paquete de cigarrillos si no era a través de nosotros. Pagábamos unos substanciosos impuestos al gobierno humano de Down, pero ese gasto era casi menor.

Teníamos gastos mucho mayores.

Lo peor era la publicidad. No habíamos tratado de mantener el secreto del poder de los Grogs; hubiese sido inútil. Y aquel poder era aterrador. Nuestra única defensa contra un pánico que podía haber cubierto el espacio humano como una manta eran los propios Grogs: que fuesen conocidos por los hombres.

Los Grogs eran divertidos.

Puse en circulación innumerables fotografías. Grogs escribiendo a máquina, Grogs guiando rebaños de ganado, Grogs en la cabina de una nave espacial, un

Grog asistiendo a una fingida intervención quirúrgica a un oso de Kodiak enfermo... Los Grogs tenían siempre el mismo aspectos. Inspiraban risa, y nunca temor... a no ser que surgieran las anormales certidumbres prístinas hurgando en las grietas del cerebro humano.

Los trabajos más importantes para los Grogs iban a empezar ahora. Wunderland había cambiado ya sus leyes para permitir que los Grogs prestaran testimonio ante un tribunal, como expertos detectores de mentiras. Un Grog estaría presente en la próxima reunión en la cumbre entre los espacios humanos y kzinti. Los que se aventuraran en el espacio desconocido llevarían probablemente Grogs, por si encontraban alienígenas y necesitaban un traductor.

En las tiendas de juguetes se vendían peludas muñecas Grog. No ganábamos ninguna comisión de ellas, pero representaban una inversión de cara al futuro.

Después de aterrizar me tomé un día de descanso, para saludar a Jilson, a Sharon y a Lois. A la mañana siguiente volé hacia el desierto. Ahora la hierba cubría la mayor parte de lo que habían sido terrenos yermos. Vi un círculo blanco debajo de mí y me apresuré a descender.

El círculo blanco era un rebaño de ovejas. En el centro había un Grog.

—Bienvenido, Garvey.

—Gracias —dije, tratando de no gritar.

El Grog estaba leyendo mi mente y contestando a través de un equipo vocal implantado en el sistema nervioso, que habíamos empezado a fabricar en grandes cantidades hacía dos meses. Había sido otro gasto importante, pero necesario.

—He oído hablar de unas muñecas...

—No podemos obtener ningún dinero de ellas. La forma Grog no está patentada.

Hablamos de otras cosas, además de negocios. El Grog quería una muñeca de ésas, por ejemplo, y le prometí traérsela. Repasamos una lista de «conferenciantes», disponiéndola por orden de prioridad. Traerles aquí no representaría un gasto excesivo: sólo habría que pagarles el viaje y el tiempo que distraían de sus habituales ocupaciones. Ninguno de ellos tendría que pronunciar una sola palabra.

Ni el Grog ni yo mencionamos el ariete hidráulico. No estaba en Down. Si situábamos un arma en Down, los Grogs simplemente se hubiesen apoderado de ella; no hubiera habido ninguna defensa. Lo habíamos situado en órbita alrededor del sol de Down. Si los Grogs llegaban a convertirse en una amenaza, el ariete hidráulico electromagnético empezaría a funcionar, y el sol de Down empezaría a comportarse de un modo muy raro.

Ni el Grog ni yo lo mencionamos. ¿Para qué? Él conocía mis motivos.

No era que yo temiese a los Grogs. Me temía a mí mismo. El ariete hidráulico estaba allí para demostrar que me había sido permitido actuar en contra de los intereses de los Grogs. Que yo era dueño de mí mismo.

Y, sin embargo, no estaba seguro. ¿Podía haber saboteado el motor el último hombre de a bordo? ¿Podían los Grogs llegar hasta allí? No había modo de saberlo. Si era cierto, cualquiera que abordara la antigua nave informaría que se encontraba en perfectas condiciones, lista para entrar en funcionamiento.

De modo que... mejor no te preocupes, Garvey. Olvídalo. Duerme tranquilo.

Tal vez lo haga.

Resulta bastante fácil creer que los Grogs son inocuos y serviciales, que tienen un ansia desesperada de amistad.

Me pregunto qué encontraremos a continuación.

FIN

Edición digital: Sadrac
Revisión: abur_chocolat

HAY UN LOBO EN MI MÁQUINA DEL TIEMPO

La vieja jaula de extensión carecía de controles precisos, pero eso apenas tenía importancia. Svetz no tenía que cazar a ningún animal extinguido en particular; Ra Chen le había dicho que llevase lo primero que le viniera a la mano.

Svetz guió primero la jaula a la América preindustrial, a algún lugar de la parte central del continente, alrededor del año 1000 de la Era Anteatómica. Había pocos humanos y muchos animales. Tal vez pudiera conseguir un bisonte.

Al asomarse a la ventana vio una vasta extensión helada. Svetz no había previsto llegar allí en pleno invierno.

Por un instante estuvo pensando en regresar de nuevo a la corriente del tiempo y accionar el circuito interruptor. Buscar otra fecha y probar suerte de nuevo. Pero el circuito interruptor era nuevo, no había sido probado aún, y Svetz no tenía ganas de hacer de conejillo de Indias.

Además, un viaje al pasado costaba más de un millón de comerciales. Si accionaba el circuito interruptor, esa cantidad prácticamente se doblaría y era probable que Ra Chen se enfadara.

Svetz empezó a congelarse en el momento de abrir la puerta. Desde el umbral vio el mismo paisaje blanco y una forma también blanca que saltaba a lo lejos.

Svetz disparó un cristal de anestésico soluble.

Utilizó el bastón volador para aproximarse a su presa. Ahora que ya no se movía, el animal resultaba difícil de localizar. Era exactamente del color de la nieve, salvo por la boca roja y las garras negras en que finalizaban sus patas. Svetz lo identificó a primera vista como un lobo ártico.

Sería perfectamente adecuado para el Vivarium. A Svetz le convenía en realidad cualquier cosa que le permitiera largarse de aquel desierto helado. Rara vez se había sentido tan satisfecho de sí mismo. Una misión fácil y rápida.

Ya dentro de la jaula envolvió al animal dormido en algo que parecía una bolsa de plástico transparente y la selló herméticamente. Ató al lobo con una correa a una de las paredes curvas de la jaula de extensión y se apoyó en la pared de enfrente mientras la jaula salía disparada en dirección vertical hacia todas direcciones.

La gravedad varió de forma singular.

Svetz se había cubierto la cabeza con otro saco transparente, cuya boca había fijado en la piel de su cuello. Ahora se lo quitó y lo dejó a un lado. El sistema de aire había entrado en funcionamiento; no necesitaba el saco de filtro.

El lobo sí lo necesitaba. No podría respirar el aire de la era industrial. Sin el saco de filtro para retener los venenos, el lobo moriría sin remedio. Los lobos se habían extinguido en la época en que vivía Svetz.

En el exterior, el tiempo pasaba a un ritmo furioso; en el interior, transcurría despacio. Instalado en la curva esférica de la jaula de extensión, Svetz contemplaba al lobo, alojado en la curva del techo.

Svetz nunca había visto un lobo de carne y hueso. Sólo había visto dibujos en los libros infantiles..., e incluso los libros infantiles eran ya cosa de un pasado remoto. ¿Por qué, entonces, le resultaba tan familiar aquel lobo?

Era un animal de gran tamaño, posiblemente tan voluminoso como Hanville Svetz, que era un hombre delgado, de huesos pequeños. Sus flancos se agitaban al respirar. La lengua era larga y roja; los dientes, blancos y aguzados.

Parecido a los perros, se dijo Svetz. Los perros del Vivarium, alojados en la jaula de cristal con la etiqueta: PERRO Contemporáneo

Los perros eran los únicos animales del Vivarium que no estaban encerrados herméticamente en urnas de cristal para su propia protección. Los demás no podían respirar el aire exterior; los perros sí podían.

En un sentido muy real eran la obra de un solo hombre. Lawrence Wash Porter había vivido a finales del Período Industrial, entre el 50 y el 100 de la Era Postatómica, cuando miles de millones de seres humanos morían de enfermedades pulmonares y sólo unos pocos millones habían podido adaptarse. Entonces, Porter decidió salvar a los perros.

¿Por qué a los perros? Sus motivos no han sido suficientemente aclarados, pero sus métodos muestran la impronta del genio. Compró especímenes de todas las razas caninas y los cruzó a lo largo dé muchas generaciones de perros, durante la mayor parte de su vida.

Ya nunca habría exposiciones caninas. No quedaba en el mundo un solo perro de raza pura. Pero el vigor de la hibridación había generado una raza nueva. Los perros actuales, los mestizos definitivos, podían respirar el aire de la era industrial, rico en óxidos de carbono y nitrógeno, con un aroma a gasolina cruda y a ácido sulfúrico.

Si los perros estaban detrás de un cristal se debía a que la gente tenía miedo de ellos. Habían muerto demasiadas especies y la sociedad del 1100 de la Era Postatómica no estaba acostumbrada a los animales.

Lobos y perros..., ¿podrían cruzarse entre ellos?

Svetz contemplaba fascinado al lobo dormido. Era al mismo tiempo parecido y distinto de los perros. Los perros sonreían a través del cristal y meneaban la cola cuando los niños los saludaban con la mano. A los perros les gustaba la gente. En cambio el lobo, incluso dormido...

Svetz se estremeció. De todas las cosas que odiaba en su profesión, ésta era la peor; regresar a casa en compañía de un animal extinguido extraño y peligroso. La primera vez que lo hizo, el caballo capturado había causado averías serias en el panel de control. En su última misión, un avestruz le atacó y le rompió tres costillas.

El lobo se agitaba, inquieto..., y algo en él había cambiado. Algo estaba cambiando en esos momentos. El hocico del animal era más corto, ¿o no? Las patas delanteras se alargaban de una manera peculiar; las garras parecían crecer y expandirse. Svetz retuvo el aliento y, al instante, se olvidó del lobo. Svetz se ahogaba, se moría. Con gestos espasmódicos aferró el saco del filtro y se arrastró hasta el panel de control.

Svetz salió tambaleándose de la jaula de extensión, dio tres pasos y se derrumbó. Tras él, los contaminantes invisibles se disolvieron en el aire.

El sol se ponía entre capas de nubes anaranjadas.

Svetz seguía tendido en el lugar donde había caído, con terribles arcadas y jadeando en busca de aire para sus pulmones. Debajo de él se extendía una alfombra exterior, verde y húmeda, que olía a plantas. Svetz no reconoció el olor ni se dio cuenta en un primer momento de que la alfombra estaba viva. En aquel momento no le habría importado la constatación. Sólo sabía que el sistema de aire de la jaula había intentado matarle y, por el modo en que se sentía, probablemente lo había conseguido.

Había sucedido en un punto muy próximo al destino final. Estaba pasando el 30 de la Postatómica cuando el aire se enrareció. Recordaba haber aferrado la palanca del interruptor, luego esperar y esperar. El aire viciado le invadía la nariz, le penetraba en la garganta y le destrozaba la laringe. Había esperado veinte años, sintiendo cada segundo transcurrido. En el 50 de la Postatómica tiró de la palanca del interruptor y, a punto de ahogarse, corrió fuera de la jaula.

50 PA. Por lo menos había conseguido llegar a la Era Industrial. Podría respirar el aire.

«Fue el caballo», pensó sin sorpresa. El caballo había embestido con el puntiagudo cuerno de su frente el panel de control de Svetz, tres años atrás. Se suponía que en Mantenimiento lo habían reparado. Lo habían reparado.

Algo debía de haberse estropeado otra vez.

«Por la forma en que me miraba cada vez que pasaba delante de su jaula, siempre supe que el caballo se vengaría de mí», pensó Svetz.

Se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el saco de filtro. Entonces, no...

Svetz se incorporó sobresaltado.

A su alrededor, todo estaba verde. La húmeda alfombra verde que se extendía debajo de su cuerpo estaba viva; surgía del suelo negro. Una tosca pilastra retorcida emergía del suelo y se ramificaba en una explosión de papeles o algo semejante, rojo y amarillo. junto a la base de la pilastra había más papeles coloreados, esparcidos por el suelo. Algo que no era una aeronave se movía de forma errática por encima de su cabeza: una cosa pequeña que revoloteaba y gorjeaba.

Todo aquello estaba vivo. Se encontraba en un desierto preindustrial.

Svetz se pasó el saco de filtro por la cabeza y presionó precipitadamente los bordes contra la piel de su cuello para cerrarlo bien. Fue una gran suerte no haberse desvanecido antes. Esperó a que se hinchara alrededor de su cabeza. Una membrana selectivamente permeable dejaba pasar los gases adecuados de afuera adentro y viceversa, hasta que la composición se... se... Svetz se ahogaba, encerrado en el saco.

Se lo arrancó y lo tiró a un lado, lagrimeando. ¡Primero el sistema de aire y ahora el saco de filtro! ¿Alguien había averiado los dos? Y además el calendario inercial: por lo menos estaba en una fecha anterior en doscientos años al 50 Postatómica. Alguien había intentado asesinarle.

Svetz miró alarmado a su alrededor. En lo alto de la colina, al otro lado de la alfombra verde, vio una formación angular de costados verticales, pintada en un tono verde descolorido. Tenía que ser artificial. Tal vez encontrara a gentes allí. Podía... No, no podía pedir ayuda. ¿Quién iba a creerle? ¿Y cómo podrían ayudarle, en cualquier caso? Su única esperanza estaba en la jaula de extensión. Y ahora le quedaba muy poco tiempo.

La jaula de extensión seguía a pocos metros de distancia, la puerta era un círculo oscuro en uno de sus lados curvos. El otro lado parecía desvanecerse en la nada; eso quería decir que seguía aún sujeto al resto de la máquina del tiempo en 1103 PA, en una dirección que la vista era incapaz de seguir.Svetz vaciló delante de la puerta. Su única esperanza era desmontar la planta de aire. Retener el aliento y luego... El olor a contaminantes había desaparecido.

Svetz olfateó el aire. Sí, había desaparecido. La planta de aire se había agotado por sí misma, vaciando los elementos contaminantes en el aire exterior. No había necesidad de inutilizarla. El alivio hizo sentir a Svetz un ligero vértigo.

Saltó al interior.

Se acordó del lobo cuando vio el saco filtrante desgarrado y vacío. Luego vio al intruso acechándole, con su espeso pelaje hirsuto, los relucientes ojos amarillos, las garras de las patas extendidas, dispuestas a matar.

La tierra iba quedando a oscuras. Hacia el este brillaban algunas estrellas, mientras que en el oeste el cielo seguía de un color púrpura intenso. El aire estaba lleno de perfumes. La luna llena empezaba a asomarse.

Svetz subió la colina, sangrando.

La casa de la colina era grande y antigua. Grande como un edificio de la ciudad de dos pisos de altura. Se extendía en todas las direcciones, como si un arquitecto loco la hubiera construido siguiendo un plan caprichoso que iba cambiando sobre la marcha. Había rejas de hierro forjado en las ventanas del piso superior y pomos de hierro en las persianas de ambos pisos, todo pintado en el mismo tono verde polvoriento. Las persianas eran de madera, pintadas de un verde distinto. Estaban todas cerradas y no se percibía luz en ninguna parte de la casa.

La puerta estaba construida para alguien que midiera cuatro metros de alto. El picaporte era muy grande. Svetz empleó las dos manos, cargó sobre él todo su peso y, a pesar de todo, no pudo hacerlo girar. Gimió. Buscó la lente de la mirilla y

no la encontró en ninguna parte. ¿Cómo podían entonces saber que estaba él allí? Tampoco encontró timbre ni llamador.

Tal vez no habría nadie adentro. No estaba claro lo que podía ser el edificio. Era demasiado grande para una vivienda unifamiliar y demasiado extenso para un hotel o casa de apartamentos. ¿Tal vez fuera un almacén o una fábrica? ¿Para hacer o almacenar qué?

Svetz volvió la mirada hacia la jaula de extensión. Percibió vagamente el brillo de las luces del interior. También vio algo que se movía en el verdor vivo que alfombraba la colina.

Formas pálidas, más de una. ¿Se acercaban?

Svetz aporreó la puerta con los puños. Nada. Se dio cuenta de que había una cosa de metal dorado, muy ornamentada, encima de la puerta. La tocó, la empujó y finalmente la soltó. La cosa emitió un sonido.

La tomó con las dos manos y golpeó el picaporte contra su base una y otra vez. Se produjeron una serie de sonidos metálicos rítmicos. Era posible que alguien los oyera.

Algo pasó zumbando junto a su oído y se estrelló contra la puerta con un golpe seco. Svetz miró a su alrededor con ojos extraviados y vio una piedra del tamaño de su puño. Las formas blancas estaban más cerca ahora. Eran bípedos que caminaban encorvados.

Parecían demasiado humanos... o no del todo humanos. La puerta se abrió.

Ella era muy joven, tal vez de unos dieciséis años. Su piel era muy pálida y el cabello y las cejas de un blanco puro, muy hermoso. Su atuendo la cubría desde el cuello hasta los tobillos, pero dejaba desnudos los brazos. Parecía soñolienta e irritada en el momento de abrir la puerta: la abrió con la mano, a pesar de lo que pesaba. Luego vio a Svetz.

-Ayúdeme -dijo Svetz.

Sus ojos se agrandaron y también movió las orejas. Dijo algo que a Svetz le costó interpretar porque hablaba en americano antiguo.

-¿Qué es usted?

Svetz no podía culparla. Aun en condiciones normales, sus ropas no correspondían a aquel período. Pero además su blusa estaba desgarrada hasta el ombligo y lo mismo le ocurría a su piel. Cuatro líneas ensangrentadas le recorrían paralelas el rostro y el pecho.

Zeera le había dado clases de habla americana, de modo que pudo decir cautelosamente:

-Soy un viajero. Un animal, un monstruo, se ha metido en mi vehículo y no me deja entrar en él.

Evidentemente, la muchacha comprendió el sentido de sus palabras.

-¡Vaya apuro! ¿Qué clase de animal?

-Parecido a un hombre, pero peludo, con una cara horrible y garras..., garras...

-Puedo ver las señales que hicieron.

-No sé cómo pudo meterse. Yo... -Svetz se estremeció. No, no podía contar aquello. Era una locura, una completa locura decir que estaba convencido de que el lobo se había convertido en una especie de humanoide monstruoso sediento de sangre-. Sólo me golpeó una vez. En el rostro. Supongo que podría echarlo si dispusiera de un arma. ¿Tiene una bazuca?

-¡Qué bonita palabra! Me parece que no. Entre. ¿Le han molestado los trolls? -Le cogió del brazo, le arrastró al interior y cerró la puerta.

-¿Trolls?

-Es usted una persona extraña -dijo la muchacha, después de examinarle de arriba abajo-. Tiene un aspecto extraño, olor extraño, se mueve de una manera extraña. No sabía que existieran personas como usted en el mundo. Debe venir de muy lejos.

-Mucho -dijo Svetz. Se sentía al borde del desmayo. Estaba a salvo por fin, dentro de la casa. Pero ¿por qué tenían esa tendencia a erizársele los cabellos de la nuca?-. Me llamo Svetz -declaró-. ¿Y usted?

-Wrona -le sonrió, sin asustarse de él a pesar de su extraño aspecto... Pero si él le había parecido extraño a ella, mucho más extraña le parecía la muchacha a Hanville Svetz. Tenía la piel blanca como el papel y su abundante cabello blanco sería más apropiado en un centenario. La nariz, muy ancha y chata, habría desfigurado a una muchacha normal, pero de alguna forma favorecía a la peculiar fisonomía de Wrona. Y sin embargo esa fisonomía era realmente extraña; las orejas eran demasiado grandes, casi puntiagudas, los ojos estaban demasiado separados y la boca sonriente era muy grande... pero a Svetz le gustaba. La sonrisa expresaba curiosidad y alegría. A él no le pareció demasiado amplia. La firme presión de su mano era amistosa, tranquilizadora, por más que las uñas de los dedos resultaran incómodamente largas y afiladas.

-Debería descansar, Svetz -dijo-. Mis padres no se levantarán hasta dentro de una hora por lo menos. Luego verán la forma de ayudarle. Venga conmigo, le llevaré a una habitación desocupada.

Él la siguió a través de una sala dominada por una gran mesa rectangular junto a la que se alineaba una doble fila de sillas de respaldo alto. En un extremo había un gran horno de microondas y, al lado, una bandeja de... cosas rojas. Su forma era más o menos cónica, cada una de ellas tenía el tamaño de la parte superior del brazo de un hombre fuerte y en todas había un topo blanco en la parte más ancha. Svetz no tenía idea de lo que eran, pero no le gustó su color. Parecía sangre.

-Oh -exclamó Wrona-. Se me olvidaba preguntarle: ¿tiene hambre?

Svetz se dio cuenta de repente de que sí la tenía.

-¿No tendrá un poco de levadura empobrecida?

-¿Cómo? No entiendo la expresión. ¿Eso es levadura empobrecida? Es todo lo que tenemos.

-Mejor será que lo olvide. -El estómago de Svetz se rebelaba ante la idea de comer algo de aquel color. Aunque al final resultara ser una planta.

Wrona tuvo que ayudarle a sostenerse en pie antes de que llegaran a la habitación. Era rectangular, muy amplia y lujosa. La cama era bastante grande, pero apenas estaba situada a unos quince centímetros del suelo y carecía de mantas y sábanas. Ella le ayudó a acostarse.

-Hay un baño detrás de esa puerta, si se siente con fuerzas. Será mejor que descanse, Svetz. Dentro de un par de horas volveré a buscarle.

Svetz se tendió en la cama. La habitación parecía girar a su alrededor. Oyó alejarse a Wrona.

Qué extraña era y qué raro debía de parecerle él. Era una suerte que no hubiera llamado a nadie para atenderle: un médico se habría dado cuenta de las diferencias.

Svetz no habría imaginado jamás que los primitivos fueran tan distintos de su propio pueblo. Durante los mil años transcurridos entre ahora y el presente, debía de haberse producido una adaptación masiva a los cambios en el aire y en el agua, al DDT y otras sustancias componentes de los alimentos, a la extinción de las`plantas alimenticias y la carne de los animales, hasta que sólo quedó la levadura empobrecida; también eran más altos los niveles de ruido, había menos espacio para hacer ejercicio, una dependencia mayor de las medicinas... Bueno, ¿cómo no iban a ser diferentes? Lo sorprendente era que la humanidad hubiera logrado sobrevivir.

Wrona no había sentido temor ante lo extraño de su aspecto ni le habían repugnado los arañazos de su rostro y su pecho. Sólo parecía divertida e interesada. Le había ayudado sin hacerle demasiadas preguntas. Él le estaba agradecido por ello.

Dormitó.

El dolor producido por los profundos arañazos y la rigidez de sus ropas hicieron que sus sueños fueran agitados. Tuvo pesadillas. Algo enorme y sombrío, mitad hombre y mitad bestia, se abalanzaba sobre él para desgarrarle la cara una y otra vez. En un momento indeterminado despertó por completo, intentando identificar un olor a almizcle, poco familiar.

Sin resultado. Miró lo que le rodeaba: una habitación extraña, que parecía más extraña todavía porque la estaba viendo desde el nivel del suelo. Techos altos. Un globo escarchado, no más brillante que una luna llena, lucía tan débilmente que la habitación quedaba sumida en sombras. Las ventanas estaban protegidas por barrotes de hierro; en el exterior, la noche oscura.

Era un milagro que se hubiera despertado. El aire preindustrial debería de haberle matado hacía ya varias horas. Había sido un día nefasto, pensó. Y procuró apartar de la memoria la cosa que le había atacado en la jaula de extensión. Un rostro peludo, orejas puntiagudas, la doble hilera de dientes blancos y aguzados, la garra que había surgido de repente, el zarpazo de arriba abajo. La convicción demencial de que un lobo se había convertido en aquello.

No podía ser. Los animales no cambian de forma de esa manera. Algo debía de haber ocurrido mientras Svetz luchaba por recuperar la respiración. Aquello debió de hacer huir al lobo o lo mató.

Pero había leyendas sobre cosas así, ¿no? Dos y tres mil años antes, más aún tal vez, en todo el mundo se habían contado historias de hombres que se transformaban en bestias y viceversa.

Svetz se incorporó. El dolor se aferró a su pecho, para relajarse luego. Se puso en pie con precaución y se dirigió al cuarto de baño.

Los grifos no eran difíciles de manejar. Svetz humedeció un paño con agua caliente. Después de limpiarse la costra de sangre seca se miró en el espejo: un hombre joven, pálido y delgado, de finos cabellos rubios... con una extraña deformación en la barbilla y la frente. Supuso que la culpa era del espejo, de manufactura muy primitiva. Podía haber sido peor, ¿no habían sido bidimensionales los primeros espejos?

Sonó un silbido estridente al otro lado de la puerta del dormitorio. Svetz salió y se encontró ante Wrona.

-Qué bien que esté levantado -dijo ella-. Padre y tío Wrocky quieren verle.

Svetz entró en el salón, y de nuevo percibió el evasivo olor a almizcle. Siguió a Wrona por un pasillo oscuro. Como en su habitación, la única luz era la que desprendía un globo escarchado. ¿Por qué estaría tan mal iluminada la casa de la familia de Wrona? Tenían electricidad. ¿Y por qué estaban todos dormidos al ponerse el sol? Con el desayuno preparado y esperándoles...

Wrona abrió una puerta y le invitó a entrar con un gesto. Svetz se detuvo vacilante después de cruzar el umbral. La habitación estaba tan oscura como el pasillo. El olor a almizcle era aquí mucho más acentuado. Se sobresaltó cuando una mano se cerró sobre su antebrazo -le había asido con fuerza; la palma era peluda y sentía la presión de las uñas, muy duras, en la piel- y una profunda voz masculina dijo:

-Entre, señor Svetz. Mi hija me ha contado que es usted un viajero necesitado de ayuda.

En la penumbra, Svetz distinguió a un hombre y una mujer sentados en taburetes sin respaldo. El cabello de los dos era tan blanco como el de Wrona, pero el de la mujer tenía una ancha banda negra. Un segundo hombre guió a Svetz hasta otro taburete. También él llevaba mechones de pelo negro: una ceja, y una especie de medía luna en torno a una oreja.

Wrona se había colocado a su espalda. Svetz los observó atentamente a todos, se dio cuenta de lo parecidos que eran entre sí y lo muy diferentes que eran de Hanville Svetz.

El miedo fue creciendo en su interior como una droga fuerte. Svetz era un xenófobo.

Eran todos iguales. Cejas y pelo blancos muy abundantes, con mechones negros. Uñas negras afiladas. Narices anchas y planas. Bocas amplias, muy amplias, con colmillos blancos y aguzados. Orejas altas y puntiagudas que se movían. Ojos amarillos. Pelo en las palmas de las manos.

Svetz se dejó caer pesadamente sobre el taburete.

Uno de los dos hombres lo advirtió: el más grande, que seguía aún en pie.

-Debe de ser la gravedad mayor -aventuró-. ¿No es cierto, Svetz? Viene usted de otro mundo. Obviamente no es usted un hombre corriente. Le dijo a Wrona que era un viajero, pero no de qué lugar venía.

-De muy lejos -respondió Svetz con voz débil-. Del futuro.

El hombre menos voluminoso tuvo un sobresalto.

-¿El futuro? ¿Es un viajero del tiempo? -Su voz adquirió un deje de desprecio-. ¿Quiere decir que evolucionaremos hasta convertirnos en algo parecido a usted?

-No, de verdad. -Svetz se encogió.

-Así lo espero. ¿Qué pasará, entonces?

-Creo que he derivado oblicuamente en el tiempo. Ustedes descienden de los lobos, ¿no es así?, no de los monos.

-Sí, por supuesto, de los lobos.

-Ahora que lo menciona -dijo el hombre sentado, observándole con atención-, es más parecido a un troll de lo que debería cualquier hombre común. No es mi intención ofenderle, Svetz.

Svetz, rodeado por los hombres lobo, hacía esfuerzos por relajarse. Sin conseguirlo.

-¿Qué es un troll?

Wrona se adelantó hasta quedar sentada en el borde de su taburete.

-Tiene que haberlos visto en la ladera. Tenemos más de treinta.

-Puros y simples monos -explicó el hombre más pequeño-. Traídos de Africa el siglo pasado. Son buenos guardianes y proporcionan una carne excelente. Pero ha de tener cuidado con ellos: tiran cosas.

-Hagamos las presentaciones -interrumpió el otro, de repente-. Disculpe nuestros modales, Svetz. Yo soy Flakee Wrocky, éste es mi hermano Flakee Worrel, y aquélla, Brenda, su mujer. A mi sobrina ya la conoce.

-Encantado de conocerles -dijo Svetz con un hilo de voz.

-¿Dice que ha derivado oblicuamente en el tiempo?

-Me temo que sí. Debo de haberme desviado muchísimo,además -explicó Svetz-. La máquina me dejó tirado, así me protejan los dioses. La culpa tuvo que ser del caballo...

-¿Caballo? -le interrumpió Wrocky.

-El caballo. Hace tres años, un caballo averió mi jaula de extensión. Se supone que fue reparada, pero me temo que algo falló en algún momento y la jaula derivó oblicuamente en lugar de dirigirse hacia adelante. Hasta un mundo en el que evolucionaron los lobos en lugar del Homo habilis. Los dioses saben qué rumbo habré de tomar si quiero regresar a mi mundo. -Entonces recordó otra cosa-. Al menos pueden ustedes ayudarme en algo. Una especie de monstruo se ha apoderado de mi jaula de extensión. Es la parte de la máquina del tiempo que efectúa el movimiento. ¿Me ayudarán a ahuyentar al monstruo?

-Por supuesto -dijo Worrel. Al mismo tiempo el otro hombre exclamó:

-No lo creo. Discúlpame, por favor, Worrel. Svetz, le haríamos un flaco servicio si cazáramos al monstruo que está en su jaula de extensión. Lo primero que haría en ese caso sería regresar a su propio tiempo, ¿no es así?

-¡Diantre, claro que sí!

-Pero lo único que conseguiría sería perderse más y más. Al menos en nuestro mundo puede comer los alimentos y respirar el aire. Sí, cultivamos plantas para alimentar a los trolls; puede usted aprender a comerlas.

-No lo entienden. No puedo quedarme aquí, ¡soy un xenófobo!

Wrocky frunció el entrecejo y sus orejas se irguieron, inquisitivas.

-¿Un qué?

-Temo a los seres inteligentes que no son humanos. No puedo impedirlo, es algo que está en mis huesos.

-Estoy seguro de que se acostumbrará a nosotros, Svetz.

Svetz miró primero a uno y luego al otro hombre. Estaba bastante claro cuál de los dos era el que mandaba. La voz de Wrocky era mucho más rotunda que la de Worrel; era más corpulento que el otro hombre y el pelo blanco le caía sobre la nuca como la melena de un león. Worrel no hizo el menor intento de insistir en su punto de vista. En cuanto a las mujeres, ninguna de las dos había dicho una palabra desde que Svetz entró en la habitación.

-No entienden -dijo Svetz, desesperado-. El aire...

Se detuvo.

-¿Qué pasa con el aire?

-A estas alturas, ya debería de haberme matado. Una docena de veces o más. ¿Por qué no lo ha hecho? -Era bastante extraño que hubiera omitido hacerse esa pregunta-. Debo de haberme adaptado -dijo Svetz, en parte para sí mismo-. Eso es. La jaula se acercó demasiado a esta ramificación de la historia. Mi herencia genética ha cambiado. Mis pulmones se han adaptado al aire preindustrial. ¡Maldición! Si no hubiera accionado el interruptor me habría vuelto a adaptar.

-En ese caso, puede respirar nuestro aire -dijo Wrocky.

-Todavía no lo entiendo. ¿No tienen industrias?

-Por supuesto que sí -dijo Worrel, sorprendido.

-¿Automóviles y aviones de combustión interna? ¿Camiones y barcos movidos por diesel? ¿Fertilizantes químicos, repelentes de insectos...?

-No, nada de eso. Los fertilizantes químicos envenenan el agua. Los únicos repelentes de insectos de los que tengo noticia perjudicaban la atmósfera, de modo que nunca pasaron de la etapa experimental. La mayor parte de nuestros vehículos funcionan mediante baterías eléctricas.

-Hubo una época en la que se puso de moda la combustión interna -dijo Wrocky-. Pero no duró mucho. Los coches apestaban. A la gente que estaba dentro no le importaba, por supuesto, porque dejaban el hedor a sus espaldas. En el peor momento tuvimos más de doscientos automóviles paseándose por la ciudad de Detroit, envenenando el aire. Pero una noche los habitantes se alzaron como un solo hombre e hicieron pedazos todas aquellas máquinas. Y también a sus propietarios.

-Siempre he opinado que los hombres tienen un olfato más sensible que los trolls -comentó Worrel.

-Wrona se dio cuenta de mi olor mucho antes de que yo advirtiera el suyo. Wrocky, todo esto no nos lleva a ninguna parte. Tengo que regresar a mi casa. Parece que me he adaptado al aire, pero existen otras cosas. Los alimentos; nunca he comido otra cosa que levadura empobrecida; todos los demás alimentos se extinguieron hace mucho tiempo, por las bacterias.

Wrocky negó con la cabeza.

-Si intentas marcharte, Svetz, tu máquina del tiempo estropeada te llevará a ambientes cada vez más exóticos. Debe de haber mil posibilidades distintas de fin del mundo: suponte que vas a parar a una de ellas o simplemente que pasas a su lado.

-Pero...

-Aquí, en cambio, serás un huésped distinguido. ¡Piensa en la de cosas que puedes enseñarnos, tú que has nacido en una cultura capaz de construir máquinas del tiempo!

De modo que era eso.

-Oh, no, no podríais aprovechar las cosas que yo sé -dijo Svetz-. No soy un mecánico, no podría enseñaros a hacer nada. Además, os disgustan los efectos secundarios. Demasiadas cosas de las pasadas civilizaciones se han basado en la

petroquímica y en los plásticos. Quemar los plásticos produce algunas de las más extrañas...

-Pero por grandes que sean las reservas de petróleo, no duran indefinidamente. En vuestra época tenéis que haber desarrollado otras fuentes alternativas de energía. – Los ojos amarillos de Wrocky parecían atravesarle de lado a lado-. ¿La fusión controlada del hidrógeno, acaso?

-¡Yo no puedo deciros cómo hacerlo! -gritó Svetz desesperado-. ¡No sé nada de la física del plasma!

-¿Física del plasma? ¿Qué es la física del plasma?

-La utilización de campos electromagnéticos para manipular gases ionizados. Tienen que conocer ustedes la física del plasma.

-No, pero estoy seguro de que podrás darnos indicaciones muy valiosas. Tenemos ya bombas de fusión y también las tienen los europeos..., pero podemos hablar de todo eso más tarde. -Wrocky se puso en pie y sus uñas negras volvieron a presionar, hasta casi perforarla, la piel del brazo de Svetz-. Piensa sobre todo esto, Svetz. Oh, y pasea cuanto quieras por la casa, pero no salgas sin escolta. Los trolls, ya sabes.

Svetz salió de la habitación con la cabeza dándole vueltas. Los lobos no iban a dejarle marchar.

-Svetz, estoy encantada de que te quedes -decía Wrona-. Me gustas. Estoy segura de que te agradará vivir aquí. Voy a enseñarte la casa.

En mitad del pasillo lucía débilmente en la penumbra un globo escarchado, parecido a una luna llena encerrada en el interior de la casa. Nocturnos, eran seres nocturnos.

Lobos.

-Soy un xenófobo -dijo-. No puedo evitarlo, nací así.

-Oh, aprenderás a querernos. Yo ya te gusto un poco, ¿no es así, Svetz? -Alargó el brazo y le rascó detrás de la oreja. Un cosquilleo de placer inesperadamente intenso le recorrió el cuerpo, de modo que entrecerró los ojos.

-Por aquí -dijo ella.

-¿Adónde vamos?

-Quiero enseñarte a los trolls. Svetz, ¿es verdad que desciendes de los trolls? ¡Apenas puedo creerlo!

-Te lo diré cuando los vea -dijo Svetz. Recordó al Homo habilis del Vivarium. Había sido un hombre, un Asesor, hasta que el Secretario General lo condenó a involucionar.

Cruzaron el comedor y Svetz vio unos inconfundibles huesos en los platos. Se estremeció. Sus antepasados habían comido carne; los trolls eran simples animales aquí, fueran lo que fuesen en el mundo de Svetz, y... Svetz volvió a estremecerse. Sus pensamientos resultaban extraordinariamente vívidos, le dolía la cabeza. Tenía que salir de allí.

-Si crees que tío Wrocky es un tipo duro, tendrías que conocer al embajador europeo -dijo Wrona-. Tal vez llegues a conocerle.

-¿Viene por aquí?

-A veces. -Wrona emitió un gruñido suave-. No me gusta. Es de una especie diferente, Svetz. Aquí fueron los lobos los que evolucionaron hasta convertirse en hombres; por lo menos así nos lo enseñan los maestros. Pero en Europa fue distinto.

-No creo que tío Wrocky consienta que nos veamos. Ni siquiera creo que le hable de mí -dijo Svetz frotándose los ojos.

-Tienes suerte. Herr Drácula se deshace en sonrisas y dice impertinencias en un tono de voz almibarado. Basta un minuto para... ¡Svetz! ¿Qué te ocurre?

Svetz se retorcía como un hombre en estado agónico.

-¡Mis ojos! -palpó más arriba-. ¡Mi frente! ¡He perdido la frente!

-No te comprendo.

Svetz se palpaba la cara con las puntas de los dedos. Las cejas eran una oruga peluda sobre una gruesa, sólida protuberancia ósea. Desde la cordillera de las cejas la frente retrocedía en un ángulo de cuarenta y cinco grados. La barbilla también había desaparecido. Sólo aparecía una curva que iba desde la mandíbula hasta el gaznate.

-Estoy involucionando, me estoy convirtiendo en troll -dijo Svetz-. ¡Wrona, si me convierto en troll, me comerán!

-No lo creo. ¡Yo te defenderé, Svetz!

-No. Llévame a la jaula de extensión. Si no vienes tú conmigo, los trolls me matarán.

-De acuerdo, Svetz. Pero, ¿y el monstruo?

-Ahora será más fácil enfrentarme a él. Todo irá bien. Llévame allí, por favor.

-De acuerdo, Svetz.

Le tomó de la mano y le guió. El espejo no había mentido. Había estado cambiando desde entonces, adaptándose a esta ramificación de la historia. Primero sus pulmones habían perdido su adaptación al aire normal; aquí no había existido una era industrial. Pero tampoco había existido el Homo sapiens...

Wrona abrió la puerta. Svetz aspiró el aire de la noche. Su sentido del olfato se había hecho preternaturalmente agudo. Olió a los trolls antes de verlos, ascendiendo la colina en su dirección, sobre la verde alfombra viva. El deseo de disponer de un arma hizo que los dedos de Svetz se engarfiaran.

Eran tres. Formaron un círculo alrededor de Svetz y Wrona. Uno de ellos llevaba un hueso de gran tamaño. Iban erguidos sobre dos patas, pero caminaban incómodos, como si les dolieran los pies. Eran tan lampiños como los hombres. Cabezas de monos en cuerpos de hombres.

Homo habilis, el asesino de los simples monos. El antepasado del hombre.

-No les prestes atención -dijo Wrona en tono brusco- No nos harán daño. -Empezó a descender la ladera de la colina. Svetz la siguió de cerca-. En realidad no debería tener ese hueso -prosiguió-. Intentamos mantenerles alejados de los huesos, porque los usan como armas, y a veces se golpean los unos a los otros. Una vez uno de ellos se apoderó de la manivela de hierro de una regadora y mató con ella a un jardinero.

-No seré yo quien intente quitársela.

-Aquella luz pequeña, ¿es tu jaula de extensión?

-Sí.

-No estoy segura de que hagamos bien, Svetz -se detuvo de súbito-. Tío Wrocky tiene razón. Sólo conseguirás perderte más. Aquí al menos tienes quien te cuide.

-No, tío Wrocky estaba equivocado. Mira la parte oscura de la jaula de extensión y cómo se desvanece en la nada. Sigue sujeta al resto de la máquina del tiempo. Bastará con que tire de mí para regresar al punto de partida.

-Ah.

-Ignoro desde cuándo estará derivando la máquina por las líneas del tiempo. Tal vez desde que aquel maldito caballo metió su maldito cuerno por el tablero de control. Nadie se había dado cuenta antes. ¿Por qué iban a hacerlo? Nadie hasta ahora había parado una máquina del tiempo en mitad del camino.

-Svetz, los caballos no tienen cuernos.

-El mío sí.

Oyeron un ruido a sus espaldas. Wrona miró atrás, hacia una oscuridad que los ojos de Svetz no podían penetrar.

-¡Alguien debe de haberse dado cuenta de que no estábamos! ¡Corre, Svetz!

Tiró de él hacia la jaula iluminada. Se detuvieron delante de la puerta.

-Tengo la cabeza espesa -murmuró Svetz-. Y la lengua también.

-¿Qué vamos a hacer con el monstruo? No oigo nada...

-No hay monstruo, ahora. Sólo un hombre que padece de amnesia. Sólo era peligroso en la etapa de transición.

Ella se asomó al interior.

-¡Vaya, tienes razón! Señor, ¿le importaría...? Svetz, creo que no me entiende.

-Por supuesto que no. ¿Cómo iba a entenderte? Cree que es un lobo blanco del Ártico. -Svetz entró en la jaula. El hombre lobo de pelo blanco estaba acurrucado en un rincón, observándole cautelosamente. Se parecía mucho a Wrona.

Svetz se dio cuenta de que había cogido una rama rota de un árbol. Su mano debía de haberlo hecho sin recibir ninguna orden expresa del cerebro. Avanzó, enarbolando el arma. Una ira irrazonable crecía en su interior. ¡Invasor! Ese hombre no tenía nada que hacer aquí, en el territorio de Svetz.

El hombre lobo se escurrió a un lado, asustado, con los ojos achinados que se le salían de las órbitas. De un salto cruzó la puerta y desapareció a lo lejos, mientras los trolls le pisaban los talones.

-Tal vez tu padre podrá enseñarle -dijo Svetz.

Wrona examinaba los controles.

-¿Cómo funciona esto?

-Déjame ver. No estoy seguro de acordarme. -Svetz se rascó la frente cada vez más huidiza-. Esa palanca cierra la puerta...

Wrona tiró de ella. La puerta se cerró.

-¿No deberías salir afuera?

-Quiero ir contigo -dijo Wrona.

-Ah. -Pensar le resultaba muy difícil. Svetz examinó el tablero de control. A ver, a ver... ¿este botón? Svetz lo apretó. Caída libre. Wrona dio un grito. Sobrevino la gravedad, con vectores radiales en todas direcciones a partir del centro de la jaula de extensión. Los dos se sintieron proyectados contra las paredes.

-Cuando mis pulmones vuelvan a su estado normal, probablemente me quedaré dormido -avisó Svetz-. No te preocupes por eso. -¿Había algo más que tuviera que saber Wrona? Intentó recordar. Ah, sí-. No podrás volver a casa -dijo-.Nunca encontraremos de nuevo esta ramificación de la historia.

-Quiero quedarme contigo -dijo Wrona.

-Muy bien.

Después de una interminable espera, en la mole de la máquina del tiempo se formó niebla. La niebla se congeló abruptamente y apareció de regreso la jaula de extensión de Svetz, con varias horas de retraso. La puerta se abrió automáticamente, pero Svetz no salió por ella.

Tuvieron que extraerlo a rastras de aquel aire que olía a animal y madreselva.

-Estará bien dentro de unos minutos. Ponedle un filtro a esa otra cosa -ordenó Ra Chen. Y se quedó junto a Svetz con los brazos cruzados, esperando.

Svetz empezó a respirar. Abrió los ojos.

-Todo en orden -dijo Ra Chen-. ¿Qué te sucedió?

-Déjame pensar. -Svetz se incorporó-. Viajé hasta la América preindustrial. Estaba todo nevado... Maté un lobo.

-Lo hemos metido en una tienda aislante. ¿Y luego qué?

-No, el lobo huyó. Lo echamos fuera. -Svetz abrió unos ojos como platos-. ¡Wrona!

Wrona yacía a su lado, en la tienda filtro. Tenía un pelaje espeso y lustroso, blanco con mechones negros. Su estructura era parecida a la de un lobo, pero más compacta, con la cabeza grande, el hocico más corto y una cola alzada y curva. Tenía los ojos cerrados y no parecía respirar.

Svetz se puso de rodillas.

-¡Ayúdame a sacarla de aquí! ¿Es que no puedes ver la diferencia entre un lobo y un perro?

HOMBRE DE ACERO, MUJER DE KLEENEX

Es más rápido que una bala toda velocidad. Es más poderoso que una locomotora. Es capaz de rebasar los edificios más altos de un solo salto. ¿Por qué no puede conseguir una chica?

A la madura edad de treinta y un años, Kal-El (alias Superman, alias Clark Kent) sigue aún soltero. Casi con toda seguridad aún es virgen. Esto es un asunto serio. ¡La propia especie está en peligro!

Un Superman sin lazos familiares es un Superman móvil. Ésa, han argumentado quienes redactan la crónica de las aventuras del Hombre de Acero, es la causa de su condición. Pero no hay que culpar a los guionistas y dibujantes de cómics.

Por lo demás, Superman no padece ningún problema psicológico.

De acuerdo en que el pobre tonto no está enteramente cuerdo. ¿Cómo podría estarlo? Es un huérfano, un refugiado y un alienígena. Su hogar ya no existe en ninguna forma, excepto en gigatoneladas sobre gigatoneladas de peligrosas y lindamente coloreadas rocas.

Tanto de niño como de joven, Kal-El debió hallar difícil encontrar una adecuada figura paterna. ¿Qué humano podía controlar su comportamiento antisocial? ¿Qué humano se atrevía a intentar castigarle? Su comportamiento real, muy social durante aquel período, indica una contención inhumana.

¿Sería extraño que Superman derivara gradualmente hacia la esquizofrenia? Desgarrado entre sus identidades humana y kriptoniana, eligió ser ambas cosas, y mantuvo sus personalidades escindidas rígidamente separadas. Es evidente una desesperación psicópata en su defensa de su "identidad secreta".

Pero los problemas sexuales de Superman son estrictamente fisiológicos, y absolutamente reales.

La finalidad de este artículo es señalar algunos inconvenientes médicos de ser un kriptoniano entre seres humanos, y sugerir algunas posibles soluciones. No se debe permitir que el humanoide kriptoniano siga el mismo camino que el pterodáctilo y la paloma silvestre norteamericana.

I

¿Qué significa ser un kriptoniano?

Superman es un alienígena un extraterrestre. Su constitución bumanoide es sin duda el resultado de una evolución paralela, como los marsupiales de Australia se parecen a sus contrapartidas mamíferas. Un nicho específico en la ecología requiere cierta forma, cierto tamaño, ciertas capacidades, ciertos hábitos alimentarios.

No nos dejemos engañar por las apariencias, Superman no es un pariente del Homo sapiens.

¿Qué despierta el ansia de apareamiento de Kal-El? ¿Exhibían las mujeres kriptonianas algún sutil indicio de apareamiento en momentos determinados del año? Sea lo que sea, es probable que Lois Lane no lo tenga. Podemos especular que su olor no es el correcto, menos parecido al de una mujer kriptoniana que al de un mono terrestre. Un apareamiento entre Superman y Lois Lane parecería sodomía... y lo sería, por supuesto, tanto para la iglesia como para la ley común.

II

Supongamos un apareamiento entre Superman y una mujer humana, designada LL por conveniencia.

O bien Superman se ha vuelto completamente esquizo y cree realmente ser Clark Kent, o sabe lo que está haciendo pero ya no le importa un pimiento. Tiene visión de rayos X; sabe exactamente qué es lo que se está perdiendo.

El problema es éste. Los electroencefalogramas tomados a hombres y mujeres durante las relaciones sexuales muestran que el orgasmo se parece a "una especie de ataque epiléptico placentero". Uno pierde el control sobre sus músculos.

Se sabe que Superman deja accidentalmente sus huellas dactilares en el acero y en el cemento endurecido. ¿Qué le haría a la mujer que tuviera entre sus brazos durante ese momento de ataque epiléptico?

III

Consideremos la urgencia de embestidas que se establece entre un hombre y una mujer, la monomaníaca urgencia de conseguir una mayor y mayor penetración. Recordemos también que estamos hablando de músculos kriptonianos.

Superman aplastaría literalmente el cuerpo de LL en sus brazos, al tiempo que la abriría en canal desde la ingle hasta el esternón, destripándola como una trucha.

IV

Finalmente, le saltaría la tapa de los sesos.

La eyaculación del semen es enteramente involuntaria en el macho humano y en todas las demás formas de vida terrestre, Sería irrazonable suponer otra cosa de un kriptoniano. Pero, con los músculos kriptonianos detrás, el semen de Kal-El emergería con la velocidad con que una bala de ametralladora sale de la boca del arma.

En vista de lo antedicho, el sexo normal es imposible entre LL y Superman.

La inseminación artificial puede darnos mejores resultados.

V

Primero debemos recoger el semen. Los glóbulos emergerán a velocidades transónicas. Superman debe primero eyacular, luego volar frenéticamente tras su semen para atraparlo en un tubo de ensayo. Suponemos que hará todo esto en la Luna, tanto por intimidad como para impedir que el semen estalle en vapor al golpear el aire a tales velocidades.

Puede atrapar el semen, por supuesto, antes de que se evapore en el vacío. Él es más rápido que una bala a toda velocidad.

Pero, ¿podrá conservarlo?

Todas las formas conocidas de vida kriptoniana tienen superpoderes. Lo mismo ha de ser cierto para los espermatozoides kriptonianos vivos. Podemos suponer razonablemente que los espermatozoides kriptonianos son vulnerable sólo al hambre y a la kriptonita verde; que pueden viajar con igual facilidad a través del agua, aire, vacío, cristal, ladrillo, acero hirviendo, acero sólido, helio líquido o el núcleo de una estrella; y que son capaces de velocidades translumínicas.

¿Qué tipo de tubo de ensayo contendrá a un organismo así?

Los espermatozoides kriptonianos y sus inusuales poderes nos proporcionarán más problemas. Por el momento supondremos (porque debemos hacerlo) que tienden a permanecer en el líquido seminal, que a su vez tiende a mantenerse en reposo en un simple tubo de ensayo de cristal. Así, Superman y LL podrán realizar la inseminación artificial.

Al menos habrá otra generación de kriptonianos.

¿O no?

VI

Un óvulo maduro pero no fertilizado abandona el ovario de LL e inicia su viaje hacia abajo por la trompa de Falopio.

Algún tiempo más tarde, decenas de millones de espermatozoides, liberados de un tubo de ensayo, inician su viaje hacia arriba por la trompa de Falopio de LL.

El momento mágico se acerca…

¿Pueden los humanos procrear con kriptonianos? ¿Usamos el mismo código genético? En este aspecto, LL podría procrear más fácilmente con una mazorca de

maíz que con Kal-El. Pero puede producirse una coincidencia. Si los genes se corresponden...

Un espermatozoide llega antes que los otros. Penetra en el óvulo, forma un bulto en su superficie. La pared celular se engrosa para impedir que entren otros espermatozoides. Dentro del ahora fertilizado óvulo empiezan a producirse cambios...

Y diez millones de espermatozoides kriptonianos llegan ligeramente tarde.

Si fueran espermatozoides humanos, habrían tenido mala suerte. Pero esas pequeñas cosas ciegas son más poderosas que una locomotora. La pared engrosada de una célula no las detendrá. Todos penetrarán en el óvulo, arrasándolo por completo en una orgía de microscópica violación en masa. Primer problema para la inseminación artificial.

Pero los problemas de LL recién acaban de empezar.

VII

Dentro de su cuerpo hay aún decenas de millones de frustrados espermatozoides kriptonianos. El único óvulo es ahora demasiado difuso para constituir un blanco. Los espermatozoides se dispersan.

Se dispersan sin tener en cuenta lo que hay en su camino. Dejan curvos canales, microscópicamente pequeños. Finalmente todos hallarán su camino al aire libre.

Eso deja a LL con varios millones' de microscópicas perforaciones que conducen todas ellas hasta lo más profundo de su abdomen. La mayoría de esos canales intersectarán una o más vueltas del intestino.

La peritonitis es inevitable. LL se pone desesperadamente enferma.

Mientras tanto, decenas de millones de espermatozoides flotan en enjambre en el aire sobre Metrópolis.

VIII

Esto es más serio de lo que parece.

Tengamos en cuenta que esos espermatozoides son virtualmente indestructibles. Al cabo de unos pocos días o semanas morirán por falta de alimento. Mientras tanto, sin embargo, son invulnerables al calor, el frío, el vacío, las toxinas o cualquier otra cosa excepto la kriptonita verde. Ahí están, minúsculos pero peligrosos; porque cada uno de ellos tiene poderes supernormales.

Metrópolis se ve sacudida por diminutas explosiones sónicas. Agujeros de gusano carbonizados por el calor meteórico, brotan mágicamente en todo tipo de cosas: superficies de cristal, obras de albañilería, cerámica antigua, batidoras eléctricas, madera, animales domésticos y ciudadanos. Algunos de los espermatozoides impactarán a la velocidad de la luz. La noche de Metrópolis cobra vida con una red de finas y fantasmagóricas líneas azules de radiación de Cherenkov.

Y mujeres a las que Superman no ha conocido nunca se descubren de pronto en una delicada situación.

Consideremos: LL no quedará embarazada debido a que hay demasiados de esos ciegos bichos sin mente. Pero cada vez que un espermatozoide se aproxime a un óvulo humano no fertilizado en su frenética huida, atacará.

¿Cuán cerca es bastante cerca? ¿Unos cuantos centímetros? ¿Se sienten atraídos los es espermatozoides por indicadores químicos? Parece probable. Metrópolis tiene una población de millones de habitantes; y un espermatozoide kriptoniano puede viajar siguiendo un camino largo y tortuoso, miles de millones de kilómetros, antes de renunciar y morir.

Varios miles de benditos acontecimientos de este tipo no parecen improbables.

A todo lo cual seguirán varios miles de demandas judiciales. No es que Superman no pueda permitirse pagar. Existe un truco cuando uno estruja un trozo de carbón hasta darle la forma de un diamante alotrópico...

IX

El análisis anterior nos proporciona parte de la respuesta. En nuestro experimento de inseminación artificial, debemos usar un solo espermatozoide. Esto no presenta ninguna dificultad. Superman puede utilizar su visión microscópica y unas pinzas diminutas para escoger un espermatozoide de entre el enjambre.

X

En su ansiedad, este espermatozoide aislado puede lanzarse a través del abdomen de LL a velocidades transónicas, causando estragos a su paso. ¿Hay alguna forma de frenarlo?

La hay. Podemos exponerlo a la kriptonita dorada.

La kriptonita dorada, recordemos, despoja permanentemente a un kriptoniano de todos sus poderes supernormales. Si expusiéramos al propio Superman a la kriptonita dorada, resolveríamos todos sus problemas sexuales, pero se convertiría en Clark Kent para siempre. Puede que consideremos esta solución un tanto drástica.

Pero podemos exponer el tubo de ensayo de fluido seminal a la kriptonita dorada y luego utilizar técnicas estándar para la inseminación artificial.

Con cualquiera de estos métodos podemos dejar a LL embarazada sin matarla. ¿Hemos resuelto ya todos los problemas?

XI

Pese a la exposición a la kriptonita, el espermatozoide sigue siendo portador de genes kriptonianos. Si son recesivos, entones LL desarrollará un feto humano. No habrá más Superman, pero al menos no tendremos que preocuparnos por la salud de la madre.

Pero si alguno o todos los genes kriptonianos son dominantes...

¿Puede el niño usar su visión de rayos X antes del nacimiento? Después de todo, con ese poder, probablemente pueda ver a través de sus propios párpados cerrados. Eso dejaría a LL estéril. Si el niño empieza a usar su visión de calor, entonces las cosas pueden ponerse peores.

Pero cuando empiece a dar patadas, todo habrá terminado. Se abrirá camino a patadas al exterior, matándose a sí mismo y a su madre.

XII

¿Hay alguna solución?

Hay varias. Cada una de ellas tiene sus inconvenientes. Podemos hacer que LL lleve un cinturón de kriptonita alrededor de su talle. Pero demasiada poca kriptonita puede permitir al niño hacerle daño, mientras que demasiada cantidad puede dañar o matar al niño. ¡Las cantidades intermedias pueden hacer ambas cosas! Y no hay ninguna forma segura de experimentar.

Lo mejor es hallar una madre anfitriona.

Todavía no hemos tomado en consideración la existencia de Supergirl. Ella podría gestar al niño sin ningún problema. Pero Supergirl tiene una identidad secreta, y su identidad secreta no está más casada que la propia Supergirl. Si se exhibiera embarazada, probablemente sería expulsada de la escuela.

Una solución mejor puede ser implantar el feto en desarrollo en el propio Superman. En el abdomen de un hombre hay lugares donde un feto podría extraer el alimento adecuado, creciendo como un parásito, y donde no causaría ningún daño indebido a los órganos que lo rodearan. Presumiblemente Clark Kent puede tomarse unas largas vacaciones más fácilmente que el alter ego escolar de Supergirl.

Cuando llegara el momento, el niño podría ser extraído mediante una cesárea. Tendría que ser extraído pronto, pero no habría ningún problema con las incubadoras en tanto fuera alimentado. Dejo el problema de cortar la piel de Superman como un ejercicio para el lector alerta.

La mente se tambalea ante la imagen de un Superman embarazado patrullando los cielos de Metrópolis. Batman rechazaría ser visto con él; extraños nuevos chistes circularían en las prisiones..., y la raza de Kripton estaría segura al fin.

FIN

LÍMITES

Jamás los hubiera oído si el sistema de sonido no se hubiera ido al cuerno. Y si no hubiera sido una de esas noches frenéticamente atareadas, quizá hubiera podido hacer algo al respecto.

Pero una de las grandes naves de pasajeros chirpsithra iba a partir del Espaciopuerto de Monte Forel al cabo de dos días. El imperio comercial de los chirpsithra ocupa la mayor parte de la Galaxia, y el Sistema Solar no se puede decir que esté situado en el centro. Una horda de pasajeros había llegado con mucha antelación, por miedo a quedarse en tierra. Y la Taberna de Draco estaba atestada.

Yo estaba rebuscando bajo el mostrador, cuando empezó el sonido. Di un respingo. Eran dos voces, alternadamente: un gorjeo monótono y un sonido que hacía vibrar los huesos y recordaba a una tremenda puerta que se abriese incesantemente sobre unas bisagras oxidadas.

Normalmente, lo que se oye en la Taberna de Draco acostumbraba a dejar a la Torre de Babel al nivel de un puro monólogo; y esto era un problema grave antes que se hiciese instalar el sistema de sonido. ¡Imagínense: treinta o cuarenta seres de una docena de especies, incluyendo la humana, todos hablando a la vez, con cualquier timbre y volumen, y con sus aparatos traductores también aullando! Algunas especies, como la srivintish, no hablan con sonidos, pero tampoco se dan cuenta del continuo escric-escrec que producen sus espiráculos. Otras cantan; bueno, ellos dicen que eso es cantar y que el canto es un rito religioso..., así que, ¿cómo iba a impedírselos?

La solución era un sistema de amortiguación selectiva, y un equipo de técnicos de sonido para mantener el sistema en perfecto funcionamiento. Puedo permitírmelo; de todas maneras, cobro precios muy altos, aunque sólo sea por la variedad de productos que debo tener en el almacén para servir a cualquier ser que pueda entrar en el local. Pero, a veces, el sistema de amortiguación del sonido falla.

Hallé lo que andaba buscando: un recipiente de doble pared, que hasta entonces jamás había usado, que contenía algo a lo que yo llamaba kryptonita verde; y les serví piedrecitas verdes fosforescentes a cuatro alienígenas que estaban metidos en tanques ambientales globulares. Estaban en otras tantas mesas, departiendo con otras cuatro especies distintas. Nunca antes había visto a un cresta rosada; ondeando en el turbio fluido que había dentro del globo transparente, su cresta o aleta dorsal era triangular, de color rosa, frágil como la gasa, e iba desde uno a otro extremo de un cuerpo que parecía el de un gusano aplastado.

Allá entre las mesas reinaba casi el silencio, excepto dentro de las burbujas de sonido que rodeaban a cada mesa. Así que no era un fallo total. Pero cuando regresé tras la barra el sonido continuaba allí.

Traté de ignorarlo. Desde luego no me iba a poner a reparar en ese momento el sistema de sonido. No con algo así como medio centenar de parroquianos, de al menos diez especies distintas, que reclamaban mi atención. Preparé consomé con vodka para cuatro gligs, y unas jarras, del tamaño de dedales, con un fluido helado con una mezcla de amoníaco, para una docena de bichos amarillocromados del tamaño de una petaca de whisky. Y el diálogo continuaba: un gorjeo agudo contra un resonante bajo metálico. Pero lo que más nervioso me ponía era el modo en que los sonidos parecían estar siempre al borde de tener algún significado.

Finalmente, conecté el traductor. Quizá fuera menos molesto si oía aquello en inglés.

Y oí:

—...dado cuenta de cómo siempre están hablando de límites?

—¿Límites? ¡No le entiendo!

—El límite de la velocidad de la luz. Las resistencias teóricas de los metales, de los cristales, de las aleaciones. Las masas mayores y menores con las cuales un objeto invisible puede ser una estrella de neutrones. El tiempo y costo máximo para que se lleve a cabo un proyecto de investigación. La relación de la superficie con respecto al volumen para el tamaño máximo de un ser de un diseño determinado...

—¡Pero eso es algo con lo que toda raza sapiente se topa!

—Sí, ciertamente hallamos límites. Pero, en el caso de los humanos, los límites es lo primero que buscan.

Así que estaban hablando de los nativos, de nosotros. Eso es algo que los alienígenas hacen a menudo. Sus puntos de vista pueden resultar fascinantes, pero a la larga resultan aburridos. Dejé que el sonido me entrase por un oído y saliera por el otro, mientras buscaba otra docena de jarras de amoníaco y las ponía en la bandeja de Gail junto con un par de cubalibres. Ella fue a servírselos a los pequeños bichos amarillos, que ahora estaban colocados en formación de herradura al borde de su mesa, hablando animadamente con dos sociólogos humanos.

—Es su modo de pensar —dijo una de las voces—. Se ponen unos límites tremendamente complejos los unos a los otros. Categorías profesionales enteras, denominadas los jueces y los abogados, dedican la totalidad de sus vidas a determinar qué humano ha violado tal o cual límite. Y otra profesión, la de los políticos, altera esos límites arbitrariamente.

—No parece muy divertido.

—Pero se ven obligados a jugar ese juego. Debe usted haberse dado cuenta: los límites que hallan en el Universo y los límites que se ponen los unos a los otros tienen el mismo nombre: ley.

Había ya determinado que el gorjeante era el que estaba llevando el peso de la conversación. Muy bien. Ahora, otra cosa: ¿quiénes eran los que hablaban? Dos voces pertenecientes a dos especies radicalmente distintas...

—La comunidad interestelar conoce todos esos límites en diferentes formas.

—¿Los conocemos todos? El principio de Gödel pone un límite a la perfectibilidad de un sistema matemático. ¿A qué especie se le hubiera ocurrido idear una cosa así? A la mía no...

—Ni a la mía tampoco, supongo. Y, sin embargo...

—Los humanos fuerzan sus límites. Es lo primero que hacen al enfrentarse con cualquier problema. Y cuando descubren dónde se hallan los límites, van buscando la información que les falta, hasta que el límite estalla. Y, cuando rompen un límite, buscan el límite que hay más allá.

—Me pregunto si no...

Creí tenerlos localizados. Sólo una de las mesas para dos estaba ocupada, por un chirpsithra y una mujer de aspecto asombrado. No. De quien yo sospechaba era de un trío: uno de los cresta rosada y dos clientes, cuadrados y compactos, que llevaban chillones dibujos en sus exoesqueletos. Los seres de esqueleto externo habían estado fumando cigarros de tabaco bajo sendas campanas de humo. Ahora, uno de ellos parecía estar durmiendo. El otro agitaba gruesos brazos, gesticulando mientras hablaba.

Oí:

—He pensado en algo. Mis antepasados salvajes solían morir cuando llegaban a una cierta edad. Cuando ya no pudimos seguir procreando, la evolución acabó para nosotros. Ahora tenemos en nuestro interior un mecanismo de autodestrucción biológico.

—Ocurre lo mismo con los humanos. Pero mi gente nunca muere, a menos que nos maten. Nos fisionamos. Y nuestras memorias se remontan a muy, muy atrás.

—Aunque diferimos en esto, el resultado es el mismo. En algún punto de nuestro oscuro pasado descubrimos que podíamos posponer nuestras muertes. No

desarrollamos una civilización hasta que los individuos pudieron vivir lo suficiente como para alcanzar la sabiduría. Nos sacudimos el límite fundamental de nuestros cascarones antes de expandirnos por el mundo, y luego por el Universo. ¿Y acaso no es eso igualmente cierto para la mayoría de las razas que viajan por las estrellas? En la especie de los pfarth un individuo elige la muerte sólo cuando está muy aburrido. Los chirpsithra ya tenían largas vidas antes que llegasen a las estrellas, y los gligstith(clic)optok aún fueron más lejos, con su fascinación por los arreglos en la herencia genética...

—¿Acaso le sorprende que los seres sapientes luchen por extender sus vidas?

—¿Sorprenderme? No, pero los humanos aún se enfrentan con un límite en la extensión de su vidas. El límite que es la muerte tiene una inmensa influencia en su poesía. Y quizá piensen de un modo distinto al resto de nosotros en otras cosas. Tal vez hallen verdades que nosotros ni buscamos.

Un rechinar de metal sobre metal que no fue traducido. ¿Una carcajada? Y luego:

—Especula usted de un modo irresponsable. ¿Acaso su forma única de enfrentarse con las cosas les ha hecho saber algo que nosotros desconozcamos?

—¿Y cómo puedo saberlo? Sólo he estado en este mundo tres de los años locales. Sus bibliotecas son muy grandes; sus sistemas de recuperación de la información que contienen, muy malos. Pero ahí está el Principio de Gödel; y el Principio de la Incertidumbre de Heisenberg es un límite a lo que uno puede descubrir al nivel cuántico.

Una pausa.

—Debemos ver si otra especie ha duplicado eso. Mientras tanto, quizá debiera hablar con otro visitante.

—No entiendo. ¿Me lo explica?

—¿Recuerda que le hablé de cierto mercader gligstith(clic)optok?

—Lo recuerdo.

—¿Conoce usted su habilidad en la biología de los mundos acuáticos? Pues éste ha venido a la Tierra con una técnica para mantener y restaurar en los humanos su estado de inicios de la madurez. El tratamiento es muy complejo, pero con suficientes clientes los costos bajarían, o al menos eso dice el mercader. Tengo que persuadirle para que no haga esa oferta a los nativos.

—¡Estoy de acuerdo! ¡Eliminar el límite de la muerte afectaría de un modo drástico la psicología de los humanos!

Uno de los seres con esqueleto externo se estaba levantando. Las voces dejaron de oírse mientras yo daba la vuelta a la barra y me dirigía a la mesa que había seleccionado, sin una clara idea de lo que les iba a decir. Entré en la burbuja de sonido que rodeaba a los dos seres de exoesqueleto y al cresta rosada y dije:

—Perdonen la interrupción, sapientes...

—Está usted uniéndose a un velatorio —dijo el aparato traductor del tanque.

—Mi compañero ha elegido morir —me explicó el ser del esqueleto externo—. Quiso compartir un último cigarro.

Se inclinó, alzó a su compañero muerto en sus brazos y se dirigió hacia la puerta.

El cresta rosada también se marchaba, haciendo rodar su pecera esférica hacia la salida. Y me di cuenta que su voz no había atravesado el turbio fluido del interior. Ni gorjeo, ni un bajo que estremecía los huesos. Me había equivocado de mesa.

Miré en derredor y no encontré a ningún otro par de candidatos. Y, sin embargo, alguien de allí dentro acababa de condenar, como el que no quiere la cosa, a toda la Humanidad (¡y a mí mismo!), a la vejez y a la muerte...

¿Y ahora, qué? Quizá hubiera estado escuchando varias voces. Cuando uno oye a una especie nueva, las voces de todos sus miembros le parecen iguales, y algunos alienígenas jamás se interrumpían los unos a los otros.

¿Los pequeños bichos amarillos? ¡Pero si estaban con unos humanos!

¿Cascarones? Las voces habían mencionado cascarones..., pero hay demasiados alienígenas que tienen exoesqueletos. De acuerdo, un chirpsithra hubiera hablado ya, no saben estarse callados. Así que podía eliminar toda mesa en la que hubiera un chirp. O un cresta rosada. O esos srivintish: hubiera escuchado el escric-escrec de su respiración. O el enorme ser gris que parecía estar cantando. Eso dejaba... media docena de mesas, y no podía entrometerme en tantas.

¿No habrían salido mientras yo estaba distraído?

Volví a la carrera tras la barra y escuché, y no oí nada. Y mi mente, que daba muchas vueltas, sólo podía hallar límites.

F I N

Título Original: Limits © 1981.
Digitalizado, Revisado y Editado Electrónicamente por Arácnido.
Revisión 2.

Vuela de noche

Las ventanas de la Odysseus habían sido lumbreras. Las puertas se habían convertido en esclusas. Recorrí el corredor comprobando los números. ¡Llevábamos siete días aguardando a que los alienígenas aparecieran por la sala principal de la nave, y nada!

Nada hasta ahora. Me sentía bien. Excitado. Avanzaba a toda prisa, no por la urgencia, sino porque podía. Había esperado alcanzar Hogar como carne congelada en uno de esos módulos de carga Clase Hielo, y en cambio aquí estaba.

Llegue al 36, me incliné y pulsé el timbre. Justo en el momento en que la puerta giraba hacia abajo, recordé no sonreír.

Me respondió una pesadilla.

Parecía como un pulpo bajo el agua, excepto por la chaqueta. En la raíz de sus cinco segmentos cola de anguila, cada uno de ellos de metro veinte de largo, cinco ojos alzaron la vista hacia mí. Nunca vemos a los jotoki lo bastante a menudo como para acostumbrarnos a ellos. Sus miembros se aferraban a una escalerilla que cruzaba el techo de la cabina cuando funcionaban los generadores de gravedad.

- Entidad Legal Paradójico –dije–, tengo asuntos urgentes que tratar con la Entidad Legal Vuela De Noche.

- Los asuntos con mi amo... –empezó a decir el jotok en el momento en que su amo aparecía debajo de la escalerilla donde estaba colgado él.

Ésta era la pesadilla que había estado esperando: de doscientos cincuenta a trescientos kilos de pelaje naranja y siena, franjas siena marcando el rostro, dientes con agujas exhibiendo tan sólo las puntas, y alzando la vista hacia mí desde la embocadura de un pozo. Vuela De Noche llevaba una especie de chaqueta de cuero, con bolsillos por todas partes, y botones o corchos en cada una de las puntas de las diez garras de sus dedos.

- ...pueden tratarse fácilmente de forma virtual –concluyó el jotok.

Lo que había estado a punto de decir se borró de mi cabeza. Pregunté:

- ¿Por qué los botones?

Los labios se retrayeron ligeramente sobre un bosque de dientes de carnívoro. La Entidad Legal Vuela De Noche preguntó:

- ¿Quién es usted para interrogarme?

- Martin Wallace Graynor –dije. Reflejo condicionado.

Las lecturas que había efectuado sugerían que una sonrisa asesina dejaba a un kzin completamente mudo, capaz de expresarse tan solo a través de la violencia. De hecho, sus labios deseaban retraerse a fondo, y eso hizo que su habla intermundos sonara confusa:

- Entidad Legal Graynor, ¿bajo qué autoridad usted me interroga a mí?

El humor burlón es algo innato en mí. Me palmeé elaboradamente los bolsillos.

- La tengo por alguna parte...

- ¿Debemos buscarla por usted?

- Yo...

- ¿Grabada en su hígado?

- Tengo una idea. ¿Podemos dejar de hacer preguntas impertinentes?

- Una clara solución. –Silenciosamente la puerta giró hacia arriba.

Ring.

El jotok estaba situado aún entre yo y su irritado amo, que todavía llevaba botones en sus garras y ahora estaba sonriendo. Dije:

- No me mate. El capitán tiene extrema necesidad de usted, y desea que acuda a la estación principal de trabajo a toda prisa.

El kzin saltó directamente hacia arriba dando una media vuelta para pasar más allá del jotok y se empujo al corredor. Di un apreciable salto hacia atrás.

- ¿Sabe por que el capitán puede haber hecho esa petición? –preguntó Vuela De Noche.

- Puedo suponerlo. La prisa es apropiada.

- ¿Ha tomado en consideración usar el intercomunicador o el correo virtual?

- Puede que el capitan Preiss tema que ellos puedan escuchar nuestra electrónica.

- ¿Ellos?

- La nave espacial kzinti. El capitán confía en que pueda usted identificarla y ayudarnos a negociar.

Se despojó de los corchos y los dejó caer en un bolsillo. Sus labios tenían ahora la expresión correcta.

- Esa estación principal de trabajo ¿es una sala de control o un puente?

- Le guiaré.

El kzin tenía un aspecto como retorcido a causa de alguna vieja herida. Su equilibrio estaba un poco descentrado. Su cola rosa carente de pelo golpeaba a uno y otro lado, en busca de equilibrio o por pura irritación. La punta golpeaba ambas paredes, toc, toc, toc. Me vería azotado hasta que brotara la sangre si intentaba caminar a su lado. Permanecí delante.

El jotok nos seguía a una respetable distancia de la cola. Llevaba una especie de chaqueta con cinco agujeros para los brazos, llena de bolsillos. Usaba cuatro de sus miembros como piernas. Mantenía rígido uno de ellos. Pensé en un kzin tullido comprando un jotok tullido..., pero Paradójico se había mostrado bastante ágil moviéndose por la escalerilla. Se me pasaba algo por alto.

El archivo sobre los jotoki decía que había que llamarlos ellos, en plural; pero eso simplemente no parecía correcto.

- Piratería –dijo el kzin–. Eso explicaría por qué todo está de su lado.

- Si. Quemaron nuestro impulsor. El capitán tuvo que hacernos girar con los chorros direccionales.

- No conozco esa arma. Hábleme de la nave –dijo–. ¿Una? ¿Kzinti?

- Una nave apareció a nuestra espalda y disparó contra nosotros mientras pasaba. Es un poco más pequeña que la Odysseus. Luego nos llamó un kzin. Un acto de guerra, dijo. Hablaba intermundos..., no tan bien como usted. –Vuela De Noche hablaba como si hubiera crecido entre humanos. Quizá procedía de Fafnir–. La nave se detuvo a treinta millones de kilómetros de distancia y envió un bote. En estos momentos está de camino hacia aquí. Nuestros telescopios han captado en él marcas en la lengua de los héroes. No podemos leerlas.

- Si estábamos viajando más rápido que la luz, no podíamos ser interceptados –dijo el kzin–. ¿Ha tomado su capitán en consideración eso?

-Sería mejor que preguntara: ¿por qué estamos fuera de hiperimpulso? Entidad Legal Vuela De Noche, hay una enorme región de estrellas en formación entre Fafnir y Hogar. Ir a través de la Abertura Tao por el espacio einsteiniano es más fácil y nos proporciona una vista maravillosa, pero ahora estamos dentro de él. Atrapados. No podemos enviar una llamada de ayuda por hiperonda, no podemos saltar a hiperimpulso, porque hay demasiada masa a nuestro alrededor.

- La Odysseus no tiene armas –dijo el kzin.

- No poseo ningún rango a bordo de la Odysseus. Ignoro de que armas disponemos. –Y aunque lo supiera tampoco se lo diría a un kzin.

- Me enteré de eso antes de subir a bordo –dijo–. La Odysseus es una nave modular de carga. Algunos de los módulos son cabinas para pasajeros. Empresas Exteriores puede montar módulos de armas, pero nunca lo hacen. Ninguna de sus otras naves son mejores que ésta. La otra nave, ¿cómo está armada?

- Parece una arcaica nave de guerra kzinti, desarmada. Los tubos están cerrados y sellados. No hemos podido mirar muy de cerca, pero naves de ese tipo recorren todo el espacio conocido desde antes de que yo naciera. A una nave kzinti armada

nunca se le permitiría posarse en ninguna parte. Lo que inutilizó nuestros motores de gravedad no aparece en la nave. Debe de estar en el bote.

-¿Por qué es tan largo este pasillo?

La Odysseus era un grueso disco con los motores y los depósitos de combustible en el centro, un corredor que recorría el perímetro, encajes para amarrar camarotes y módulos de carga. Esa forma hace que resulte más fácil girar si ocurre algo en los motores..., cosa que era todavía bastante común hacía un siglo, cuando fue construida.

En el display que mostraba el mapa de la nave había observado que algunos módulos de camarotes estaban ampliamente separados del resto, de modo que eché un vistazo al manifiesto de pasajeros. Esto me condujo a saber de la presencia del kzin y del jotok. El primer secreto del turismo es: léelo todo.

- Algunas Entidades Legales puede que decidieran no poner a un kzin demasiado cerca de los pasajeros humanos –dije–. Les pusieron a ustedes dos en una suite para cuatro pasajeros y la montaron en un extremo del círculo de una hipotética esfera de reloj. Mi camarote individual y dos doble y los aposentos de la tripulación y un autodoctor se hayan todos en el otro extremo del círculo. –Eso situaba el módulo de los alienígenas al lado mismo de la Sala Principal, pero el mismo estúpido que lo colocó allí debió de sellar el acceso a ésta desde la suite de los alienígenas. Pese a todos los Convenios, a alguna gente no le gusta conceder derechos civiles a los kzinti.

Aunque sería mejor que no dijera nada de aquello.

- Nosotros somos los otros únicos pasajeros vivos. Los módulos intermedios son de carga, de modo que ésos –di una palmada a una puerta– no se abren nunca durante el viaje.

- Si no es usted un oficial de la nave –preguntó el kazin– ¿cuál es su lugar en el puente?

- Empresas Exteriores se preparaba para congelarme –dije–. La policía shashter lo impidió. Tenían que hacerme algunas preguntas relativas a un asesinato.

- ¿Ha matado usted a alguien? –Sus orejas se agitaron como pequeños abanicos rosas. Había captado su interés.

- Yo no maté a Ander Smittarasheed. Se había llevado a algunos polis por delante, y uno de ellos era un agente del ARM. Los ARM son...

- Los policías de las Naciones Unidas y el brazo armado del sistema de Sol, pero su influencia se extiende a través de todo el espacio humano.

- Bien, no podían interrogar a Smittarasheed, y yo había cenado con él unos pocos días antes. Les dije que nos conocimos en Pacífica City, en un juego de guerra acuática..., satisfice todas sus posibles sospechas y me dejaron libre. Llegué justo a tiempo para embarcar, y demasiado tarde para que me congelaran y me metieran en el módulo de carga. En consecuencia Empresas Exteriores aumentó gratuitamente la categoría de mi billete. Muy generoso por su parte.

- Así que Milcenta y Jenna, mi compañera y mi hija, están congeladas en uno de ésos –di una palmada a una puerta–, y yo estoy aquí dentro, volando en Primera Clase tras pagar solo por Clase Hielo. Mi cabina es apenas un armario, así que cabe esperar que pasemos la mayor parte de nuestro tiempo en la sala principal. Por aquí. –Abrí camino.

En este viaje éramos dos miembros humanos de la tripulación, cinco pasajeros humanos y los alienígenas. La sala principal tenía cabida para más de tres veces esa cantidad. Espirales de divanes y mesas cubrían el suelo, con considerable espacio por encima como para poder bailar en caída libre. Esa posibilidad, sin embargo, no solía ser muy utilizada.

Una cúpula de observación exponía la mitad del cielo sobre nuestras cabezas. Ahora se abría a una tremenda vista de la Nebulosa Semillero.

Debido al giro de la gravedad, varios reservados y estaciones de trabajo habían resbalado hacia una de las paredes y trepado a ella. Había una gran compuerta

estanca. Las estaciones de trabajo formaban dos módulos de escritorio/asiento en el centro.

Hans y Hilde Van Zild estaban en uno de los reservados. Volvían de Fafnir a Hogar, del que eran nativos, y permanecían todo el rato con las manos unidas sin hablar. Los últimos acontecimientos habían sido extremadamente intranquilizadores. Ambos tenían más de doscientos años. He conocido a gente en la que este detalle no se reflejaba, pero en ellos sí.

Sus hijos flotaban alrededor de las estaciones de trabajo observando al capitán y a la primer oficial sumidos en sus tareas, haciendo preguntas que no eran contestadas.

Se nos habían proporcionado mochilas de vacío. Había más distribuidas alrededor de la sala y a lo largo del corredor. La mayor parte de las naves las llevan. Cargas con ellas como si fueran una abultada mochila. Si tiras de una lengüeta, o si está armada y la presión desciende a cero, se hincha rápidamente y se convierte en un refugio. Entonces se espera que tengas tiempo de meterte en su interior y cerrar su abertura antes de que tu sangre empiece a hervir.

Heidi Van Zild miró a su alrededor.

- ¡Oh, bien! ¡Los ha traído! –La niñita arrancó de sus sujeciones otras dos mochilas de vacío, corrió dos pasos hacia nosotros y se detuvo en seco.

La lista de pasajeros decía que Heidi rozaba los cuarenta años. Su hermano Nicolaus tenía treinta; el viaje era su regalo de cumpleaños. Sus padres debían de haber hecho detener su desarrollo. Parecían de la misma edad, diez años o un poco menos, con brillantes sonrisas y ojos destellantes, el pelo cortado idéntico en una dorada cresta de cacatúa.

Es una actitud, un estilo de vida. Retienes su infancia hasta el final de tu segundo siglo. Ahora son preciosos, vivirán para siempre. Deja que se tomen su tiempo en crecer. Mantenlos así un largo tiempo. Mantenlos puros. Dales una auténtica educación. Cualquier error que cometas como padre, tendrás tiempo de corregirlo. Cuando inviertas el proceso y les permitas alcanzar la pubertad, disfrutarán realmente de ello.

Conozco a gente que hace eso mismo a sus gatitos.

Parte del valor y el entusiasmo de la infancia es pura ignorancia. A los treinta años esto ha desaparecido. La sonrisa de la niñita era un rictus. Los alienígenas estaban allí para su diversión; no estaba dispuesta a perderse ni un ápice de la aventura; pero simplemente no decidía si acercarse al kzin o su pulposo sirviente. El niño ni siquiera lo había intentado.

La primer oficial Quickpony terminó lo que estaba haciendo. Se puso apresuradamente en pie, tomó las mochilas de vacío de Heidi y se las tendió a los alienígenas.

- Vuela De Noche, gracias por venir. Gracias, Mart. Usted debe de ser Paradójico.

El lenguaje corporal de la mujer invitaba a un apretón de manos, pero el del jotok no.

- Si, somos Paradójico, encantados de conocerla.

El kzin gruñó una pregunta en la lengua de los héroes. Los traductores de todo el mundo murmuraron a coro:

- ¿Es esto el puente?

- El puente y la sala principal, sí; ambos ocupan el mismo espacio –respondió Quickpony–. ¿No lo sabían? Nos preguntábamos porque nunca venían por aquí.

- No se me habló de esta opción. Hay merito en la postura de que una especie no debe ver a otra comer o copular o utilizar los sistemas de reciclado. Pero Entidad Legal Quickpony, ¡su seguridad es un chiste! ¿Puente y pasajeros y ninguna barrera? ¿Cuándo empezaron a construir naves de esa forma?

El capitán Preiss alzó la vista.

- El software nos controla. Puedo anularlo, pero puedo anular la anulación. Los saboteadores no pueden influir sobre eso.

- ¿Cuál es su problema actual? ¿Ha registrado usted la exigencia kzin?

El capitán pronunció una orden.

Una cabeza y unos hombros fantasmales brotaron de una holoplataforma, naranja pálido excepto dos altivas y estrechas cejas negras.

- Soy Mee-rowreet. Pero llámenme Mensajero. Hablo en nombre de la Guerra Más Larga.

Mi traductor murmuró: “Mee-rowreet, profesión, encargado de los animales en un parque de caza. Guerra Más larga, término kzin para evolución”.

La grabación hablaba intermundos, pero con un fuerte acento y una gramática plana.

- Buscamos un fugitivo. Hemos destruido sus motores de gravedad. Les abordaremos de acuerdo con los Convenios establecidos en Shasht en el veinticinco cero cinco de su datación. Obedezcan, no interfieran en nada –la cabeza fantasmal y la voz se hicieron imprecisas–, dennos lo que exigimos. Todos sobrevivirán.

- La señal fluctuó a causa de la distancia –dijo el capitán Preiss–. La nave surgió detrás de nosotros y nos pasó a doscientos KPs relativos veinte minutos después de que saliéramos del hiperimpulso. Ahora se halla a dos minutos luz por delante de nosotros, decelerando para igualar velocidades.

Hablando en voz muy baja, dije:

- Porfavormadam –alertando así a mi ordenador de bolsillo–, busca Ley Interestelar, documento Convenios de Shasht, fecha veinticinco-cero-cinco. Procesa.

Vuela De Noche alzó la vista hacia la cúpula.

- ¿Su intruso?

Estábamos muy metidos en la Nebulosa Semillero. A todo nuestro alrededor había muros de tenue polvo interestelar iluminado desde dentro. En medio de un sombrío secretismo, ondas de choque que se intersectaban procedentes de viejas supernovas, colapsaban la lobreguez interestelar con ardientes remolinos que un día serían estrellas y sistemas solares. Fuera de la vista, debajo de nosotros, la presión de la luz procedente de algo brillante derramaba columnas y flujos de polvo más allá de nuestra nave. Todo tenía lugar en una franja de decenas de años luz de ancho. La furiosa acción parecía congelada en el tiempo.

El torbellino rojo sobre nuestras cabezas era toda una visión. En los infrarrojos uno solo veía los soles, las protoestrellas emparejadas iluminadas por el colapso gravitatorio y el destello del tritio, que apenas empieza a arder. Los violentos destellos y penachos de los rayos ultravioleta y X correspondían al impacto de los planetesimales, que creaban progresivamente planetas. El radar de neutrinos mostraba las estructuras en formación dentro del nuevo sistema solar.

Todavía no podíamos elaborar la masa que curvaría nuestro curso en la Abertura Tao y nos sacaría al espacio libre. La Estrella Bisagra era una estrella de neutrones de unos pocos kilómetros de distancia, el núcleo dejado por una supernova. Pero si mirabas el tiempo suficiente podías trazar un arco en el cielo, la onda de choque de aquella misma explosión estelar, rota por nubes de polvo que se colapsaban en estrellas.

Mi sistema de búsqueda emitió un sonido. Escuché mi ordenador de muñeca:

Al final de la Cuarta Guerra Hombre-Kzin, la Alianza Comercial del Espacio Humano anexionó Shasht y rebautizó el planeta como Fafnir, aunque el largo, rocoso y desértico continente mantuvo su nombre en la lengua de los héroes. Los Convenios de Shasht fueron negociados entonces. No debíamos echar a los ciudadanos kzinti de Fafnir. Cosa fácil de cumplir, ellos prefieren el continente, mientras que los humanos prefieren las islas de coral. Ya estaban expandiendo una industria interestelar de alimentos marinos por todo el espacio del Patriarcado.

A cambio de ello, y teniendo poca elección, el Patriarca se prohibió a si mismo, a su clan y a todos los habitantes bajo su mando, siendo considerados todos los demás fuera de la ley, el realizar toda una serie de acciones. Comer carne humana..., destrucción voluntaria de hábitats..., armas biológicas de ciertos tipos..., matar Entidades Legales, un término definido por una larga lista de exclusiones, lo

cual daba una definición mucho más angosta que en la mayor parte de las leyes humanas.

¡Mierda yo no era una Entidad Legal! O no lo sería si averiguaban quién era.

Quickpony proyectó una lente virtual sobre la cúpula. Tendría que acabar de escuchar más tarde. La nave kzinti y su bote, enormemente aumentados de tamaño, aparecían negros sobre el torbellino rojo de fondo. Había la suficiente luz incidente como para destacar algunos detalles.

Por un desnudo instante habíamos visto al intruso acercarse detrás de nosotros, justo en el momento en que nuestro impulsor se estremecía y moría y nos dejaba flotando. Después de que la nave frenara hasta una parada relativa, de ella se había desprendido un bote. En su aproximación, el bote bloqueaba parte de la nave. Los rayos gamma que impactaban contra sus escudos magnéticos creaban dos arcos de suave resplandor blanco. Nave y bote llevaban las mismas marcas resplandecientes.

La nave se movía exactamente igual que nosotros, con su impulsor apagado, cayendo a través de la luminosa lobreguez hacia la Estrella Bisagra a un décimo de la velocidad de la luz.

La primera oficial Quickpony dijo:

- Los sistemas de seguridad de la Odysseus pueden ocuparse de los saboteadores informáticos, pero no son de mucha utilidad contra una nave de guerra armada. ¿Es eso lo que estamos viendo?

- Veo una pequeña nave de guerra diseñada para el espionaje y la caza. No conozco su manufactura. Mis conocimientos son demasiado antiguos. El nombre es Sraff-zisht. –Mi traductor dijo: “Apareamiento furtivo”.

Vuela De Noche continuó:

- Capitán, no puedo ver ¿hay amarras magnéticas en la Sraff-zisht?

- No hay ninguna necesidad. Esos grandes magnetos en el bote se pegarán al escudo contra los rayos gamma de la nave.

- ¿El bote está armado, la nave no? ¿No hay bodega para el bote? Entendido. Mantén el bote oculto entre los asteroides. Posa una nave de carga convertida, desarmada, e cualquier mundo civilizado. ¿Sí?

- Especulaciones –dijo Preiss.

- ¿Reconoce el arma?

- No. Supongo que es la que quemó nuestros impulsores..., nuestros motores de gravedad.

Me senté y disqué un capuchino. El kzin se me unió, empequeñeciendo el reservado. Disqué otro con doble de leche, diciéndome que el kzin tenía que probarlo.

Los otros pasajeros se retiraron un poco y aguardaron. Cualquier ser humano sabe como temer a un kzin.

Dije en voz baja:

- Porfavormadam, busca referencias en la lengua de los héroes, apareamiento furtivo, literal, no referencia a violación. –Tenía que haber una forma de reducir la búsqueda. Supuse –busca solo referencias biológicas. Procesa.

Vuela De Noche probó el capuchino.

- ¿Por qué pueden estar interesados en nosotros? –dijo el capitán Preiss.

- Por mí. El bote ya está cerca. –Vuela De Noche dio otro sorbo al capuchino–. ¿Saben algo de la Pincel del Ángel?

El kzin estaba hablando intermundos con tanta fluidez cono si se hubiera criado con el lenguaje. Algunos de nosotros le miramos con la boca abierta. Pero sus primeras palabras dirigidas a mí habían sido en intermundos, después de que le sorprendiera y le enfureciera..., y le gustaba el capuchino.

- La Pincel del Ángel –dijo– era una nave lenta, uno de los transportes coloniales más lentos que la luz del Sistema del Sol. Hace cuatrocientos años, la Pincel del Ángel envió la noticia de nuestra llegada. El sistema del Sol tuvo años para

prepararse. Mi antepasado Sombra consiguió abordar la Pincel después de aliarse con una cautiva humana, Selena Guthlac. Ambos se unieron a su tripulación.

- Eso tuvo que ser un jodido trabajo de maquillaje –dijo Nicolaus Van Zild.

- Tuvo que encorvarse y mantener dobladas sus orejas, ¡y depilarse! ¿Qué historia es esta, hijo? –Nicolaus sonrió. El kzin dijo –: La tripulación de la Pincel del Ángel había destruido ya a la Rastreador. Más tarde destruyeron la Garra Chorreante, la primera y la segunda baja de la Primera Guerra. No está mal para una nave que pretendía no tener armamento.

- La Pincel se vio obligada a cruzar el espacio del Patriarcado antes de encontrar un mundo donde asentarse. Ninguna de esas naves estatorreactoras eran fáciles de girar, y nunca eran construidas para más de un viaje. Estábamos a noventa años luz de la Tierra. En la Tierra habían pasado ciento seis años.

- ¿Nosotros? –pregunté.

- El telépata de la Garra Chorreante, más tarde llamado Sombra, fue nuestro primer sire. La Pincel rescató a seis hembras del harén del Almirante. Desde entonces nuestras especies han vivido juntas en Garras Enfundadas durante trescientos años. Permanecimos aislados. Cualquier mensaje láser dirigido al espacio humano pasaba a través del Patriarcado. No hablábamos con especies inteligentes, ni siquiera conocimos el viaje más rápido que la luz hasta... –Vuela De Noche miró hacia arriba.

El bote de Apareamiento Furtivo había llegado. Estábamos contemplando directamente un arma electromagnética indecentemente grande.

- ¿Puede usted leer las mentes? –preguntó Nicolaus.

- No, hijo. Algunos somos buenos en nuestras suposiciones, pero no poseemos la droga. ¿Dónde estaba? –Hizo una pausa–. Me lo dijeron en el hospital después del fracaso de mi primera búsqueda del nombre. El universo se había abierto... –Se interrumpió cuando un peludo rostro apareció en el espacio holográmico de la estación de trabajo.

- Soy Mensajero. Hablo en nombre de la Garra Más Larga. Cesad vuestro giro. Abrid la compuerta de entrada.

El capitán Preiss hizo una señal afirmativa con la cabeza a Quickpony. Los motores a reacción susurraron, deteniendo nuestro girar.

Vuela De Noche habló más rápidamente:

- El abordaje parece inminente. No pueden protegerme. Entréguenme a ellos. Si viven lo suficiente como para hablar con los suyos, díganles que tres machos adultos abandonaron Garras Enfundadas en su búsqueda del nombre. La mitad de nuestros genes derivan de Sombra, de un telépata. El Patriarca necesita telépatas. Ahora sabrá de un mundo poblado por telépatas de la Garra Chorreante. Ninguno de los cuales ha sentido la adicción a la linfa sthondat en trescientos años.

La gravedad fue menguando, hasta que el empuje lateral fue todo lo que quedó, y luego incluso eso desapareció. La compuerta exterior de la Odysseus se abrió.

El bote se situó con un golpe sordo contra nuestro casco. Los viejos Van Zild y yo teníamos las redes de nuestros asientos en su lugar. Los niños flotaban, aferrándose a los brazos de los divanes.

- Tendrán mis genes. Encontrarán Garras Enfundadas –concluyó Vuela De Noche–. Si lo consiguen, se enfrentarán ustedes a mis hijos en la próxima guerra.

Dos grandes formas con trajes de presión abandonaron el bote impulsándose con el chorro de sus mochilas. Uno entró por la compuerta. La oímos efectuar su ciclo. El otro aguardó junto al casco, para disparar contra la cúpula si apreciaba resistencia.

La puerta interior se abrió. El kzin con armadura entró de un salto, hacia arriba, a la cúpula, donde sus compañeros pudieran verle, luego media vuelta para mantenernos a nosotros a la vista. En la mano llevaba una luz que apuntaba como si fuera una arma. Era tan grácil como un pez.

Fruncí los ojos para preservar mi visión. La luz se paseó por todos los lados del salón y la estación de trabajo. Lo que vio debió de ser tranquilizador.

- Tenemos demandas que hacer –dijo mensajero–. Los convenios serán seguidos dentro de lo posible. Se pagará por todas las pérdidas. Entréguenos a su pasajero. Ha violado nuestra ley. Vuela De Noche, ¿es este jotok tu esclavo?

- Si.

- Vuela De Noche, jotok, debéis entrar en vuestras mochilas de vacío. Vuela De Noche, entrega tu w'tsai a Empacador.

- ¿W'tsai? –preguntó Vuela De Noche–. ¿Esto? ¿Mi cuchillo?

- Cuidadosamente.

Entregar el w'tsai era la rendición definitiva. Si yo sabía esto de mis lecturas, seguramente un kzin lo sabría también. Trescientos años entre humanos... ¿Habrían perdido la tradición?

Pero Vuela De Noche estaba ofreciendo un cuchillo-púa-cuchara de veinticinco centímetros de largo, oscuro, deslustrado.

¿Un tenedor-cuchara-cuchillo? ¡Nosotros comemos con ellos! Encajaban con varias formas de dedos y su tamaño era demasiado grande para las manos humanas. La cocina del Odysseus fundía la plata para matar las bacterias, luego la echaba en moldes para la siguiente comida.

Empacador lo tomo, se lo quedo mirando, luego se lo mostró al holograma de Mensajero. Mensajero gruñó algo en la lengua de los héroes. No lo aceptaba.

Nuestro pasajero respondió en intermundos.

- ¡Si es mío! Mira ahí está mi símbolo. –El logotipo de Empresas Exteriores, una nave alada negra contra un creciente de mundo–. ¡Vuela De Noche!

Una risa no hubiera sido adecuada. Miré a los niños. Su actitud era solemne.

Sólo vi un destello de luz del arma de Empacador. Pero la mantenía apuntada hacia Vuela De Noche como si tuviera que dispararle a algo mortífero, ladró una orden y agitó su cola como si fuera un látigo. Vuela De Noche giró lentamente sobre sí mismo bajo el impacto menor, de modo que Empacador pudiera examinado en busca de más armas.

Gruñó algo de nuevo. Vuela De Noche y Paradójico tiraron de las lengüetas de sus mochilas de vacío. Las mochilas hicieron pop y se convirtieron en esferas de doble pared. Retenido abierto por la presión superior, el collar de cada refugio se hinchó como un par de gruesos labios.

Vuela De Noche tuvo problemas en meterse por el collar. Una vez dentro había espacio suficiente. Esos refugios de vacío podían contener a toda la familia Van Zild en su interior. Paradójico parecía completamente perdido en el suyo.

-Capitán -dijo Mensajero-, lleva usted pasajeros humanos congelados en tres módulos de carga. Libere esos módulos.

El mundo se volvió gris.

Empecé a respirar profunda y afanosamente, a hiperoxigenar, porque no me atreví a desvanecerme.

Las manos del capitán Preiss no se habían movido. Eso era valiente, pero no iba a salvar a nadie.

Los Van Zild adultos enterraron sus rostros el uno en el hombro del otro. Los niños se mostraron horrorizados y fascinados. Lo observaban todo. En un momento determinado los sorprendí mirando a sus padres con un absoluto desprecio.

Como ellos, yo había estado disfrutando a medias de la situación.

Éste iba a ser mi último vuelo interestelar. La casualidad había hecho que lo efectuara no como carga congelada, sino como pasajero, despierto y activo.

Había sido mucho más divertido, por supuesto.

Quickpony había sugerido unir nuestras cabinas, puesto que éramos evidentemente la única pareja desparejada. Le mostré los vídeos contenidos en los circuitos de mi anillo. Nuestra ceremonia de unión. Jenna/Jeena con sólo un año. Sharrol/Milcenta todavía no embarazada de nuevo; tendría que actualizados cuando

pudiera. Estamos unidos, ¿ve?, éste es nuestro anillo. Quickpony lo admiró y abandonó el tema.

¿Y qué quedaba como diversión?

¡Piratas kzinti!

Lo había considerado como un juego hasta que la Apareamiento Furtivo reclamó mi familia. Retenido contra mi asiento por la malla antichoque, dejé que mi mano descansara sobre el mecanismo liberador mientras consideraba qué armas podía tener a mano.

Con los labios retraídos, mostrando los colmillos, las palabras de Mensajero se estaban volviendo imprecisas.

- Examine los Convenios, capitán Preiss. Nunca fueron alterados. Sólo tomamos rehenes. Serán devueltos sin ningún daño cuando nuestras necesidades hayan sido satisfechas. Se pagarán las compensaciones correspondientes por todos los costes en los que se incurra.

- ¿De qué crimen acusan a Vuela De Noche? - preguntó Quickpony.

- Su antepasado cometió traición contra sus oficiales y el Patriarca. Las penalizaciones afectan indefinidamente a su línea de sangre. Podemos reclamar su vida, pero no lo haremos. Valoramos su línea de sangre.

-¿Ha cometido Vuela De Noche algún crimen?

- Falsa identidad. Compra de un jotok sin autorización. Trivialidades.

El estúpido y feliz Mart Graynor no era del tipo que lleva armas a bordo de una nave espacial. El Convenio de 2505 registrado podía ser la única arma disponible. Lo escuché con un oído. El antiguo lenguaje diplomático era oscuro...

Ahí estaba. Los rehenes tienen que ser devueltos en perfecto estado si se cumplen todas las condiciones, las condiciones no deben ser alteradas..., los costes serán evaluados en tiempos de paz en el plazo más breve posible...

¿Se suponía que yo debía apostar vidas sobre esto?

Heidi preguntó:

-¿Comen ustedes carne humana?

Empacador y el holograma se volvieron al unísono hacia la niña. Mensajero dijo:

-Rehenes. He dicho. Los Convenios dicen. Gatita, consideramos que la carne humana es... whasht-meery..., poco segura. Capitán Preiss, los módulos que deseamos están todos dirigidos en Hogar a Exteriores, ¿no? Nosotros los entregaremos. De otro modo deberemos enfrentarnos a todas las naves en el espacio humano.

- No confío en ello - dijo Preiss.

Empacador bajó de la cúpula. Clavó sus enormes manos en la cintura de la niña y la miró fijamente al rostro. Todavía no había dicho ni una palabra.

Nicolaus gritó y dio un salto. En el momento en que llegaba junto al kzin con armadura, Empacador adelantó una mano y atrajo a ambos niños contra su blindado pecho. Ambos alzaron la vista para contemplar a través del casco en burbuja la sonrisa del kzin.

Nicolaus mostró sus dientes.

- ¡Pausa, Empacador! - dijo Mensajero -. ¡Capitán Preiss piense! Sin los generadores de gravedad seguirá cayendo alrededor de la Estrella Bisagra y al espacio plano. El hiperimpulsor lo llevará hasta el borde del sistema de Hogar. Tendrá que pedir ayuda para que lo remolquen el resto del camino. ¿Qué otra opción tenemos? Podemos destruir su hiperimpulsor y su hiperonda y dejarle que muera aquí, silenciado, pero su ausencia en Hogar pondrá a la ley en nuestra busca.

»Éste es el menor riesgo, no violar ninguna ley a menos que sea inevitable. Tomamos rehenes. Usted no debe llamar a sus autoridades hasta que llegue cerca de Hogar. Nosotros transportaremos a nuestro prisionero, luego entregaremos a sus pasajeros de vuelta.

Los brazos de Empacador estaban llenos de niños: un obstáculo. Preiss y Quickpony estaban a punto de saltar. Yo estaba desarmado, pero si ellos hacían algún movimiento yo también lo haría.

- Espere - dijo Mensajero. Preiss todavía no se había movido-. ¿Lleva usted ganado de Shasht? ¿Vida marina?

- Si.

- Debo hablar con mi líder. El lapso de la velocidad de la luz es de dos minutos en cada sentido. No haga nada amenazador.

Oímos a Mensajero aullar algo en su hablador. Luego nada. Mi ordenador de bolsillo hizo ding.

Todo el mundo se sobresaltó, dejó escapar una exclamación o miró a su alrededor. Los leones marinos alrededor de los polos de la Tierra viven en grandes comunidades formadas alrededor de un macho alfa, muchas hembras y sus cachorros, y varios machos beta que viven alrededor de los bordes de la manada. Cuando el macho alfa está ocupado en otras cosas, un exiliado puede penetrar, aparearse apresuradamente con una hembra y escapar. Varias especies de mamíferos de la Tierra han adoptado esa estrategia procreadora, del mismo modo que lo han hecho varias formas de vida kzin e incluso muchos clanes kzinti. Los biólogos, en particular los biólogos especializados en reproducción, los llaman jodedores furtivos.

- Quizá los periódicos los llamen con un nombre más suave - dije -. De todos modos, es un buen nombre para llna nave espía. Porfavormadam, busca Guerra Más Larga más kzinti más piratería. Procesa.

Aguardamos.

Cuando Hans Van Zild no pudo soportar más el silencio dijo:

- Heidi, Nicolaus, lo siento. Deberíamos haber dejado que crecierais.

- ¡Hans!

- Sí, Hilde, había todo el tiempo del mundo. Pero Hilde, nunca hay tiempo. Nunca hay forma alguna de saberlo.

-Suelten uno de los módulos dirigidos a Empresas Exteriores y dos dirigidos al Imperio de Neptuno. Los pasajeros serán devueltos. El Imperio de Neptuno será resarcido por su ganado. ¿Peces?

Las yemas de los dedos del capitán Preiss danzaron. Tres módulos de carga se desprendieron lentamente del borde de la nave. Me sentí impotente como nunca me había sentido en mi vida.

Empacador soltó a los niños y los dejó flotar. Empujó el globo de Vuela De Noche hacia la compuerta.

- Espere - dije.

El kzin con armadura se volvió. Entrecerré los ojos contra el resplandor de su arma.

- No permitimos la esclavitud a bordo de la Odysseus dije -. La Odysseus pertenece a la Alianza Comercial del Espacio Humano. El jotok se queda.

-¿Quién es usted? ¿De dónde deriva su autoridad? quiso saber Envío. .

-Martin Wallace Graynor. No poseo ninguna autoridad, pero la ley...

- Vuela De Noche compró un jotok y lo retiene como su propiedad. Nosotros retenemos a Vuela De Noche como nuestra propiedad. Las leyes locales quedan por debajo de los convenios interespecies. Respecto al jotok. ¿Está usted preocupado por el bienestar del jotok?

- Sí - dije.

- Puede observar si es tratado mal. Entre en el refugio de Vacío.

Capté el horror de Quickpony. Giró en redondo para estudiar su pantalla, que mostraba los Convenios, en busca de alguna forma de detener aquello. Empacador empujó a Vuela De Noche en su refugio hacia la compuerta. No estaba dispuesto a esperar.

Yo tampoco. Me lancé suavemente hacia el refugio que contenía al jotok.

Nunca se me hubiera ocurrido abrazar a la única niñita disponible antes de desaparecer en la Nebulosa Semillero. Cuando me lancé, Heidi se lanzó también, y me la encontré en mi camino, con los brazos abiertos, gritando a voz en grito. La abracé, dejé que nuestro impulso nos diera la vuelta, le susurré algo tranquilizador y la solté. Ella derivó hacia una pared, yo hacia la burbuja del jotok.

Ella había metido algo abultado en mi bolsillo provisto decremallera.

Me arrastré a través del collar al interior del refugio de vacío del jotok y cerré los labios de la abertura.

Empacador empujó a Vuela De Noche al interior de la esclusa estanca, la cerró, inició el ciclo. Su compañero con el casco empujó la burbuja al espacio. Empacador volvió a por nosotros y nos hizo seguir el mismo proceso.

Dos burbujas flotaban fuera de la Odysseus, girando lentamente, separándose poco a poco de la nave. Empacador estaba todavía dentro de la Odysseus.

El bote se puso en movimiento con una sacudida. Lo observamos mientras maniobraba por encima de uno de los módulos de carga en forma de ladrillo unido a la Odysseus. Un kzin con armadura de presión permanecía abajo, guiando.

Nadie venía tras nosotros.

- Martin, ¿fue eso juicioso? - preguntó el jotok -. ¿Qué estaba usted pensando?

- Porfavormadam - dije -, busca diplomacia interespecies más kzinti más Guerra Más Larga. Procesa. Paradójico, estaba pensando en un rescate. Intenté liberarle. Sabe usted más sobre Vuela De Noche de lo que yo nunca podré llegar a averiguar. Necesito todo lo que pueda decirme.

-No tiene usted autoridad para interrogamos -dijo el jotok -, a menos que posea usted autoridad ARM.

Me eché a reír más fuerte de lo que él hubiera esperado.

-No soy un ARM. No tengo ninguna autoridad en absoluto. ¿Desea usted que Vuela De Noche sea liberado? ¿Desea su propia libertad?

- ¡Nosotros ya teníamos eso! Entidad Legal Graynor, cuando Vuela De Noche nos compró en el mercado clandestino naranja en Shasht, juró liberamos. En Garras Enfundadas las cadenas de lagos van de las montañas al mar. Hubiéramos procreado en sus lagos. Toda la población jotoki de Garras Enfundadas hubiera sido nuestros descendientes. ¡Hemos sido privados de nuestro destino!

-¿Tomó Vuela De Noche más esclavos además de usted?- pregunté.

-No.

-Entonces, ¿con quién espera usted aparearse?

- ¡Nosotros somos cinco! Los jotoki crecen como sus anguilas, no inteligentes. Alcanzan la primera madurez, se buscan unos a otros, se arraciman en grupos de cinco. Los cerebros desarrollan vínculos. Alcanzan la segunda madurez, buscan un lago, se dividen, procrean y mueren, como sus salmones. Entidad Legal Mart, ustedes mismos son dos mentes unidas por una estructura llamada corpus callosum. La unión es más densa en los kzinti, esa especie tiene menos redundancias, pero el cerebro es también dos lóbulos. Nosotros somos cinco lóbulos, uniones más estrechas. Los casi individuos cooperan, Par-Rad-Doc-Sic-Cal, Doc habla, Par camina, Cal ejecuta la coordinación delicada. Casi una mente de cinco lóbulos, a veces unida en la indecisión. En trauma o en agua dulce podemos dividimos de nuevo. Podemos unirnos de nuevo en un grupo diferente, una persona diferente. ¿Percibe?

Bof, era un cuadro interesante, pero nunca había captado cómo era ser un jotok. El detalle aquí era que Paradójico era una población procreadora.

-¿Tiene hambre? -preguntó-. ¿Qué comen ustedes?

- Eso es privado.

- ¿Vuela De Noche no lo ha visto nunca comer?

- Sólo una vez.

Me había metido una ración alimenticia en un bolsillo, pero era incapaz de comer delante de Paradójico después de eso.

-¿Mercado naranja?

- Existe un extenso mercado entre los kzinti de Shasht.

Comercian con inteligencia, electrónica, bienes robados y esclavos. Shasht el continente carece casi por completo de vida. Sembraron varios lagos para nuestro confinamiento y procreación, pero sin mantenimiento se mueren. El comercio puede verse detenido. Nuestros lagos deben de mostrar un color diferente desde la órbita. Supongo que la ley no tiene ningún interés.

- Hubo un tiempo en el que poseyeron un imperio interestelar...

- Mi amo me lo ha dicho. Los esclavistas no nos educan. Hablando propiamente, no tienen esclavos. Tienen pesquerías. Cuando un comprador desea un jotok, se permite que se unan cinco formas natatorias. Nuestro amo es la primera cosa que vemos.

-¿Quién eligió su nombre?

- Mi amo. Soy libre y esclavo, muchos y uno, morador de la tierra y el mar, una paradoja.

-Su amo piensa realmente en intermundos, ¿no? Deben de enseñárselo a los kzinti como segundo idioma.

Una grapa magnética chasqueó silenciosamente, y el primer módulo quedó libre.

Mi ordenador de bolsillo hizo ding. Escuchamos:

La Guerra Más Larga, entidad política jamás nombrada hasta después de la Segunda Guerra Con Los Hombres, ha sido desde entonces reclamada por muchos grupos kzinti. Puede aparecer en conexión con la piratería, la desaparición de Entidades Legales o la desaparición de naves, pero nunca en una acción contra planetas o en una ofensiva importante. Se ha afirmado, aunque nunca se ha probado, que la Guerra Más Larga es cualquier sirviente del Patriarca a quien el Patriarca debe repudiar. Suponemos también que la Guerra Más Larga da nombre a cualquier grupo que espera sustituir al Patriarca. Los acontecimientos incluyen el Enjambre de Serpientes de 2399, el Kdat de 2410...

Vuela De Noche había derivado tan lejos que resultaba difícil de localizar, apenas un parpadeo de luz reflejada cuando el brillo de la bruma estelar pasaba por detrás de su refugio de vacio. ¿Por qué no lo recuperaban? ¿Era realmente a Vuela De Noche a quien deseaban, o alguna otra cosa?

Contemplé el bote de la Apareamiento Furtivo recuperar un segundo módulo de carga. No estaban siendo cuidadosos.

Dos de esos módulos sólo contenían un millar de variedades de peces de Fafnir, pero el otro..., se hallaba en un estado cuántico. Contenía y no contenía a Sharrol/Milcenta y Jeena/Jeena, hasta que algún observador pudiera abrir el módulo.

En todos los años que había volado para las Líneas Nakamura, nunca había visto usar una mochila de vacio. A años luz de cualquier mundo, a kilómetros de cualquier nave, sin nada excepto una piel de plástico transparente entre yo y el voraz vacío..., parecía un buen momento para examinarla.

No era ni la marca ni el modelo que llevaba la nave. Era un modelo más nuevo, o al menos más caro.

Bucles de recias cintas colgaban por todas partes: asideros. Un depósito de aire. Un tubo de dos litros de volumen se había desplegado. Un cierre interior, otro exterior: una esclusa de aire. Podíamos alimentamos a través de ella, o desprendernos de nuestros desechos..., un asunto que no quise suscitar a Paradójico por el momento.

Una luz. Una mano y un guante dieron unos golpecitos contra la pared, se situaron para alcanzar el cierre exterior. Había una válvula..., hummm..., una válvula que terminaba en un pequeño cono por la parte de fuera. Dentro, una manija para orientarla.

Siempre hay para cualquier refugiado un momento en el que un chorro impulsor es más importante que el aire para respirar.

Todavía no.

- ¿Por qué puede desear usted rescatar a mi amo? - preguntó Paradójico.

- Tienen a mi esposa y a mi hija y a otro hijo aún no nacido, una posibilidad de tres. Dos de tres a que están todavía seguros a bordo de la Odysseus. ¿Quiere apostar?

-Ningún jotok conoce a sus padres. ¿No puede hallar otra pareja y engendrar más hijos?

No respondí.

- ¿Cuál es su plan de batalla por el momento?

No pude detectar sarcasmo, pero lo inferí. Dije:

- Tengo una mochila de vacío de reserva. Vuela De Noche también la tiene. ¿Vio usted lo que hizo? Tomó una mochila de la pared. Conservó la suya. Y Heidi me pasó algo. -¿Qué le dio la niña?

- Podría ser algún tipo de juguete.

- Mee-rowreet - dijo el jotok - significa hacer que esclavos y bestias vayan allá donde pueden ser matados. No Mensajero. Whasht-meery significa infestado o enfermo, demasiado podrido o lleno de parásitos incluso para un depredador muerto de hambre. La presa que muere demasiado fácilmente, el oponente que expone su vientre demasiado pronto, es sospechoso de ser whasht-meery.

Aguardé a que nuestro giro me ocultara de los telescopios de la Apareamiento Furtivo antes de sacar el regalo de Heidi.

Era de espuma de plástico, ligero y abultado. Una pistola de agujas de juguete. Si fuera real, sus padres... ¡Espera, Heidi tenía casi cuarenta años!

Esos niños no pensaban como auténticos adultos humanos, pero sus cerebros eran ya tan grandes como podrían llegar a serlo. Sus padres podían desear que fueran capaces de protegerse a sí mismos..., y si no, ella y su hermano habían pasado décadas aprendiendo cómo manipular a sus padres.

No podía probarlo.

- Una pistola de agujas. Cristales anestésicos -le dije a Paradójico-. No atravesarán una armadura. No pueden derribar a un kzin. De todos modos, es mejor que nada. ¿Dónde está el w'tsai de Vuela De Noche?

- Usted lo vio.

- Paradójico, estamos metidos en demasiados problemas como para jugar a juegos de niños.

Paradójico no dijo nada.

El bote de la Apareamiento Furtivo se pegó al tercer módulo de carga.

-Eso sin embargo fue divertido de ver -dije-. ¡Darle a Empacador los cubiertos de plata!

Paradójico se volvió para mostrarme su boca.

Vi una estrella de tentáculos alrededor de un círculo labial que envolvía cinco círculos de dientes formando un pentágono. Algo emergió de uno de los círculos de dientes. Paradójico vomitó una larga y estrecha bolsa de correo acolchada. La solté, abrí el cierre, y me encontré con un metro de hoja y mango.

La hoja tenía el aspecto del acero oscuro. La luz creaba sobre ella un diminuto efecto rielante..., pero había algo equivocado en todo aquello. Al contacto de las yemas de mis dedos el rielar era sólo una imagen. La hoja casi no pesaba nada. El peso estaba todo en el mango.

Al extremo de la empuñadura había un pequeño murciélago negro esmaltado. Los murciélagos sólo existen en la Tierra y en el zoo de Jink, pero aquel antiguo símbolo de Batrnan había llegado hasta el último mundo humano. Vuela De Noche.

Bof, tenía que probado con algo.

Mi anillo tenía una banda de plata. Eso es metal blando, pero la hoja sólo le causó una ligera raspadura. Probé el filo con mi pulgar, tentativamente. Romo.

Las costumbres cambian. Un arma puede ser puramente ceremonial, pero... ¿por qué hacer el mango tan pesado? ¿Por que me miraba Paradójico?

Porque era un rompecabezas.

Apreté el murciélago esmaltado. Nada.

Agité la hoja. La empujé, arriesgando mis dedos, la noté ceder un poco. Un kzin podía empujar más fuerte. ¿Nada? Tiré de ella, y mis dedos notaron como un zumbido. El aspecto de la hoja no cambió. Cuidado ahora, no toques el borde...

Se deslizó limpiamente a través de mi anillo, con un ligero chisporroteo blanco cuando se quemaron los circuitos. Los definidos bordes de la clásica banda de plata brillaron como pequeños espejos. Hubiera tenido que producirse alguna resistencia.

Un cuchillo variable es violentamente ilegal: un cable fino como un cabello en un campo magnético, todo borde y nada de hoja, lo bastante delgado como para cortar paredes y maquinaria. A menudo hiere incluso al esgrimidor. Cuando está desconectado es todo mango, y el mango es pesado: contiene todo el cableado y el magnetogenerador.

Este juguete era similar, pero con una hoja de longitud fija, más difícil de ocultar. Más deportivo. Una especie de canal a lo largo del borde albergaba el cableado hasta que la fuerza magnética lo disponía para la acción.

Ahora el murciélago de ónice estaba hundido. Lo empujé y volvió a emerger. La vibración cesó.

Teníamos un arma.

¿Qué estaba reteniendo a Empacador? Tenían al telépata, tenían a los rehenes, tenían dos módulos de alimentos marinos de Fafnir. ¿Qué le quedaba por hacer ahí dentro? Al diablo con ello. ¡Tenía un arma!

- Aguarde antes de usarla. Conocemos a nuestro amo dijo el jotok-. Se hará con el bote. La nave más grande carece de armas contra él.

- Paradójico, tendrá que luchar al menos contra tres guerreros entrenados en caída libre. Y no olvide los pilotos. Cuatro si llegamos hasta la nave.

- La Whasht-meery suele ir en piloto automático o remoto. La posesión de armas no implica entrenamiento. Vuela De Noche era un campeón de lucha antes de que resultara herido. Tememos que tenga usted razón. ¡Pero debemos intentarlo!

-¿Lucha?

- Según me dice él, en Garras Enfundadas luchan con protecciones en las garras.

De alguna forma, aquello no me tranquilizó.

Empacador emergió.

Él y su compañero avanzaron con sus chorros hacia la burbuja de Vuela De Noche. Tiraron de ella hacia el bote. Unas puertas bivalvas se abrieron alrededor del cañón del arma solenoide. Los tres desaparecieron dentro.

Envolví de nuevo el w'tsai y se lo di al jotok. Lo tragó, y la pistola de agujas tras él. Debía de tener una buena garganta..., cinco buenas gargantas, supuse, como peces o gusanos o serpientes.

Los dos kzinti con armadura vinieron a por nosotros. Nos remolcaron hacia el bote.

El bote era como una gruesa lente, como la Odysseus, pero más pequeño. Los módulos fueron anclados a un lado. El otro lado eran dos puertas bivalvas transparentes con el solenoide hueco emergiendo entre ellas.

Las puertas se cerraron sobre nosotros.

El interior había sido dispuesto alrededor del arma solenoide. Había armarios. Una escotilla en el suelo, una pequeña esclusa estanca. Una pared/cocina a un lado lo bastante grande como para una nave de crucero, con la abierta tolva de un tanque alimentador. Una gran caja, desprendible, con una puerta en ella. La tomé por un baño/ ducha. No vi ningún dispositivo holográmico ni un indicador de masas.

Había un mecanismo en la base del arma principal. ¿Un alimentador de proyectiles? La cosa no se limitaba a quemar la electrónica, también era un acelerador lineal, un cañón.

El refugio de vacío de Vuela De Noche había sido encajado entre el cañón y la pared. Nos miró.

Las puertas bajaron, y nuestro globo fue encajado al lado del suyo. Volvió la gravedad. La tripulación de la Apareamiento Furtivo nos ancló con un spray adhesivo, mientras un tercer kzin miraba desde la herradura de una estación de trabajo. Los otros dos ocuparon sus lugares a su lado.

Cuatro sillas; tres kzinti, todos con armaduras de presión. No había ninguna cabina separada porque podían tener que accionar el cañón. Hubiera sido peor.

Hablaron por unos momentos, con sus móviles bocas gruñéndose unas a otras dentro de sus cascos en pecera. Trastearon con los controles. Un sonido de palancas al ser accionadas estalló en la mochila en la espalda de Paradójico. Mi traductor murmuró:

- ¡Tranquilo, Telépata! Bienvenido de vuelta al servicio del Patriarca.

Siguieron dos o tres segundos de silencio. En aquel momento la Odysseus se encogió bruscamente al tamaño de un juguete y desapareció. Una serie de inquietantes ondulaciones cruzaron nuestros cuerpos. El bote debía de estar acumulando veinte o treinta gravedades, pero tenía un buen escudo. Era un aparato de guerra.

Su prisionero decidió responder.

- Me honráis. Podéis llamarme Entidad Legal Vuela De Noche.

- Honrado tienes que sentirte, Telépata, pero tu crédito como Entidad Legal está falsificado, un telépata no tiene nombre, y Vuela De Noche es sólo una descripción, ¡Y en intermundos además! De todos modos, conseguirás un harén antes que nosotros. Deberíamos sentir envidia. - Aquella voz era la de Mensajero.

- Llámame Vuela De Noche si esperas que conteste. El Patriarca, ¿todavía convierte en adictos a todos los que muestran el talento?

- ¿Has estado hibernado tres siglos? En esta época utilizamos técnicas médicas avanzadas. Un sucedáneo químico de la linfa sthondat, con un nombre de seis sílabas, más poderoso, pocos efectos secundarios, con aditivos en la dieta para minimizar los pocos que puedan producirse.

La voz de un segundo kzin dijo:

- No necesitas probar tú mismo la droga, Telépata, palabra de oficial alfa.

-Sólo mis pobres gatitos, entonces. Pero, ¿cómo mantienen los kzinti sus promesas los unos a los otros? La Odysseus fue incapacitada pese a todas las seguridades.

¿Qué? Vuela De Noche no tenía forma alguna de saber aquello. Yo sólo estaba suponiendo, y su refugio de vacío había flotado hasta más lejos de la Odysseus que el nuestro.

Pero Mensajero dijo:

-Todo sigue los Convenios establecidos con los hombres en Shasht. Ésa era mi seguridad, y es buena.

- ¿Permiten esos Convenios abandonar a su suerte una nave con Entidades Legales en el espacio profundo?

- Acude a ellos. Léelos.

- Mi sirviente lleva mi ordenador y mi librería de discos. El piloto pulsó unas teclas; oímos un clic, luego silencio. Paradójico desconectó su hablador.

- Podemos usar esto para hablar con mi amo, pero ellos pueden escuchar. ¿Quiere decir usted que esos parásitos intestinales sobre desarrollados pueden oír también?

- En estos momentos nada. Los impulsores fueron primero algo de ustedes, ¿no? Los llamaban aplanadores de gravedad.

- Los jotok crearon los aplanadores de gravedad, sí. Los kzinti nos esclavizaron y robaron el diseño. Ustedes se lo robaron a los invasores kzinti.

- ¿Hay algo que sepa usted acerca de los impulsores que ellos no? ¿Algo que pueda ayudar?

-No. Es idiota. ¡Todo lo que aprendimos de los motores de gravedad lo aprendimos de los kzinti!

- Bof...

- Habíamos pensado - dijo cuidadosamente Paradójico que no mantendrían su sala de control en condiciones de vacío.

-Sus rehenes están todos congelados. No pueden luchar. No pueden escapar. ¿Quizá les guste eso? Cualquier cosa que intentemos puede dejarnos agonizando en el vacío. ¿Durante cuánto tiempo puede soportar el vacío un jotok?

- Unos pocos segundos, luego la muerte.

- Los humanos pueden resistir unos pocos minutos.

Algunos humanos lo habían hecho, y habían sobrevivido. Unos pocos-. Pero puedes quedarte ciego primero. ¿Le importa si pienso un poco en voz alta?

- ¿Hablan ustedes consigo mismos para mover mensajes a través de esa angosta estructura de su cerebro, el corpus callosum?

- No tengo ni idea. - Así que hablé a través de mi cuerpo calloso-. Esto es malo, pero podría ser peor. Podríamos estar en una bodega de carga independiente, aún en el vacío y encerrados fuera de la cabina de vuelo.

- Alégrese.

- Pensé que no tendría que preocuparme por la Odysseus. La nave se halla en un rumbo de caída libre alrededor de la Estrella Bisagra, a través de la Abertura y al espacio libre. Lo último que vi fue que todavía tienen el hiperimpulsor y la hiperonda y los chorros direccionales. Los chorros direccionales son simplemente motores de reacción a fusión. Eso no los llevará a ninguna parte. El hiperimpulsor sólo funciona en el espacio plano, así que no los llevará a ningún sistema solar. Pero todavía pueden cruzar el sistema de Hogar, pedir ayuda y conseguir un remolque. ¿Dos semanas?

-Mensajero le dijo todo eso al capitán Preiss. Espere... pero... alto..., ¿no confesó Mensajero otra cosa?

- Lo oí. Bof. -Vuela De Noche lo había hecho muy hábilmente. Pero Mensajero no había confesado; sólo había insistido en que no había violado los Convenios.

-Será mejor que supongamos que Empacador destruyó el tablero de control. Eso dejaría a la Odysseus convertida en una caja inerte de rehenes. Los dejaría cayendo. Listos para ser recuperados más tarde.

Paradójico no dijo nada.

-Siguiente problema. Vuela De Noche no puede salir de su refugio.

-Seguro que...

- No, mire, no puede rasgar su camino para salir. Sólo dispone de sus garras. Puede accionar la abertura. Todo el aire se escapará, y podrá deslizarse a través de ella. Pero es demasiado grande. Morirá en el vacío mientras intenta liberarse, con esos tres riéndose de él.

- Sí. Menos que flexibles, humanos y kzinti. ¿Es usted lo bastante pequeño como para cruzar la abertura?

-Sí. -Estaba completamente seguro-. Pero no podemos advertir a Vuela De Noche. Cualquier lucha que se produzca tendré que iniciarla yo. Usted morirá si abro el refugio rasgándolo, así que no lo haré. Lo abriré de la manera normal. La presión del aire me empujará fuera, puf. Usted ciérrelo rápidamente a mis espaldas de modo que el refugio se reinfle. Estoy en el vacío. Rasgo el refugio de Vuela De Noche y le tiendo el w'tsai. Ambos luchamos en el vacío contra tres kzinti con armadura de presión. ¿Cómo suena?

- Más allá de la locura.

- De todos modos no serviría de nada. Aunque pudiéramos apoderarnos del bote, seguiríamos sin poder romper la velocidad de la luz, porque el motor del hiperimpulsor está en la nave. Moriríamos de vejez aquí en la Nebulosa Semillero.

- ¿No tiene ningún plan?

Seguí pensando.

- La única forma de salirnos es aguardar a que esos bandidos amarren el bote a la Apareamiento Furtivo. Quizá sea una suerte que Vuela De Noche no tenga su w'tsai. El autocontrol kzinti es..., hay una palabra...

- Oximoron. Pero mi amo integra bien sus yoes.

- Tendrán que trasladar los módulos de carga al interior de la nave. No pueden dejarlos donde están, se hallan bloqueando los magnetos, los puntos de amarre. ¿Dónde nos deja eso? Hagamos lo que hagamos, queremos la nave y el bote. Después de que amarren el bote, lo más probable es que todavía dejen la cabina en vacío y a nosotros en las burbujas.

- Mi especie puede sobrevivir seis días sin comida. Dos sin agua.

Dos de los miembros de la tripulación kzinti podían estar dormidos. El tercero no desarrollaba mucha actividad.

Uno de ellos se agitó - Mensajero, por las marcas de su ropa-, se levantó y desapareció en la gran caja con una puerta en ella. Quince minutos más tarde estaba de vuelta.

Un baño o una ducha, ¿no tenían que estar bajo presión?

Observé a mis compañeros alienígenas y a mis enemigos alienígenas. Observé el magnífico espectáculo del nacimiento de las estrellas. Pensé y leí.

Lo leí todo.

Convenios de 2505. Comentarios, de entonces y recientes.

Sociología kzinti. Revisiones: qué constituye tortura..., pérdida de miembros y órganos..., privación sensorial. Violaciones. El derecho a un juicio rápido, a una ejecución rápida, evasiones. Qué es una Entidad Legal...

Los kzinti machos eran Entidades Legales. Un programa de ordenador no. Heidi y Nicolaus no lo eran, pobres chicos, pero los cachorros kzinti tampoco; ser evolucionado era un asunto de madurez. Los jotoki y los kdat eran Entidades Legales a menos que estuvieran legítimamente esclavizados. Las entidades con identidades falsificadas no lo eran. Los pasajeros Clase Hielo eran Entidades Legales. ¡Bien! ¿Había alguna regla contra mentir a los rehenes? Por supuesto que no, pero miré de todos modos.

Paradójico extrajo un ordenador de su mochila y se puso a trabajar. No le pregunté qué era lo que estaba averiguando.

No veía a Vuela de Noche desgarrando su prisión. Cuando capté su mirada, clavé mis uñas en mi propia burbuja. Nuestros captores podían tranquilizarse si veían algún signo de histeria o desesperación.

No captó la alusión.

Quizá lo había juzgado mal.

Un telépata nacido entre los kzinti será descubierto como cachorro, reclutado, y convertido en un adicto a los productos químicos para extraer su habilidad. Los telépatas detectan espías y traidores; ayudan en la jurisprudencia; se vuelven gradualmente locos. Las mentes alienígenas los vuelven locos mucho más aprisa.

Si un telépata capta el dolor de un oponente, tiene dificultades en luchar para aparearse. Durante generaciones el Patriarcado desalentó la reproducción entre sus telépatas. Luego, luchando contra un enemigo alienígena durante las Guerras Hombre-Kzin, casi acabaron con ellos.

Probablemente Mensajero había dicho la verdad: lo que los kzinti deseaban de Vuela de Noche era más telépatas.

Obtendrían de él la localización de Garras Enfundadas. Después de conseguir lo que deseaban, le proporcionarían un harén. Lo mantendrían prisionero en medio del lujo. Mensajero había dicho que no le obligarían a tomar ninguna droga; podía ser cierto.

Un kzin podía adaptarse a eso.

Yo podía salir violentamente de mi botella de plástico, gritando el aire de mis pulmones, esgrimiendo el w'tsai..., liberarlo rasgando su prisión, y hallarme luchando solo mientras él hinchaba otra burbuja para sí.

Vuela de Noche flotaba completamente inmóvil, muy relajado, las orejas dobladas. Podía estar dormido. Podía estar observando a sus tres captores guiar el bote hacia la Apareamiento Furtivo.

Observé sus orejas. Las orejas hacen que le resulte difícil a un kzin mentir. Mentir a un holograma debe de ser más fácil, y no debían de haberle llamado Mensajero por nada.

Un agitar de orejas, un sonido bajo, un toque a los controles. Estábamos cruzando una intensidad letal de rayos gamma.

Los sobacos del jotok ondularon sobre su teclado. Su ordenador era una franja estrecha de algo rígido; estaba pegado o sujeto con velcro a la pared de la burbuja. El teclado y la holopantalla eran proyecciones. Conocía la marca.

- ¿Paradójico? ¿No es eso un Gates Quintillian?

- Sí. Los ordenadores de fabricación humana son superiores a los del Patriarcado.

- ¡Oh, eso explica los corchos! ¡Los dedos de Vuela de Noche son demasiado grandes para el teclado, así que se pone corchos en las garras!

- Es usted Beowulf Shaeffer - dijo el jotok.

Sufrí un espasmo como una rana electrocutada, luego me volví para mirarle con la boca abierta.

-¿Cómo es posible que...?

¿Cómo es posible que pienses que un albino de dos metros diez haya perdido treinta y cinco centímetros de altura y haya desarrollado una cabellera negra rizada y un profundo bronceado?

Tinte capilar y píldoras de secreción de taninos, y bof con todo ello, teníamos auténticos problemas. Pregunté:

- ¿Ha pasado tres horas investigándome?

- Es usted el único aliado a mano. Necesito comprenderle mejor. Es buscado usted por el ARM por conspiración para la abducción, cuatro casos.

- ¿Cuatro?

-Sharrol Janss, Carlos Wu, y dos niños. Feather Filip es sospechoso de co-conspirador. El interés del ARM parece estar centrado en los genes perdidos de Carlos Wu, pero se supone que Sharrol Janss es simple y llanamente una fob, por lo que nunca hubiera abandonado la Tierra voluntariamente.

- Todos nos fuimos juntos.

- Mi interés reside en sus habilidades, no en sus crímenes. Era usted un piloto civil de nave espacial. ¿Estaba entrenado para habilidad en caída libre?

- Sí. En cualquier emergencia en una nave espacial, la gravedad es lo primero que cae.

- Es usted hábil si ha escapado al ARM hasta ahora. ¿Qué fue lo que le impulsó?

- Tenemos que vivir. Tenemos que ganar.

- Ésas son buenas ideas...

- No, no lo ha captado. - El jotok tenía que comprender-. Los Convenios de 2505 permiten tomar rehenes. Tan sólo ponen restricciones en su trato. He revisado esos malditos documentos tres veces de cabo a rabo. La Odysseus es rehenes en una caja, vivos y congelados. No se morirán de hambre. Mensajero puede llevar a Vuela de Noche allá donde quiera, le tome el tiempo que le tome, luego regresar y liberar a la Odysseus. Todo está en los Convenios.

-Si algo va mal -dijo Paradójico-, nunca volverán.

- ¡No, es peor que eso! ¡Si todo va bien para ellos, no habrá ninguna buena razón para volver a menos que sea para llenar las despensas! Los Convenios tan sólo se aplican cuando te cogen. Mi familia está muerta en un cien por ciento si no podemos cambiar eso.

- Puede que la palabra de Mensajero sea buena. ¡No! Mala apuesta. Deberíamos estudiar las posibilidades. Beowulf, ¿ha desarrollado usted algún plan?

- No sé lo suficiente.

Los tres miembros de la tripulación estaban despiertos ahora, mirándonos mirarles, aunque su vista estaba centrada más en Vuela de Noche.

El hablador de Paradójico cobró vida. Mi traductor dijo:

«Háblanos de la lucha que te hirió.»

Vuela de Noche fue lento en responder.

- A la gente de Garras Enfundadas le gusta el planeo.

Somos unos grandes planeadores para ser kzinti, y no muchos de nosotros volamos. Yo era casi un adulto, buscando un nombre. Mi intención era volar desde el Parque Sangre hasta Aterrizaje, trescientos kilómetros a lo largo de una orilla rocosa y luego tierra adentro, por la noche. Posarme en el Parque Descentrado. Hacer que los humanos se sobresaltaran.

Empacador dejó escapar un bufido.

- ¡Sobresaltar a los humanos, vaya forma de ganarse un nombre! - Y el kzin que no tenía nombre preguntó:

- ¿Son diferentes de noche las corrientes térmicas?

-Muy diferentes -dijo Vuela de Noche.

- La búsqueda de tu segundo nombre te trajo hasta aquí afirmó Mensajero.

- Sí. Esperaba que un kzin con cicatrices pudiera pasar desapercibido entre otros kzinti. Sería menos probable que se produjera algún desafío. Cualquier lapso en los conocimientos podría ser atribuido a la herida en la cabeza. Podía pasar desapercibido más fácilmente en un mundo parte kzin y parte humano como Shasht-Fafnir.

-Pasas muy ligero sobre un asunto importante. ¿Qué te hizo marcharte de tu mundo?

- ¿Dónde estaría mi honor si te dijera eso?

- ¿Contrabandistas? ¿Bandidos? ¿De qué especie? Nos dirás eso también, Sin Nombre. -Oímos un clic: la comunicación se cortó.

Uno de los kzinti se puso en pie. Otro acuchilló el vacío, un mero gesto con la muñeca, pero el primero se sentó de nuevo.

Las estrellas giraron..., y algo que no era una estrella surgió a la vista, brillante con puros colores láser: las luces de situación de la Apareamiento Furtivo.

- Vamos a amarrar -dije-. Si ocurre algo, usted conserve la pistola de agujas; yo quiero la hoja. Accionar el cierre conecta el aire, así que no olvide eso.

- No tema - dijo Paradójico.

La gravedad desapareció. Flotamos. Las naves danzaron una en torno a la otra. Yo hubiera amarrado menos bruscamente. No soy un kzin.

-Ellos saben demasiado sobre nosotros -dije.

-¿En qué contexto? -preguntó Paradójico.

- Conocían nuestro manifiesto. Conocían nuestra posición...

- Hallar otra nave en el espacio interestelar no es una cosa que puedan planear, Beowulf.

- De la Entidad Legal Graynor a Paradójico - dije - . Véalo de este modo. La única forma de llegar hasta aquí, cayendo a través de la Abertura Tao en el espacio einsteiniano, es yendo de Fafnir a Hogar. La Apareamiento Furtivo obtuvo de algún modo nuestra ruta. Partieron más tarde con una nave más rápida. Hubieran podido atraparnos mientras nos acercábamos a Hogar durante la deceleración..., rastreando nuestra estela gravitónica..., o agarrarles a usted y a Vuela de Noche después de que cruzaran la Aduana. No es posible que esperaran hallar la Odysseus aquí. Atraparnos aquí fue un azar, una oportunidad. La aprovecharon.

- Eso es lo que dice usted.

- Me gusta pensarlo.

- ¿De veras? - Paradójico se me quedó mirando fijamente-. ¿Por qué?

- Había que decirles a clientes, grandes señores, aliados, todo tipo de apoyo, que la Apareamiento Furtivo se halla en ruta hacia Hogar. Cualquier cita con la Apareamiento Furtivo será en Hogar. ¿Cuándo podían cambiar eso? ¡Todavía se encaminan hacia Hogar!

- Muy especulativo.

- Lo sé.

La bodega de carga de la Apareamiento Furtivo era más grande que la del bote, bajo puertas que se abrían como alas.

El bote liberó los módulos de carga. Dos kzinti salieron y empezaron a moverlos. Mensajero se quedó atrás. Observó la acción en el espacio, ignorándonos.

- Todavía no - dijo Paradójico. Asentí. Vuela de Noche flotaba medio enroscado. Parecía dormido, pero sus orejas no dejaban de agitarse como pequeños abanicos.

Comí mi ración alimenticia. Paradójico desvió la mirada.

Empacador y el sin nombre trasladaron los módulos a la nave, haciendo juegos malabares con ellos a medida que se acercaban a la Apareamiento Furtivo. Brazos articulados se tendieron para agarrarlos y meterlos en la bodega y fijarlos. Pareció tomar toda una eternidad, pero yo hubiera movido aquellas masas una a una. Ellos tenían prisa. Un error de cálculo podía dispersar su contenido por todo el espacio.

La Estrella Bisagra debía de estar cerca.

Las puertas de la bodega de carga se cerraron. La Apareamiento Furtivo giró sobre sí misma, y el bote fue atraído contra el casco. Ahora éramos una sola masa.

La escotilla en el suelo se abrió. Tres kzinti con trajes de presión la cruzaron para unirse a Mensajero. El pecho y la espalda del que los comandaba mostraban una feroz sonrisa kzinti hecha con puntos y comas de un llamativo color naranja. Nos dirigió una breve ojeada a mí y a Paradójico, luego se volvió hacia Vuela de Noche.

Mi traductor dijo:

-Soy Meebrlee-Ritt.

- ¡Bof! -exclamó Vuela de Noche en intermundos.

- Tu observación es anotada. Sí, soy de la línea del Patriarca. ¡Tu Primer Sire fue el telépata de la Garra Chorreante, que traicionó al Patriarca Rrowrreet-Ritt y mostró a la presa cómo destruir su propia nave!

- Y nunca volvió a por sus orejas. De hecho, estaban en el interior del ardiente plasma - dijo Vuela de Noche. Meebrlee-Ritt le dijo a Mensajero:

- Éste tiene que ser domado.

Mensajero se estremeció, con las orejas planas. Incluso yo pude notar el cambio en su voz, el tono gimiente:

- Dominante, este estúpido se mutiló a sí mismo a causa del fracaso de una broma fracasada, ¡y esa broma era la búsqueda de su nombre! Tiene que ser un macho inferior, nunca se ha apareado. Su arrogancia es pura bravuconería o locura, iO de otro modo la vida entre los humanos lo ha vuelto completamente extraño! ¡Pero permite que Técnico nos dé presión de aire, soltemos a Telépata, y el hedor de tu ira lo acobardará de inmediato!

- Empleemos menos esfuerzos que eso. - Meebrlee-Ritt se volvió de nuevo hacia Vuela de Noche -. Telépata, tu vida puede ser tomada por cualquiera que la reclame.

- ¿Necesitas mi consentimiento para esto?

-¡No!

-¿O la confesión de mi Primer Sire? Eso podría ser materia de cualquier programa escolar de Garras Enfundadas. Entonces, ¿de qué debemos hablar? Cuéntanos cómo ganaste tu nombre.

-Nací con él, por supuesto. Hablemos de tu futuro.

-¿Tengo futuro?

- Tu línea de sangre puede ser perdonada. Puedes conservar tus esclavos, los mismos que tienes ahora, y un harén de mi elección...

- ¿Tu elección? Dominante, perdona mi interrupción, por favor continúa.

¡Aunque estuviera familiarizado con el sarcasmo humano, no era probable que Meebrlee-Ritt lo captara en un entorno kzinti! Había leído que los telépatas kzinti eran veleidosos y no terriblemente brillantes. Meebrlee-Ritt habló más lentamente.

- ¡Sí, de mi elección! Puedes vivir tu vida en el honor y el lujo, o puedes morir miserablemente a mis manos.

- Meebrlee-Ritt, no esperarás que salte de inmediato a una decisión tan difícil. ¿Negociarás las vidas de tus rehenes?

-Sumisos humanos desarmados - bufó su desprecio Meebrlee-Ritt-. Pero, ¿qué es lo que quieres negociar? ¿Tu mundo?

-Sólo mis genes. Considéralo -dijo Vuela de Noche. En la lengua de los héroes su habla era un largo gruñido, pero la traducción sonaba plácida-. El que es obedecido, el que lucha mejor, el que se aparea, es el alfa, el dominante. ¿Me ordenas que me aparee? ¿Cómo me persuadirás de que soy un dominante? Sométete a esta fácil petición. Rescata a mis antiguos anfitriones. Libéralos y devuélvelos a Hogar.

-¿Por qué debería quererte en celo? No hay hembras a bordo de la Sraff-zisht. Empacador, Mensajero, quedaos. Dejad anulada la gravedad. Técnico, ven conmigo. La Estrella Bisagra está cerca.

Dos kzinti cruzaron la escotilla. Dos ocuparon sus asientos. Sus manos estaban ociosas. Ahora el bote cabalgaba la Apareamiento Furtivo como un parásito.

-¿Puede ver la Estrella Bisagra? -pregunté a Paradójico.

-¿A coma seis kilómetros de distancia? Me halaga. Supongo que debe de estar centrada en ese cuajarón -respondió.

¿Cuajarón? ¿Ese pequeño y prieto nudo de resplandeciente gas? Miré, miré... Un punto rojo estalló en un sol blancoazulado, y caí en él. Las estrellas giraron. Los globos que nos albergaban ondularon como golpeados por niños invisibles. Mi cuerpo onduló también.

Había pasado por esto otra vez, pero era mucho peor. Aferré las cintas de los asideros con manos crispadas. Aullé.

Sólo duró unos segundos, pero el terror permaneció. Uno de los kzinti señaló hacia mí, y ambos rieron exhibiendo los dientes.

Empacador se encaminó al baño/ ducha. El otro, Mensajero, se quedó para comprobar posibles daños de marea.

Vuela de Noche aferró asideros, se sujetó sutilmente, con las orejas muy abiertas. Sus ojos se clavaron en los míos.

- Paradójico, ahora - dije.

Paradójico se abrió como una estrella de mar en la pared del refugio, justo al lado de la abertura. Vomitó el mango del w'tsai.

Tiré de la hoja envuelta extrayéndola de sus fauces y la saqué de su vaina. Aferré la hoja contra mi cuerpo, exhalé fuertemente, abrí el cierre, todo en un solo movimiento, suave como la seda. La presión me lanzó con un pop al interior de la cabina, directo hacia la espalda de Mensajero, gritando para vaciar mis pulmones antes de que estallaran.

Hundí la hoja, la saqué, sentí la vibración.

Había pensado en retroceder hasta una pared y liberar a Vuela de Noche cortando su refugio con la hoja. Pero eso no iba a funcionar. El diplomático kzin vio mi sombra y giró en redondo. Lancé un tajo, apuntando a decapitarlo, y varié la trayectoria de la hoja para interceptar el barrido de su brazo, tan rápido como el de un gato.

Barrió su brazo a través de la hoja y me golpeó directo en la mandíbula.

Fue un golpe tremendo. Giré aturdido hacia atrás. Su brazo giró también, cortado a lo largo de un plano diagonal, escupiendo sangre. Si hubiera seguido unido al resto de su cuerpo, me hubiera arrancado la cabeza.

Me apoyé contra la pared y salté.

La red de su asiento retenía todavía a Mensajero: Su brazo y su manga derecha chorreaban sangre y aire. Mensajero golpeó los controles con la mano izquierda, luego accionó la red de su asiento y saltó fuera de mi camino. ¡Alcancé su pie! El cuchillo era diabólicamente afilado. Mis oídos rugían, mi vista se estaba nublando, pero el vacío cayó también sobre él mientras su brazo y su tobillo arrojaban sangre y aire. Su equilibrio estaba descompensado cuando retrocedió de la cúpula y vino hacia mí. Pateó. Mi ángulo era malo y me rozó.

Girando, girando. Abrí brazos y piernas para que la pared detuviera mi impulso y matara mi giro. Intenté localizarle.

El rugir proseguía. Mi visión era brumosa... No: la cabina estaba llena de bruma. Vuela de Noche había desgarrado con sus garras la pared de su refugio, que ahora colgaba flácida. ¡Teníamos aire!

Aún no tenía tiempo de liberar a Vuela de Noche porque... ¡ahí estaba! Mensajero estaba de vuelta a los controles. Me preparaba para saltar cuando un resplandor blanco estalló en su mano.

Tenía un arma.

Cambié mi salto. Me llevó detrás del cañón. Dos proyectiles puntearon la pared detrás de mí. Esgrimí el w' tsai en un amplio arco a través del refugio de vacío de Vuela de Noche, y seguí cayendo hacia el baño/ducha. Empacador no podía ignorar eternamente aquel tumulto.

La puerta se abrió ante mi rostro, y tajé verticalmente. Empacador estaba desnudo. Su mano izquierda estaba en la manija, de modo que cambié el ángulo de corte, justo para alcanzar su mano libre, sus garras y el w'tsai de hierro que sujetaba en ella. Me golpeó fuerte, pero el golpe fue romo. Giré una vez sobre mí mismo y me estrellé contra Mensajero y corté.

Divisé un atisbo de Paradójico tras de mí, me sujeté y corté de nuevo. Paradójico estaba disparando agujas anestésicas hacia todos lados. El kzin no se revolvía. No vi las implicaciones, así que seguí cortando.

- ¡Mart! ¡Entidad Ilegal Mart! ¡Beowulf!

-¿Qué? -grité. Distraerme ahora podía..., ¿qué? Delante de mí había una derivante nube de sangre y carne despedazada. Paradójico había dejado de disparar agujas. Detrás de mí, Vuela de Noche estaba sujeto a la espalda de Mensajero, mordiendo su oreja y manteniendo a raya la mano que aún tenía garras. Mensajero le golpeaba con la otra mano. Ambos parecían atrapados. Mensajero no podía alcanzar a Vuela de Noche, pero Vuela de Noche no se atrevía a soltarlo.

Me acerqué con cuidado. Los brazos de Mensajero estaban atareados, así que pateó con la sana intención de destriparme. Corté todo lo que pude alcanzar. Patada/tajo, patada/tajo. Cuando sus movimientos se hicieron más lentos lo maté.

El aire estaba lleno de glóbulos de sangre y bruma roja. Estábamos respirando aquella mierda. Apliqué un paño contra mi rostro. Vuela de Noche estaba bufando y estornudando. Paradójico había colocado parches antimeteoritos allá donde Mensajero, que ahora flotaba flácido, me había disparado. Lo metí en el refugio e hice que lo cerrara.

Vuela de Noche fue a los controles. Unos minutos más tarde teníamos gravedad. Toda la mierda escarlata se posó en el suelo y pudimos respirar.

Yo me había vuelto loco furioso. Nunca me había ocurrido nada así antes. Mi mente estaba regresando lentamente. ¿Por que había aire?

Aire. Piensa: Había abierto de un tajo el traje de Mensajero. Él presurizó la cabina para salvar su vida. Paradójico debió de salir entonces. Las agujas del jotok derribaron a Mensajero pese a su traje de presión..., ¿por qué? Porque Paradójico estaba clavando agujas en la carne cada vez que yo cortaba la armadura del kzin. Y por supuesto yo no había acudido a liberar a Vuela de Noche hasta más tarde...

Guardé la hoja.

- ¿Vuela de Noche? Creo que esto es suyo.

La tomó torpemente.

- Ningún testigo hubiera podido suponer eso - dijo, y me la devolvió-. Límpiela en la cascada.

Costumbre kzinti: nunca prestes un w'tsai. Si lo haces, devuélvelo limpio. ¿Cascada?

Se refería a la gran caja. La palabra era un chiste. Encontré una gran manta hecha de esponja, con un tubo adosado. Cuando la envolví alrededor del w'tsai, dejó la hoja limpia. La probé sobre mí. La manta me inundó con agua jabonosa,

luego con agua limpia, luego sorbió hasta dejarme seco. Una sensación extraña, pero salí limpio.

El váter tenía la apariencia de una caja de arena ovalada con asideros para pies y manos a su alrededor, aunque la arena no se movía. Más tarde.

Había un traje de presión abierto como un pellejo contra la pared, para un más fácil acceso.

También había un display de status. No supe leer los brillantes puntos y comas, pero el diplay debía de haberle dicho a Empacador que había aire fuera, y había salido a la carga...

Estaba empezando a temblar.

Emergí de la caja de la cascada a una aullante tormenta. La sangre había desaparecido por completo. Ni siquiera podía olerla. Vuela de Noche y Paradójico estaban en la pared/cocina alimentando la tolva con carne despedazada.

- Ese tipo de cosa debe de ser normal en una nave espacial del Patriarcado -dijo alegremente Vuela de Noche-. Agujeros en las paredes y maquinaria, sangre y cadáveres por todas partes, ningún problema. Esta tolva podría contener a un gran danés..., un perro grande, Mart. El subsistema de limpieza funciona tan bien como el culo de un hombre. - Vio mis temblores -. Ha matado usted. Debería comer algo. ¿Deben cocinarse sus alimentos? No sé si tenemos alguna fuente de calor.

-No se preocupe por ello.

- Debo hacerlo. ¡Tengo hambre! - Vuela De Noche sonrió ampliamente-. No le gustaré hambriento, ¿sabe?

- ¡Bof, no! - ¿Un chiste local de Garras Enfundadas? Intenté echarme a reír. Sin dejar de temblar.

Paradójico estaba arrastrándose sobre uno de los paneles de control.

- Esta cocina fue montada separadamente. Es de manufactura shashter, quizá conectada al submundo naranja. Alimentará esclavos. - Dio unas palmadas en su superficie, y una sustancia espumosa de color verde brotó al interior de una bolsa de plástico. ¿Desechos pantanosos? Palmeó de nuevo, y la pared generó una loncha de sangrante carne. De nuevo: zumbó y vomitó un ladrillo a capas.

Una ración alimenticia. Mientras Paradójico sorbía su bolsa de desechos pantanosos y Vuela De Noche devoraba la caliente carne cruda, yo comí tres ladrillos alimenticios. Nunca volverían a saber tan bien.

Vuela De Noche había conservado las orejas de Mensajero, una intacta y una mordida hasta casi un muñón, y las de Empacador, ambas intactas. Me ofreció esas últimas.

-Su presa. Mart, puedo hacer que...

Las tomé. Mi presa.

Nos habíamos apoderado del bote. ¿Y ahora qué?

- La parte más difícil será persuadir a Meebrlee-Ritt de que todo está bien aquí -dijo Vuela De Noche. Su voz cambió -. Dominante, todo va según lo planeado excepto el comportamiento de Telépata. Dominado por el miedo, ha ensuciado todo su refugio. ¿Debemos limpiarlo? Puede ser un truco....

Curioso. Yo seguía temblando.

- Eso está muy bien, yo soy incapaz de notar la diferencia, pero Meebrlee-Ritt o Técnico pueden.

-Guíeme.

-No pudo hallar la plataforma holográmica.

Vuela De Noche tocó algo. Todo aquel lado del arma principal se convirtió en una ventana, de suelo a cúpula, un panorama multicolor a través de una estepa naranja hasta una ciudad de enormes torres. Habíamos estado prisioneros al otro lado de ello.

-¡Bof! -dije-. Va a ver hasta el último folículo piloso. De acuerdo, todavía estoy estremecido. Hemos conseguido el traje de presión de Empacador. Las órdenes eran abandonar a los, esto, prisioneros en el vacío y cayendo. Probemos esto...

»Siempre que Meebrlee-Ritt llame, Empacador está en el cuarto de la cascada. - No habíamos oído lo suficiente de la forma de hablar de Empacador como para imitarle -. Entidad Legal Vuela De Noche, usted es Mensajero. Se halla metido en el traje de presión, nosotros en los refugios de vacío. Tendremos que cambiar las marcas del traje. Diría que las órdenes de Mensajero son aguardar pacientemente a que llame su oficial alfa. - No me gustaba el sabor de nada de aquello -. Así que puede pillamos por sorpresa en cualquier momento.

- Debo hallar una excusa para llamarle yo a él.

-Si cualquier cosa va mal, necesitamos aire al instante. Paradójico, ¿ha encontrado un conmutador de aire de emergencia?

- Aquí, luego aquí.

- Vale. Mensajero, ¿qué va mal con su voz?

-Nada -dijo Vuela De Noche.

- Bien, será mejor que así sea.

- Vale - dijo el kzin -. Realmente no deseamos el vacío, ¿verdad? Probemos esto en su lugar. Llamo porque no estamos en vacío, y mi voz...

Y esa historia era mejor que la mía, así que la elaboramos.

Pasamos algún tiempo examinando los controles, probando unas cuantas cosas. Hallamos la presión del aire, la mezcla del aire, la presión de emergencia, la gravedad de la cabina, el impulso. Las armas serían más difíciles de probar. Había controles que podías accionar por accidente sin matar a nadie, y eso se hacía con paneles virtuales de control. Armas y defensas eran botones e interruptores materiales, algunos de ellos en cajas cerradas, todos rígidos pero lo bastante grandes como para que yo pudiera accionarlos golpeándolos con el talón de la mano. Paradójico no podía accionarlos en absoluto.

La pared holográmica era también la pantalla telescópica. Paradójico nos ofreció una magnífica vista de la Nebulosa Semillero, toda ella giros y volutas de luz multicolor. Encontró la Odysseus a un año luz detrás de nosotros, girando sobre sí misma y en caída libre, sin ningún signo de energía motriz, sólo la cadena de luces del corredor y el resplandor más brillante de la sala principal. Eso no nos decía si disponían todavía del hiperimpulsor. Todavía no podían usarlo.

Delante nuestro no había nada excepto distantes estrellas. Debíamos de estar aproximándonos al espacio plano, donde la Apareamiento Furtivo podría saltar a hiperimpulso.

Vuela De Noche llevaba el traje de presión de Mensajero. Las marcas eran las correctas. Mantendría la manga derecha oculta. Habíamos cortado parte del casco, de forma irregular, para oscurecer sus rasgos. Vuela De Noche golpeó la pared/cocina. Soltó un blando y húmedo órgano rojo oscuro que podría ser muy bien un hígado humano deforme. Esparció sangre sobre su rostro y pecho, luego sobre su oreja expuesta.

Mis temblores se convirtieron en un violento estremecimiento. Vuela De Noche de miró consternado.

-¿Entidad Legal Mart? ¿Qué ocurre?

- Demasiadas muertes.

-¿Dos enemigos es demasiado? Entonces salga del ángulo de visión de la cámara. ¿Estamos preparados?

- Adelante.

Meebrlee-Ritt exhibió una sonrisa que era casi una mueca.

-Mensajero, espero que esto sea del mayor interés. Nos estamos preparando para el hiperimpulso.

- Dominante, nada de esto ha sido elección mía - aulló Vuela De Noche al rostro de enorme tamaño-. El humano atacó mientras Empacador estaba visitando la cascada. Hemos matado al esclavo de Telépata...

- ¿El jotok ha muerto?

Vuela De Noche hizo una mueca.

- ¡No, Dominante, no! Sólo el hombre. El jotok vive. Telépata vive.
- El hombre no importa. ¡Telépata no compró al hombre!
¿Se mantiene funcional Empacador? ¿Y tú?
- Empacador está bien. A mí me sangra la nariz, he perdido función pulmonar, he perdido audición. El hombre tenía un arma de proyectiles, un juguete, pero dañó mi casco. Conseguí poner la cabina bajo presión. Empacador mantiene vigilado a Telépata. ¿Debo devolver la cabina al vacío? Uno de nosotros deberá permanecer en la cascada.
- Pon a Empacador a los controles. ¿Qué puede arruinar mientras estáis posados? Mantén la caída libre. Tú y Empacador estáis entrenados para ella, nuestro prisionero no. Tú, Mensajero, habla con Telépata. Averigua lo que desea, lo que teme.
Una mueca.
- Lo haré, Dominante.
Nos enfrentamos de nuevo a un cañón electromagnético.
- Bien - dije -. Lo ha hecho realmente bien.
De pronto, el espacio a mi alrededor parpadeó como un ojo. Lo capté y miré al suelo. Vuela De Noche alzó la vista y parpadeó a la distorsión.
-Mart, no creo... ¿Mart? Estoy ciego.
Paradójico estaba hecho un nudo, con los brazos cubriendo todos sus ojos. Dije:
- Quizá será mejor que lleve a Paradójico a la cascada y nos quedemos allí.
- ¡Perdido! ¡Confuso! ¡Ciego! ¿Cómo sobrevive usted a esto? - preguntó el jotok - . ¿Cómo lo hace cualquier Entidad Legal?
- Ellos cerrarán las ventanas de la Apareamiento Furtivo. No veo cómo hacer lo mismo aquí. Supongo que deben de dejar el bote vacío si pueden. Vuela De Noche, baje la cabeza. Mire al suelo. ¿Ve el suelo? Mantenga esa postura.
- Vale.
Me situé debajo de Paradójico y él se envolvió a mi alrededor, treinta kilos de seco pulpo despellejado. Lo deposité sobre los hombros de Vuela De Noche hasta que se aferró a él.
- La gravedad está puesta, ¿no? Simplemente arrástrense hasta la cascada. No levanten la vista.

En hiperimpulso le ocurre algo inconmensurable a los fenómenos electromagnéticos, o a los órganos que los perciben; ojos, nervios, cerebros. Una visión del hiperespacio es como haber nacido sin vista. El Punto Ciego, lo llamamos.
En la cascada nos enderezamos y nos estiramos. Vuela De Noche dijo:
- Ninguno de nosotros sabe volar...
- No. Éramos pasajeros. Polizones. Relájese y deje que sean ellos quienes vuelen.
- ¿Cómo puede ninguna mente guiar una nave a través de esto? -preguntó Paradójico.
- Hay especies que no pueden tolerarlo - dije -. Los jotok no pueden. Quizá los titiriteros no puedan tampoco; la mayoría de ellos nunca abandonan su sistema natal. Los humanos pueden usar un señalador de masas, un dispositivo psiónico para hallar nuestro rumbo a través del hiperespacio, siempre que no miremos directamente al Punto Ciego. Pero eso es..., bueno, parte del dispositivo psiónico es la mente del operador. Los ordenadores no ven nada. Los kzinti tampoco. Sólo hay unos pocos fenómenos kzinti que pueden mantener el rumbo directamente a través del Punto Ciego.
- Es la línea de sangre del Patriarca - dijo Paradójico - . Tras la primera Guerra Con Los Hombres, cuando los kzinti adquirieron el hiperimpulsor, aprendieron que la mayoría no pueden astronavegar a través del hiperespacio. Unos pocos sí pueden. El Patriarca pagó con nombres y mundos para añadir a sus hermanas e hijas a su harén. Hoy en día los – Ritt pueden volar por el hiperespacio.
- ¿De veras? - dijo Vuela De Noche.

-Ocurrió mucho después de que los suyos fueran apartados. Entidad Legal Graynor, investigué sobre eso más que usted. Por supuesto, ve usted las implicaciones. Meebrlee-Ritt es quien debe hacer volar la Apareamiento Furtivo. Se verá sometido a una cierta tensión, posiblemente al borde de su cordura. Técnico debe de verle en ese estado tan embarazoso. Mensajero y Empacador no necesitan hacerlo, y ningún prisionero debe.

- ¿No llamará? - Lo convertí en una pregunta.

-No esperará respuesta. Empacador y Mensajero se ocultarían en la cascada - dijo Paradójico.

Aquello nos satisfizo. Estábamos agotados.

Durante tres días vivimos en el cuarto de la cascada.

Un kzin hubiera atestado la cascada. Con el añadido de un hombre y un jotok, la cosa alcanzaba límites increíbles. El olor de un kzin furioso me ponía los nervios de punta. No podía dormir de esa forma, así que mantuve una fuerte renovación de aire funcionando constantemente.

Usábamos el cajón de arena a plena vista unos de otros. Hubo constantes comentarios procaces. El jotok era muy limpio. Vuela De Noche cubría sus deposiciones usando un pie enguantado y esperaba que yo hiciera lo mismo, pero no era necesario. La «arena» magnetizada hervía y se lo tragaba todo al reciclador.

Alguien tenía que salir en busca de comida. Resultó que nadie podía hacerlo excepto yo.

Nuestras charlas eran amplias.

Vuela De Noche nunca nos dijo cómo había alcanzado Fafnir, ni siquiera cómo había cruzado la Aduana. Nos dijo algo acerca de los dos que habían ido con él en su búsqueda de nombre.

- Dejé a Matanazis coleccionando todavía juegos de ordenador y fui a comprar un jotok...

- ¿Qué tipo de nombre es «Matanazis»?

- Es un juego ilegal. Los hijos de nuestro Primer Sire lo descubrieron entre los programas de ejercicios en el Pincel del Ángel. Matanazis es muy bueno en él. En Shasht juegos mejorados y ordenadores modernos y guantes waldo para manos kzinti, pensando que ésos iban a hacerle ganar su nombre.

-Siga.

-Quizá ya esté en casa. Quizá la Guerra Más Larga lo atrapó. No habría sobrevivido a eso. En cuanto a mí, perdí tiempo buscando técnicas médicas para curar mis huesos rotos. ¡Esa práctica ha evolucionado solamente para los humanos! Los kzinti siguen conservando sus cicatrices. Las costumbres difieren.

»Pero Quemahierba consiguió lo que él deseaba. ¡Gatitos!

- ¿Gatitos?

-Sí, seis no relacionados, un conjunto procreador. En Garras Enfundadas sólo hay fotos y holos de gatos, y una biblioteca de relatos sobre gatos de fantasía, y niños que ofrecen a un gatito kzin una madeja de hilo sólo porque eso pone furiosos a sus padres, nadie recuerda por qué. Los gatos darán a Quemahierba su nombre. Pero también recordamos a los jotoki. Paradójico, si dos especies son más listas que una, tres tienen que ser más listas todavía. Ganarás mi nombre, si podemos alcanzar Garras Enfundadas.

Me arranqué de una pesadilla diciendo:

-¿Cuál era ese nombre? ¿Apareamiento Furtivo?

- Estábamos dormidos - se quejó Paradójico -. Nos encanta dormir en caída libre. Allá en el lago. Pero despertamos y seguimos siendo un yo.

- Lo siento. - Casi recordé el sueño. Un lago de sangre hirviendo, kzinti patrullando las orillas, maravillosamente deseables mujeres humanas en las sombras más allá. Yo intentaba nadar. El dolor era abrumador, pero tenía miedo de salir.

Había vasos sanguíneos rotos por todo mi cuerpo. Dolían lo suficiente como para arruinar mi sueño.

Era nuestra cuarta mañana en hiperimpulso.

- Sraff-zisht - dijo Paradójico.

- Porfavormadam, busca nave espacial interestelar local a Fafnir, tripulación kzinti, nombre en la lengua de los héroes Sraff-zisht. Procesa.

Vuela De Noche despertó. Dijo:

- Vaya a buscar comida, Mart.

Cuando salía a buscar comida, desprendíamos la manta de la ducha para que pudiera usarla como escudo. Meebrlee-Ritt nos había ordenado que mantuviéramos el bote en caída libre. No había forma en que pudiéramos estar realmente seguros de que no iba a llamar. Tenía que usar los asideros. Había hecho una red para la comida.

Mi ordenador hizo ding mientras estábamos comiendo. Escuchamos:

La Sraff-zisht era conocida en los mercados de Shasht, y en Wunderland también. La nave llevaba carne roja a Fafnir y cargaba allí alimentos marinos. En Wunderland hacía lo inverso. Los cambios de tripulación eran frecuentes. Normalmente los tripulantes duraban poco tiempo. Este viaje partieron ligeros y pronto.

- La Sraff-zisht no está armada - dije. Había esperado que fuera cierto; ahora lo sabía-. La aduana de Wunderland es cuidadosa. Si nunca hallaron armas o monturas para armas, es que no están aquí. ¡Nosotros tenemos la única!

- ¡Sí! - Las garras completamente extendidas de Vuela De Noche podrían detener el corazón de un hombre sin siquiera tocarlo.

- He estado pensando - dije -. Tiene que haber una forma de cerrar la franja de esa ventana. ¡Una tripulación kzinti no podría ocultarse indefinidamente ahí dentro! ¡Se harían pedazos los unos a los otros!

-Sabía eso -dijo Vuela De Noche-. Simplemente no deseaba salir ahí fuera. ¿Debemos hacerlo?

Los tres nos arrastramos fuera con la manta de la ducha sobre nosotros, Paradójico cabalgando sobre los hombros del kzin. Permanecimos debajo de la manta mientras accionábamos los controles. Me sentía como un niño manejando mi pantalla plana bajo las mantas tras haber sido enviado a la cama.

Había un interruptor físico bajo una pequeña tapa con una cerradura de código. Ninguno de nosotros teníamos el código. El interruptor no era de autodestrucción. Sabíamos eso.

Cuando terminamos con todas las opciones retiré la tapa con el w'tsai y accioné el interruptor.

Desde debajo de la manta vimos cambiar las sombras. Eché un vistazo fuera. Perdida mi visión, perdida incluso mi memoria de la visión..., vi el borde de un escudo arrastrarse cruzando el último borde de la ventana.

Si Meebrlee-Ritt hubiera llamado antes, nos hubiera visto volando por el hiperespacio con las ventanas abiertas. No pagas por algunos errores.

- Creo que será mejor pasar mucho tiempo disfrazados y ahí fuera -le dije a Vuela De Noche. Vi su expresión; mejor no seguir con aquello -. Los próximos días deberían de ser seguros, pero hemos de practicar algún disfraz en usted. Meebrlee-Ritt llamará cuando nos haya sacado de ahí, y esperará una respuesta, y no esperará que todavía siga usted cubierto de sangre y medio oculto por una armadura rota. Es un viaje de dieciocho a veinte días hasta Hogar, dicen. Diez para ir, digamos tres en el hiperespacio.

El kzin estaba desgarrando algo grande con los dientes. - Siga hablando.

- Necesitamos pintarle. Mensajero tiene un rostro liso, sin marcas excepto lo que parecen unas cejas negras en punta hacia arriba.

-¿Qué piensa usar como pintura?

- Las cocinas de algunas de las naves de las Líneas Nakamura ofrecían tintes para los huevos de Pascua. Pero entraron en bancarrota. ¿Qué tenemos? Veamos la pared/cocina.

Las opciones a bordo del bote de la Sraff-zisht eran escasas. Una variedad de raciones inidentificables. El barro verdoso de Paradójico. Veinte alojamientos para carne...

- Vuela De Noche, ¿qué es eso?

-Sucedáneos de presas de Kzin, espero. No es malo, sólo extraño.

No todo era carne. Teníamos dos sabores de sangre, y un líquido lechoso.

- Leche artificial con suplementos dietéticos - nos dijo Vuela De Noche-, para tratar heridas y enfermedades. Normalmente los adultos no la usarían.

Tres tipos de líquidos. Sangre caliente...

- ¿Es alguna de ellas humana?

- No sabría decir, y ésa es una maldita pregunta impertinente para formulársela a alguien con quien tiene usted que convivir...

- Lo siento. Lo que quería...

- ...durante los próximos nueve a diez días. Si sobrevivo a eso, ellos tendrán que darme un nombre.

- Tan sólo deseo saber si se coagula.

Un silencio. Luego:

- Una pregunta inteligente. He estado muy al límite, Mart.

No le dije que los kzinti nacen siempre así.

- Tranquilo. Relájese con un capuchino.

- Deberíamos espesar esto. Mezclarlo con algo como harina. ¿Ablandar una ración?

Abrimos las raciones. Trabajamos con las capas: un paté como de carne, un paté vegetal, algo parecido a queso, rebanadas de pan duro. El pan era demasiado grumoso: no servía. El queso espesaba la sangre. Un tipo de sangre se coagulaba. Obtuvimos un líquido espeso que podía esparcirse sobre el pelaje kzin, luego se espesaba más. La leche lo aclaraba un poco, pero luego seguía siendo demasiado líquido. ¿Más queso?

Cubrimos a Vuela De Noche por todas partes, excepto su rostro, que todavía no deseábamos embarrar. La última preparación parecía buena cuando la esparcimos sobre su barriga. Le hice un signo con los dedos cruzados y lo esparcí sobre su rostro.

No estaba mal.

Probamos sangre sin diluir para las cejas. Demasiado pálida. Nos ocuparíamos de ello más tarde. Retrocedí y pregunté:

- ¿Paradójico?

- Las marcas no eran simétricas - dijo Paradójico -. Tiende usted a desear que parezca demasiado humano. No son cejas. Trácelas de una forma casi vertical...

- Será mejor que lo haga usted.

Funcionó. Al final dijo:

- ¿Mart?

- ¡Estupendo!

Eso era todo lo que Vuela De Noche necesitaba. Nos envió girando sobre nosotros mismos cuando saltó hacia el cuarto de la cascada. Le dimos una hora para secarse, porque la manta ducha no chupaba toda el agua, y otra para calmarse. Luego empezamos.

No podíamos conseguir unas cejas lo suficientemente oscuras.

Finalmente abrimos un elemento calefactor de la pared/cocina, esperando no arruinar nada, y lo usamos para quemar a fondo una de las orejas de Mensajero. Usamos el carbón resultante para oscurecer las «cejas» de Vuela De Noche. Vendamos una de sus orejas («estallada a causa del vacío»).

Luego hicimos que aguardara, y hablamos.

- La Sraff-zisht vuelve a caer al espacio einsteiniano. Suena una alarma. ¿Disponemos de algunos minutos? ¿Se asea Meebrlee-Ritt antes de mostrarse? ¿Desea echar una cabezada?

-No fui educado entre los hijos del Patriarca.

- Nos ha dejado en los cometas interiores. Eso es un volumen enorme. No está preocupado por ninguna nave extraviada que esté por ahí, pero puede que desee controlarnos a nosotros. Todavía tiene que preocuparse por el hecho de que el gran telépata malo haya matado a su tripulación. ¿Vuela De Noche? ¿Las masacres son una rutina?

- Duelos, creo, y tumultos. Mart, las rutinas de aseo son muy sencillas. Cualquier tripulación superviviente con la punta de un dedo superviviente podría realizarlas.

-Meebrlee-Ritt llama. ¿Qué ocurre inmediatamente después?

- Pondrá rumbo al sistema de Hogar. Luego se regocijará en ello. Dejemos que los kzinti inferiores esperen. Cuente cuarenta minutos después de que entremos en el espacio einsteiniano.

- Vale. Llama. Mensajero está completamente limpio y aseado. Un gran vendaje en su oreja. ¿Cuál es la actitud de Mensajero?

Vuela De Noche exhibió sus garras. Los kzinti sudan, pero habíamos refrigerado la cabina. Su maquillaje se mantenía.

- Medio loco por la privación sensorial, pero todavía se atemoriza ante su oficial alfa. Reprime su furia. Puede que Meebrlee-Ritt disfrute de eso. Que cambie sus órdenes tan sólo para sacudir un poco a Mensajero.

- Que se atemoriza - dije.

Vuela De Noche se acomodó más abajo en su silla. Sus orejas se aplastaron, sus labios estaban fuertemente fruncidos.

- Bien. ¿Comerá Mensajero delante de Meebrlee-Ritt?

-¡No!

- Nuestro maquillaje no resistiría eso.

- ¡No, y prometo no comerme el maquillaje!

Lo mantuvimos hablando. Yo deseaba comprobar cuánto tiempo duraría el maquillaje. Deseaba ver si podía llegar a ponerse furioso más allá de todo control. Un poco de furia desatada no haría ningún daño en un kzin que se había visto atrapado en privación sensorial durante varios días, pero tenía que recordar lo que debía decir.

Tres horas más tarde..., él no se cuarteó, pero el maquillaje sí empezó a hacerlo. Lo enviamos a que se limpiara a fondo.

Era la mañana del noveno día. Yo no podía dejar de hablar.

- Saldremos del hiperespacio al borde mismo del sistema de Hogar. Ya casi sabemos cuándo. Sólo hay una velocidad en hiperimpulso... - aunque el hiperimpulsor Quantum Dos es enormemente más rápido y pertenece a otra especie -. Si la Sraff-zisht ha estado viajando directamente hacia Hogar a menos tres días de un año luz, entonces saldremos en...

- Cuatro horas y diez minutos - dijo Paradójico.

- El factor clave es, ¿dónde nos dejará caer Meebrlee-Ritt?

El hiperimpulsor ocupa espacio «plano». Si hay masas alrededor para distorsionar el espacio, la nave está perdida. Los pilotos son muy cuidadosos en no acercarse demasiado al sol que han establecido como blanco. Los tipos realmente cautelosos apuntan más allá del sistema que han elegido como blanco. ¿Que tipo de piloto es Meebrlee-Ritt?

-Su pronunciación es terrible -dijo Vuela De Noche.

- ¿De veras?

- Es un kzin loco. Apunta directamente al interior del blanco. Corta el hiperimpulsor a diez centímetros de la muerte segura. Deja que nuestra velocidad intrínseca nos lleve directamente al interior del sistema. Mart, ésa es la única apuesta decente.

-¿Dónde está Empacador? ¿Todavía en la cascada?

- Pensaré en algo.

- Quiero que esté maquillado dos horas antes.

-No.
-H...
- ¡Sí, puede pillamos por sorpresa! ¡Pero puede trazar un círculo! Puede entrar en el sistema de Hogar en ángulo.
Nuestra ventana de oportunidad puede caer en cualquier lado. - El habla de Vuela De Noche se estaba volviendo de nuevo confusa, los labios retraídos, montones de resplandecientes dientes blancos. Ni siquiera Mensajero tenía ese aspecto. Garras Enfundadas debía de disponer de una excelente higiene dental-. Sabemos que no se mostrará a Mensajero y a Empacador inmediatamente después de nueve días de dejar que el Punto Ciego lo vuelva loco y arruine su peinado. Empleará al menos cuarenta minutos para ponerme hermoso.
- Vale. ¿Ya continuación qué? Decelerar durante una semana. Dejar caer el bote en alguna parte, quizás en los asteroides, sin cambiar de rumbo. El cinturón de asteroides de Hogar es bastante estrecho. Pero todavía está lleno de lugares donde ocultarse.
» Lo llevarán a usted a bordo de la nave justo antes de que dejen caer el bote. Porque es usted peligroso. Gracias. - Me había discado una ración en la pared/cocina -. Es usted peligroso, así que lo mantendrán en caída libre hasta el último minuto. Si nos equivocamos en esto, podemos ser pillados por sorpresa.
-¿Llevarme a bordo? ¿Cómo? ¿Ordenando a Mensajero y Empacador que me aturdan y me hagan cruzar la esclusa estanca? No podemos hacer eso. ¡Están muertos!
- Habrá que engañar al oficial de tecnología de ahí dentro. -¿Cómo?
-No lo sé. Inventar una historia. Debemos conseguirlo sin ser atrapados.

Una grabación habló. Un ordenador zumbó.
- Dominantes, hemos regresado al universo. Aguarden verificación de las posiciones de las estrellas.
Paradójico empezó a retirar la cortina. Las estrellas emergieron. Fui a la pared/cocina y disqué lo que necesitábamos.
La grabación emitió una localización basada en algunas estrellas y cúmulos fáciles de situar. Paradójico escuchó intensamente.
- El sistema de Hogar - dijo -. Usaremos el telescopio para conseguir mejores datos. ¿Puede hacer usted eso solo?
- Sí. - Habíamos practicado. En caída libre todavía éramos un poco torpes, pero mezclé el maquillaje básico, luego añadí el carbón a la masa base. ¿Un poco más? ¿Todo? Listo-. Usted encárguese de las cejas, doc.
- Primero terminaremos esta tarea.
Vuela De Noche aguardó inmóvil mientras untaba su pelaje facial con la mezcla de comida.
- La estela gravitónica indica una segunda nave – dijo Paradójico.
- ¡Maldita sea! - gruñó Vuela De Noche, Me eché bruscamente hacia atrás; la red de mi asiento me contuvo.
- No descubrimos nada a la luz visible - dijo Paradójico.
- No mueva la boca. ¡Por todos los infiernos, Vuela De Noche! -Su mueca era terrible, intentando hablar sin conseguirlo. Un hilillo de baba trazó un surco más oscuro -. Si Meebrlee-Ritt viera eso, no se preocuparía de averiguar quién es usted. ¡Esconda los dientes!
Vuela De Noche relajó la boca. .
-Su semana extra se ha ido retrete abajo, Mart. Están haciendo la entrega aquí y ahora.
El maquillaje seguía líquido.
- Paradójico, ocúpese de las cejas. - Reparé el surco de la baba, luego me situé fuera del ángulo de la cámara. Me habían dado los controles de vuelo. Paradójico se ocupaba de la astronavegación, Vuela De Noche de las armas.

Paradójico terminó su trabajo de maquillaje y se situó también fuera del ángulo de la cámara quince minutos antes del tiempo previsto.

- ¿Podemos hablar? - pregunté -. ¿Es esta segunda nave simplemente una escolta?

- No. ¿Por qué hacer más evidente a la Sraff-zisht? Transfiere al telépata, luego llévalo a Hogar. Esta nueva nave se dirige a algún mundo exterior, o al propio Kzin...

Meebrlee-Ritt apareció a tamaño más que natural y catorce minutos antes de lo previsto. Preguntó:

-Mensajero, ¿está bien el telépata?

Vuela De Noche se estremeció, luego se echó un poco hacia atrás.

- El telépata goza de buena salud, Dominante. Pero a mi juicio no está en sus cabales.

- ¿El jotok? ¿Tú? ¿Dónde está Empacador?

- El jotok se distrae con un ordenador. Agradecería algo de atención médica para él. Empacador... Dominante... Empacador miró al hiperespacio.

- ¡Tenía más buen sentido que eso!

«Mensajero» se echó hacia atrás, luego se recuperó visiblemente.

- Más pronto o más tarde, Dominante, todos los héroes miran. Riqueza y un nombre y el infinito futuro, si tiene hermanas e hijas, si puede conservar la cordura. Empacador no lo consiguió. Se oculta en la cascada cuando le dejo. Hay que enviarle pronto a un parque de caza o morirá.

- Eso no es tarea nuestra. La Salto a la Vida estará aquí pronto. Transferiremos el bote a la Salto a la Vida. ¡Apresúrate! No es necesario sacar a Telépata fuera de su refugio de vacío. Serás relevado a bordo de la Salto a la Vida.

- ¡Sí, Dominante!

- Empacador debe vigilar al telépata. El telépata atacará ahora, si piensa hacerlo en algún momento.

-Sí...

Meebrlee-Ritt había desaparecido.

- ¡La tenemos! - Paradójico proyectó lo que estaba viendo contra el armazón del cañón.

Aún distante, iluminada desde atrás por Apolo, el sol de Hogar, una esfera alojada en el resplandeciente arco de un escudo de rayos gamma, con su negra piel rota por orificios y proyecciones y pequeñas ventanas. Una inscripción formada por puntos y comas brillaba naranja.

- Descubrimos una densa estela gravitónica. Esa nave está decelerando fuertemente.

-Construida en este siglo -dijo Vuela De Noche.

La Sraff-zisht nos soltó.

No había mucha elección. Hice girar el bote, apunté a la Salto a la Vida y dije:

- Fuego.

Se me erizó el pelo. El pelaje de Vuela De Noche onduló y se puso de punta. Dijo:

- Hecho. ¿Doc?

- La estela gravitónica ha desaparecido. Quemaste sus impulsores.

Aceleré para situar a la Sraff-zisht entre nosotros y la Salto a la Vida. Después de todo, la Salto a la Vida tenía las armas.

Apunté nuestro cañón a la Sraff-zisht y dije:

- De nuevo.

- Hecho. He quemado algo.

- La antorcha gravitónica - dijo Paradójico, justo en el momento en que la Sraff-zisht desaparecía.

- Meebrlee-Ritt debe de haber intentado regresar al hiperespacio -dijo Vuela De Noche-. Quemamos el hiperimpulsor. ¡Pero todavía tiene los impulsores normales!

Hice girar el bote para enfocar el arma a la inmovilizada Salto a la Vida.

- Proyectiles. Hagámosla pedazos.

Vuela De Noche pulsó algo. Oímos cómo el arma se reajustaba, pero no disparó.

-¿Por qué?

Grité:

- ¡Han disparado todas sus armas, nuestro escudo ha desaparecido...!

- Vale. - La solitaria arma del bote rugió. Estaba justo en el centro de la bodega de carga/cabina. El ruido fue ensordecedor. El bote retrocedió; la gravedad de la cabina compensó el movimiento. La Salto a la Vida se estremeció y se hizo pedazos.

- ¡...y ellos no tienen los rehenes! Y ahora es una maldita cosa menos de la que preocuparse.

- ¡Vale, vale, entiendo!

-Ganamos -dijo Paradójico.

Ambos miramos al jotok. Dijo:

- Ahora podemos informar de todo lo que ha ocurrido, vía láser, a Hogar. Llevaremos el bote a Hogar con nuestras pruebas. La ley de Hogar puede arreglar las cosas para recuperar a la Odysseus. Con su hiperimpulsor quemado, Meebrlee-Ritt está atrapado en el sistema de Hogar. Frente a toda la publicidad, deberá seguir los Convenios. Puede intercambiar sus rehenes por alguna otra consideración como una amnistía, pero deberá devolverlos. ¿Vale?

- ¡Todavía tiene a mi familia! Pero creo que deberíamos conectar ahora la maldita gravedad de la cabina, si no les importa... -Me interrumpí porque Meebrlee-Ritt, enormemente aumentado, miraba de frente a Vuela De Noche.

-Alguna consideración -nos imitó-. Tu aspecto es estúpido, Telépata, cubierto de comida. ¡Sólo una consideración puede captar mi interés! Lee mi mente si dudas de mí. ¡Libera a los míos y entrégate! ¡Los rehenes a cambio de ti!

La garra de Vuela De Noche se movió. No se apreció ningún resultado excepto en el hecho de que los ojos de Meebrlee-Ritt se abrieron mucho. Vuela De Noche le había ofrecido una visión limitada. Ahora nos veía a todos.

- ¡Mientes! ¿Mataste a mis héroes? ¡Eeeeerg! -Su pelaje se erizó cuando Vuela De Noche alzó la orejá de Empacador ante su vista.

Parecía el momento adecuado. Mostré la oreja superviviente de Mensajero:

- Tuvimos que usar la otra.

- ¡Martin Wallace Graynor, puede comprar la vuelta de sus rehenes y su vida poniendo al telépata en mis manos!

Empezaba a parecer que Meebrlee-Ritt estaba loco. Pregunté:

-¿Debo reducirle primero?

Una mueca asesina fue la respuesta. Insistí:

- ¿Y adónde piensa llevarlos entonces, sin hiperimpulsor? - Eso no es asunto suyo.

- Ahora vamos a llamar pidiendo ayuda. En unas pocas horas todo el sistema de Hogar va a saber que está usted aquí. Un sistema solar civilizado hierve de telépatas. Aunque tenga aliados en los asteroides, no puede recurrir a ellos. Simplemente señáleles la Regla de Hogar.

- ¿Y qué ocurrirá si no hace usted nunca esta transmisión, Entidad Legal Graynor? Y puedo... descong...ggg... -Se le había ocurrido una idea. Se salió de foco. Abrió el campo a ojo de pez para mostrar toda la cabina. El otro kzin, Técnico, estaba en su estación de trabajo, aguardando.

Una pared se deslizó hacia un lado. A través de una abertura de diez metros de ancho pude ver una bodega de carga mucho mayor y todos los módulos de carga de la Odysseus. Meebrlee-Ritt se dirigió a uno de ellos, abrió un pequeño panel y manipuló algo en él.

Regresó. .

- Puedo establecer la temperatura en esas máquinas. Por si se lo pregunta, pronto le podré mostrar peces descongelados. No puede hacerme lo que le hizo a la Salto a la Vida sin matar también a mis rehenes. Si transmite usted algún mensaje,

pondré a descongelar el tercer módulo, y entonces le mostraré unos rehenes descongelados, muertos.

Yo estaba sudando.

- Telépata..., Vuela De Noche -dijo el aristócrata kzin-. Te daré un nombre mejor. Tus proezas te han hecho merecedor de un nombre incluso como enemigo. ¿Qué es lo que te pido? Tomar un harén. Criar a tus hijos. Ver que tus hijas crezcan en la casa del Patriarca. Una vida de lujo compra la supervivencia de sesenta y cuatro ciudadanos humanos.

»Piénsalo. Puedo esperar. Los sistemas de apoyo vital de un bote no se parecen en nada a los de una nave interestelar. Así que...

La masa de una nave interestelar saltó a nuestros rostros en la cúpula. Meebrlee-Ritt era una forma diminuta en una de sus ventanas. Enorme en el escenario holográmico. Echó la cabeza hacia atrás. Una risa prolongada, con la abierta boca tan grande como mi cabeza. Forzó a su boca a cerrarse para poder preguntar:

-Graynor, ¿ha pilotado usted alguna vez una nave espacial? ¿Cree que tiene la habilidad suficiente como para impedir que le embista?

-Sí -dije-. El espacio es enorme, y el telépata es nuestro rehén. Doc, ¿puede proporcionarme una vista de ese corsario en el radar profundo?

Paradójico adivinó lo que yo quería decir. La masa al otro lado de nuestra cúpula se hizo transparente.

Miré. Combustible..., más combustible..., el enorme diseño de un hiperimpulsor del siglo pasado. Los motores de gravedad y reacción eran también grandes. Un limitado espacio de carga, una cabina aún más pequeña, y esa diminuta caja debía de ser el cuarto de la cascada, idéntico al nuestro.

Hice girar el bote.

- ¿Dice usted que no puedo disparar?

Meebrlee-Ritt alzó la vista. Debía de estar mirando directamente a nuestra arma.

- ¡Lamentable! ¿Son todos los humanos unos mentirosos innatos?

Afiné mi puntería y dije:

- Hay una cosa que debería de saber usted sobre nosotros. Si comes una presa que está infestada..., whasht-meery..., puedes ponerte muy enfermo, pero no matará toda tu línea de sangre. Dispare -le dije a Vuela De Noche.

El arma rugió. La imagen de Meebrlee-Ritt viró en redondo. El bote retrocedió, los desequilibrios gravitatorios convirtieron mi vientre en un nido de retortijones. En la vista de nuestro radar profundo el cuarto de la cascada se convirtió en un amasijo.

La Sraff-zisht desapareció.

- La rastrearemos - dijo Paradójico -. Gravitones, acelerando fuertemente, aquí.

Un círculo verde en el cielo no señalaba más que estrellas, pero hice girar el bote para apuntar el localizador hacia allí.

- ¡Electromagnético! - grité.

- ¿Estoy loco? - gruñó el artillero, cambiando a modo proyectiles.

- La estela gravitónica se ha detenido.

-¡Yo no he disparado! -exclamó Vuela De Noche.

-No tiene hiperimpulsor -murmuré.

-Gravitones de nuevo -dijo Paradójico-. Va a embestir. La sala osciló, mi pelo se puso de punta. Vuela De Noche se hinchó hasta convertirse en una gran bola de pelaje naranja.

- La estela de gravitones ha desaparecido - dijo Paradójico.

Hice que nos desplazáramos lateralmente, treinta g, en caso de que la puntería fuera buena.

La Sraff-zisht, en caída libre, pasó a toda velocidad a tres kilómetros de distancia. La seguí. Un antojo me hizo enfocarme en la ventana principal de la nave. Sonriendo como un kzin, grité:

- ¡Ahora espera hasta que terminemos!

En el escenario holográmico, Meebrlee-Ritt aferraba un puñado de parches antimeteoritos mientras los aplicaba a la puerta de la cascada. El vacío en su interior debía de mantener la puerta cerrada. Pudimos ver a Técnico metiéndose apresuradamente en un traje a presión, pero Meebrlee-Ritt todavía no había pensado en aquello. Se volvió a mirar a la cámara, a nosotros.

Hizo una mueca. Cayó de bruces, el rostro contra el suelo.

Paradójico estableció nuestra comunicación por láser con Hogar. El lapso de la velocidad de la luz era de varias horas, así que simplemente registré una llamada de ayuda y la envié. Luego, puesto que teníamos que hacerla de todos modos, los tres empezamos a registrar toda la historia. Eso también llegaría antes de que pudiéramos...

Técnico estaba de pie encima de Meebrlee-Ritt, observándonos. Cuando Vuela De Noche le miró se encogió, un gesto formal de sumisión.

- Dominante, ¿qué debemos hacer?

- Atiende tu carga hasta que puedas ser remolcado a Hogar -dijo Vuela De Noche-. Pongo también a Meebrlee-Ritt a tu cargo. Sitúa tu localizador y tus luces de posición de tal modo que puedas ser hallado. Puede que tengas sueños de traición, pero no actúes de acuerdo con ellos. Sabes quién soy. Sé quién eres. Las vidas de tus rehenes comprarán de vuelta tu línea de sangre.

Había dicho que no podía leer mentes. Sigo pensando que era un bluff.

Hacía un siglo, los nuevos colonos habían arrastrado una pequeña luna desde alguna parte hasta una órbita geosincrónica alrededor de Hogar. La Base Hogar era donde llegaban las naves, y donde descongelaban a los pasajeros de Clase Hielo recién llegados.

La ley se ocupaba de piratas y secuestradores; nosotros éramos sus testigos. Éramos la próxima noticia sensacional del sistema. Los medios de comunicación y la ley estaban aguardando.

Llegué rápidamente a la conclusión de que certificadores y abogados eran mi destino. La única forma de ocultarme era firmar con la Megacorp de Información de Hogar y hablar y hablar hasta que mi público terminara aburrido.

Si Carlos Wu intentaba llamarme caerían también sobre él. Esperaba que aguardara entre bastidores.

Habíamos dejado a la Sraff-zisht en caída libre en el sistema de Hogar. El Reglamento de Hogar decía que había que cercar las naves para llevarlas de vuelta. Se necesitaron dos naves propias, cuatro naves del cinturón actuando por la recompensa, y una compartida por un consorcio de medios de comunicación, además de las varias que enviaron tras la Odysseus. Les tomó diez días traer a la Sraff-zisht.

Durante ocho días fui interrogado por la ley de Hogar y del ARM y por la Entidad Legal Wilyama Warbelow, la certificadora de la Megacorp de Información de Hogar. Wilyama estaba cableada para registro multisensorial. Lo que experimentaba se convertía en inmortal.

Habían deseado hacer lo mismo conmigo.

Los últimos dos días fueron un descanso: pude relajarme más o menos, e incluso ver un poco del asteroide capturado. Luego la Sraff-zisht descendió en sus traíllas a la Base Hogar, y todo el mundo deseó a Mart Graynor.

El Convenio contra la privación sensorial como tortura ha sido interpretado desde hace mucho tiempo como el derecho a un juicio inmediato, no sólo para los kzinti sino a través de todo el espacio humano, un derecho que no podía evadirse.

Tuve que someterme a interrogatorio por parte de Meebrlee-Ritt y Técnico, por su abogado y por todos los demás, mientras doscientos pasajeros Clase Hielo estaban siendo descongelados en alguna otra parte.

Grité hasta que se me saltó la tapa de los sesos. Todas las cámaras estaban clavadas en mí. La ley siguió su curso. Cuando descongelaron a los rehenes de la Sraff-zisht, yo estaba allí para observar.

Mi esposa y mi hija no estaban entre ellos.

Y todos nos precipitamos a usar la holopared en la Sala del Consejo de Empresas Exteriores.

Los prisioneros nos contemplaban desde un lugar desconocido. No parecía probable que estallaran a través de la holopared y nos despedazaran. Los ojos de Meebrlee-Ritt brillaban furiosos. Técnico sólo miraba.

El tribunal había restringido las facciones a un abogado por cada lado. Toda la compañía que me rodeaba era Sirhan, un comisionado de la policía del Reglamento de Hogar; la jueza Anita Doe; Handel, un abogado del ARM; Barrister, un kzin enano asignado como abogado de los prisioneros; un enorme e impresionante kzin de pelaje color melocotón, Rasht-Myowr, representando al Patriarca; y la certificadora Wilyama Warbelow.

La jueza Doe les dijo a los prisioneros:

- Son ambos y cada uno acusados de violación de la ley local en dos sistemas, y de los Convenios de 2505 de Fafnir. Un jurado observará y decidirá su destino.

La Entidad Legal Barrister dijo rápidamente:

- Puede que no se sientan ustedes impulsados a hablar ni a responder a las preguntas, y les advierto en contra de ello. Hablaré por ustedes. Su juicio durará al menos dos días, puesto que debemos aguardar a otros testigos, pero no más de cuatro.

- Hemos seguido los Convenios - dijo Meebrlee-Ritt en intermundos-. ¿Dónde están mis acusadores?

Todos me miraron. Dije:

-No están.

-¿No están?

- Vuela De Noche y Paradójico y yo firmamos un contrato en exclusiva con la Megacorp de Información de Hogar por nuestras historias. Tomé una habitación aquí en la Base Hogar. Después de todo descongelarán a mi familia aquí. Si vivían-. Le ofrecimos a la Entidad Legal Warbelow -hice una inclinación de cabeza, la certificadora asintió - una entrevista de una hora, supuestamente la primera de muchas. Vuela De Noche y Paradójico se trasladaron a una lanzadera. El representante del Patriarca no se tropezó con ellos por poco menos de dos horas. Desaparecieron en el camino de bajada.

Nunca había dudado de su destino. Vuela De Noche había acudido a Hogar por una razón, y nunca le dijo a nadie quién había arreglado su transporte a Fafnir.

La ley desató todo un infierno, como si fuera culpa mía que se hubieran desvanecido. Warbelow fue más sensata. Pagó mi habitación, un gasto importante que no estaba en nuestro contrato. Con los alienígenas desaparecidos, yo me había convertido en la única caza en la ciudad.

Sacaron buen provecho de su dinero. Mart Graynor emergió como un fanfarrón con un acento de Fafnir que había estado practicando durante dos años. Toqué la misma melodía mientras diversos abogados y programas legales me interrogaban. Esperaba que nadie viera ningún parecido con los documentales hechos en su tiempo de Beowulf Shaeffer.

Barrister reaccionó teatralmente.

- ¡Se han ido! Entonces, ¿quién es testigo contra mis clientes?

- Tenemos a la Entidad Legal Graynor, Su Señoría -dijo Sirhan, hablando para el Reglamento de Hogar - , y la tripulación y pasajeros de la Odysseus serán llamados. La Odysseus fue finalmente localizada en el cinturón de Kuiper, los cometas interiores, y remolcada. Llegará mañana. Cualquiera de los pasajeros puede presentar reclamaciones contra los acusados. -¿Entidad Legal Handel? -dijo la jueza.

El representante del ARM dijo:

- La Guerra Más Larga amenaza todo el espacio humano. Necesitamos lo que esos kzinti puedan decimos. Han violado los Convenios. Hubo una clara intención de almacenar humanos como reservas de carne...

- ¡Eso fue un acto local contra ciudadanos de Hogar! -dijo Sirhan.

La jueza Dee hizo un gesto al gran kzin de pelaje color melocotón, que dijo:

- El Patriarca afirma que Meebrlee-Ritt no es pariente suyo y que no tiene ningún derecho a su nombre. Debo tornar posesión...

Meebrlee-Ritt saltó hacia nosotros, saltó de la pared -o de una pantalla proyectora - y gritó algo prolongado.

- ¡Volé fuera del universo! - dijo mi traductor -. ¿Quién puede hacer eso? ¡Sólo un -Ritt! ¡El Patriarca rechaza cobardemente mi parte en la Larga Guerra! - Cambió a intermundos-. ¡La Entidad Legal Graynor lo sabe! ¡Nueve días a través del hiperespacio, exactamente hasta mi cita!

- Debo tomar posesión de él y devolverlo para juicio, y sus héroes también. Debo hacerme cargo de la oreja de Mensajero, Graynor, a menos que pueda establecer usted una muerte. Sin Nombre, los kzinti de todas partes pueden volar por el hiperespacio. Las hembras de tu línea puede que hayan alcanzado el harén - Ritt. ¿Qué hay de ello?

- ¡Mi línea desciende del Patriarca! ¡No he violado ningún Convenio!

El kzin enano que era su abogado captó la mirada de la jueza. Él también habló en intermundos.

- Para representar adecuadamente a los prisioneros debo hablar con ellos a solas y de forma encriptada para conocer sus deseos. Espero luchar contra la extradición. RashtMyowr... -un prolongado aullido en la lengua de los héroes. El designado del Patriarca estaba intentando saltar sobre él. Mi traductor zumbó estática. El kzin enano aguardó, mirándole, hasta que el otro retrocedió y enfundó sus garras. Barrister dijo:

- La violación de los Convenios retendría a mis clientes aquí en cualquier caso, pero ninguna de esas reclamaciones tiene ninguna fuerza hasta que podamos interrogar a las víctimas. La tripulación y los pasajeros de la Odysseus alcanzarán la Base Hogar mañana. Sólo tenemos la palabra de la Entidad Legal Graynor sobre todo ello.

- Que está diciendo la verdad - dije.

Meebrlee-Ritt ladró su triunfo. El hombre del ARM dijo:

- ¡Bof, Graynor!

- Entidad Legal Graynor -preguntó la jueza Dee -, ¿está familiarizado con los Convenios de 2505?

- Tanto como cualquier programa legal. Los he examinado casi hasta morirme.

- ¿Vio usted violaciones?

- No. Pensé que sí. Pensé que Empacador había disparado contra el hiperimpulsor y la hiperonda de la Odysseus, poniendo así a la Odysseus en un riesgo inaceptable, pero resulta claro que no lo hizo. El hiperimpulsor trajo a la Odysseus hasta los cornetas de Hogar, y llamaron vía hiperonda tan pronto corno estuvieron fuera de la Nebulosa Semillero.

La cola de Rasht-Myowr fustigó hacia un lado y hacia atrás.

- ¡Sus otras demandas fallan! ¡El falso lord es mío, y su héroe restante también!

- Sea lo que sea lo que averiguaron esos dos acerca de Vuela De Noche y sus compañeros - dije con voz suave - , llevarlos de vuelta a Kzin para su juicio pondrá esa información en manos del Patriarca. Sobre esa base yo los conservaría aquí, si fuera un ARM.

- Pero está usted testificando -dijo amargamente el ARM- que no violaron los Convenios.

-Ajá.

- ¡Son míos! Y la oreja de Mensajero - dijo Rasht Myowr-. Esta oreja. ¿Lo mató usted?

- Los maté a ambos. ¿Necesita usted los detalles? Vuela De Noche estaba atrapado en su refugio de vacío. Acabábamos de rodear la Estrella Bisagra, y Mensajero estaba manejando la nave. Una tarea difícil, que requería toda su atención. Vuelto de espaldas, en caída libre, con la red antichoque sujetándolo a su asiento. Yo tenía el w'tsai de Vuela De Noche. - La policía lo había confiscado ya -. Él me hubiera matado si hubiera podido soltar su red antichoque a tiempo.

- ¡Le hubiera matado de cualquier manera! ¿Por qué ha conservado usted una sola oreja?

Por un instante no supe qué decir. Luego apenas recordé mi acento.

-Calenté una para obtener carbón con el que pintar a Vuela De Noche. Mensajero estaba forcejeando con Vuela De Noche cuando acabé de hacerlo pedazos, así que Vuela De Noche obtuvo la oreja. Masticó la otra. Ellos robaron, usted robó mi esposa y mi hija y mi aún no nacido, mi harén, ¡usted whasht-meery hijo de un gato callejero! Todavía no los he visto vivos. Memoricé esos whasht-meery Convenios. ¡Sólo ellos impiden que mate a toda su familia!

- ¡Desafíeme a duelo entonces! - gritó Meebrlee-Ritt-. Vuelto de espaldas, sujeto por una red antichoque, en caída libre, sólo mis garras, límelas incluso si quiere...

- Abogado, silencie a su cliente o lo haré yo - dijo la jueza.

- ¡...y usted armado! ¡Demuestre que puede hacerlo! Meebrlee-Ritt, decidí, estaba intentando suicidarse. No deseaba ir con Rasht-Myowr. Dejemos que el Patriarca se haga cargo de él yo no le debía nada.

Casi nada.

- Jueza Dee - dije -, si me permite formular algunas preguntas, puedo resolver algunos de los problemas planteados aquí.

- Usted vino aquí para ser interrogado, Entidad Legal Graynor. ¿Qué es lo que tiene en mente?

- Rasht-Myowr, si no puede probarse una violación de los Convenios, entonces doy por sentado que esos prisioneros son suyos...

- Pueden ser multados por violaciones sustanciales de la propiedad, Graynor - indicó la jueza Dee -. Costes de rescate. ¡Una nave de pasajeros convertida en chatarra!

- Yo pagaré los costes -dijo Rasht-Myowr.

- ¿Los llevará usted de vuelta a su Patriarca?

-Ajá.

-Serán juzgados públicamente, por supuesto.

El kzin de piel color melocotón se lo pensó un poco, luego dijo:

- Por supuesto.

- El tribunal, ¿dispondrá de un telépata para interrogarles? Siempre lo hacen.

- Rrrr. ¿Adónde quiere llegar?

- ¿Dejaría usted que un telépata descubriera públicamente lo que vio Meebrlee-Ritt de los telépatas de Garras Enfundadas? ¿Y supiera cómo viven? ¿Realmente?

No lo captó. Dije:

- Trescientos años viviendo junto a los humanos. Compartiendo su cultura. Sus programas de educación. ¡En vez de robar y matar, planear ociosamente! Meebrlee-Ritt, hábleles de Vuela De Noche.

El prisionero miró a la voz del Patriarca. Dijo:

- Me arrastré sobre mi barriga por él.

Rasht-Myowr aulló:

-¿Con el nombre -Ritt en ti? ¿Cómo te atreves?

- Digo lo que siento.

-¿Lo que sientes...?

- ¿Crees que nací sin orgullo para tomar y defender un nombre como el mío? ¡Descubrí que podía hacer volar el hiperimpulsor extranjero! Sabía que yo tenía que ser un -Ritt. Luego la fortuna me favoreció de nuevo. Un telépata perdido en Shasht, sano y arrogante, ¡la línea genética que nos dará la Guerra Más Larga!

»Incluso después de ser interrogado, tullido, Matanazis hizo pedazos de tal modo a uno de mis desprevenidos héroes que tuvimos que abandonarlo. Sabía cosas sobre mL, pero Matanazis no era una amenaza. Fue frustrante que tuviéramos que matarle, pero nos había dicho cómo recuperar a otro. ¡Fue Vuela De Noche y sus esclavos los que me despojaron de todo lo que soy! Mató a mis héroes. ¡Se convirtió en Mensajero! Redujo mi nave a una prisión.

-Oficial Técnico, ¿está loco su oficial alfa? –preguntó Rasht-Myowr.

Técnico habló de forma sencilla; su dignidad todavía estaba con él.

- Seguí exactamente las órdenes del telépata. Tras lo que nos había hecho le seguí. ¿Cómo podía enfrentarme a él? ¿Con qué armas? Pero Vuela De Noche no estaba solo. El kzin y el hombre y el jotok, ellos tomaron nuestras orejas.

Deseé entonces que hubiera defensas invisibles, que nadie enviara nunca a frágiles humanos indefensos entre aquellos kzinti. Rasht-Myowr volvió hacia mí una desagradable sonrisa que no le dejaba hablar. Su alienígena hedor no era el de ninguna criatura de la Tierra, pero sabía que era su furia.

-No puede llevárselos de vuelta al Patriarcado -le dije a Rasht-Myowr. Porque habían conservado la fe.

Quickpony y los niños Van Zild estaban conmigo cuando las Empresas Exteriores descongelaron dos módulos de pasajeros tomados de la Odysseus. Por la forma en que estaban envueltos, no pude decir quiénes eran hasta que Jeena fue sacada del calentador. Nos abrazamos y aguardamos. Si Jeena estaba viva, también lo estaba su madre.

Aguardamos, con hielo en nuestras venas, y ella salió.

Título original: Fly by night.
Publicado en: Asimov Ciencia Ficción, número 1, octubre 2003.